



*Jazmin*TM

AQUELLA NOCHE DE
PASIÓN
GRACE GREEN

Jazmin

GRACE GREEN

Aquella noche de pasión



OceanofPDF.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 1999 Grace Green

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Aquella noche de pasión, n.º 1424 - agosto 2021

Título original: The Fatherhood Secret

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1375-881-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

OceanofPDF.com

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

Capítulo 1

MEG estaba mirando distraídamente por la ventana, mientras su hermana daba las últimas puntadas a su vestido de novia, cuando de pronto el sonido de un poderoso motor turbó el silencio de aquella tranquila tarde de agosto. Se asomó justo a tiempo de ver un deportivo negro entrando en el sendero de la casa, cubierto de polvo y con el parabrisas decorado con flores secas. Bostezó perezosamente.

—Dee, los Carradine tienen visita.

La única respuesta de su hermana fue el ruido que hizo al colgar su vestido en el armario.

—Unos visitantes muy ricos, a juzgar por el coche que poseen —añadió Meg—. ¿Conoces a alguien que tenga un deportivo negro...?

Se abrió la puerta del conductor y salió un hombre, que se volvió hacia el mar estirando los brazos para relajar los músculos. Era alto, moreno, esbelto, con una actitud de confianza que... Meg se quedó sin aliento.

—¿Cariño? —Deidre se le acercó—. ¿Qué te pasa? ¡Oh, querida! Ha venido temprano. James me dijo que su padrino no llegaría hasta la misma víspera de la boda. Sé lo difícil que todo esto va a ser para ti...

—Ha venido solo —a Meg le temblaba la voz—. Creía que su esposa iba a venir también.

—Alix probablemente aparecerá a última hora... ahora mismo se encuentra en el Medio Este. Yo... la vi anoche en los informativos de la televisión. Está cubriendo la guerra de...

Pero Meg no la estaba escuchando; demasiado ocupada estaba mirando a Sam Grainger. Hacía más de trece años que no lo veía... pero en aquel

instante se había quedado literalmente helada, a pesar del calor de aquella tarde.

Cuando él se volvió ligeramente, Meg se escondió con rapidez tras la cortina; por fortuna, no levantó la mirada. Sacó su equipaje del maletero y ya se encaminaba hacia la casa cuando, de pronto, pareció cambiar de idea y volvió al coche. Dejó dentro sus cosas y se alejó de allí, caminando por el sendero, por la ancha calle desierta, por el césped que bordeaba la costa... hasta que llegó a la misma playa.

—Se ha ido a pasear —dijo Deidre en voz baja, observando cómo se quitaba su chaqueta color gris oscuro y se la echaba al hombro—. Probablemente esté agotado del viaje y quiera disfrutar de la brisa del mar.

Meg contempló entonces las alborotadas olas del pacífico. Las gaviotas chillaban y blancos veleros surcaban las aguas azules de reflejos plateados, mientras un puñado de windsurfs añadía su pincelada de vívidos colores. Aquella imagen era la de una postal perfecta. Desde su antigua casa familiar en las afueras de aquella pequeña ciudad, en la misma costa de Seaside Lane, Meg y Dee disfrutaban de una maravillosa vista de la playa y del puerto deportivo. Esa era la vista que Meg siempre había atesorado en su memoria y cuya contemplación, en aquel mismo instante, ¡era turbada por aquel hombre alto que caminaba por la arena!

—Meg —Dee le tocó un brazo—, ya sabes que esta tarde tenía que ir a la barbacoa de Elsa, pero no tienes ninguna obligación si...

—No puedo esconderme para siempre de ese hombre —replicó Meg—. Será mejor que lo supere de una vez. Al menos Andy no está aquí —se pasó una mano temblorosa por su sedoso pelo rubio, del color de la miel—. ¡Dispongo aún de unos días para prepararme para ese terrible encuentro!

Dee se mordió entonces el labio, mirando preocupada a su hermana.

—¿Crees que Sam...?

—¿Que encontrará alguna semejanza? —Meg esbozó una mueca—. Lo dudo. ¡Nadie podría encontrarles ningún parecido! Sus rasgos son tan distintos... Andy es un Stafford, y tiene la fisionomía de la familia, excepto el pelo negro y, por supuesto... su sonrisa.

—Sí, tiene la misma sonrisa de su padre. Pero últimamente la expresión de Andy es más ceñuda que sonriente —añadió Dee, esperanzada—. Desde que cumplió los doce años se ha tornado un poco... ¡bueno, tú lo sabes mejor que yo!

—Dee, voy a ir a buscarlo.

—Pero si el campamento está a kilómetros de aquí y...

—No, voy a ir a buscar a Sam. Será mucho más... seguro... que tengamos nuestro primer encuentro solos. Otra gente... James, o su madre... podrían notar mi... incomodidad. Si puedo superar ese primer contacto inicial, me sentiré mucho más confiada para controlar la situación —se levantó.

—¿Quieres que te acompañe?

—Gracias, pero es algo que tengo que hacer sola —Meg se metió los faldones de la camiseta debajo de los pantalones azules del chándal, recogió del alféizar de la ventana su sombrero de algodón y se dirigió a la puerta.

—¿No vas a cambiarte, o a maquillarte?

Meg resopló de desprecio mientras se calaba el sombrero.

—Si hay algún hombre en el mundo que no esté interesada en impresionar... ¡ese es Sam Grainger!

«Eres un fracasado», se dijo Sam Grainger por enésima vez desde que partió de Portland hacia aquella pequeña ciudad costera del estado de Washington. No había manera de escapar de ello, porque era la verdad: era un fracasado y su vida estaba vacía. Al cabo de dos meses cumpliría cuarenta años... ¿y qué tenía para demostrarlo? No tenía esposa, ni hijos, ni familia... Ni alegría. Esbozó una mueca mientras se quitaba la corbata de seda para guardársela en un bolsillo de sus pantalones grises. La único que tenía, aparte de la empresa familiar que había pasado a administrar el año anterior, a la muerte de su padre, era su trabajo: abogado especialista en divorcios. Qué ironía.

Se acercó hasta el mismo borde del agua, relajándose con el murmullo de las olas. La marea estaba bajando. Casi deseó poder retirarse con ella. Qué fácil sería seguirla, dejarse llevar y...

—¡Hola!

Por un momento, creyó haber imaginado que lo llamaban. Pero, entonces, un perro de pelaje dorado se lanzó al agua justo enfrente de él, salpicándole los pantalones. Reprimiendo la irritación que sentía por haber sido molestado, se volvió.

Una mujer joven, ¿una adolescente?, se encontraba a pocos pasos, mirándolo fijamente. No la había oído acercarse. Había algo extrañamente defensivo en su apariencia; aunque sus ojos azules estaban medio ocultos por la sombra de su pámela blanca, Sam distinguía en ellos un brillo de recelo. Tenía los labios apretados y hundía las manos en los bolsillos de sus pantalones de deporte. ¿Qué quería? Aquella era una playa lo suficientemente grande para los dos. Si recelaba tanto de los forasteros, ¿por qué no se mantenía alejada de él?

—Hola —le devolvió el saludo con tono brusco justo en el momento en que el perro salía del agua y se sacudía enérgicamente, volviéndole a salpicar los pantalones y la camisa. Sam miró nuevamente a la chica, y vio que se había ruborizado.

—Lo lamento —murmuró ella—. Es el perro de un vecino... y me ha seguido hasta la playa.

—No se preocupe.

Sam estaba concentrado en otros problemas. Sería mejor que volviera. Los Carradine probablemente habrían visto su coche en la entrada, y se estarían preguntando qué había pasado. Debió haberles avisado de que llegaría temprano, pero cuando salió de los juzgados, tenía unas ganas locas de abandonar la ciudad.

—Que disfrute de su paseo —y se dispuso a marcharse.

Parecía tan tensa... no quería causarle ningún motivo de alarma... Pero cuando volvió a mirarla, se dio cuenta de que había fracasado en aquel intento. Sus grandes ojos azules lo miraban con sorpresa, con verdadero asombro, y también con otra emoción que no acertaba bien a precisar. «Furia», reflexionó mientras regresaba a casa. Pero, por supuesto, aquello no tenía sentido. No conocía de nada a aquella chica, ¡por lo que no tenía absolutamente ninguna razón para odiarlo!

Concluyendo que aquel enigma no se merecía gastar más pensamientos, se olvidó de aquel extraño encuentro.

—¡No puedo creerlo, Dee! —exclamó Meg mientras paseaba nerviosa por la cocina—. ¡Ni siquiera se ha acordado de mí! Y yo que me he pasado los últimos trece años de mi vida pensando en él, en su insensibilidad, en...

—Cariño, lo sé —Dee abrió el horno para sacar los panecillos que acababa de preparar, con lo que subió la temperatura de la cocina, ya de por sí bastante alta—. ¿Pero no te das cuenta de que es mejor así? Si él ni siquiera se acuerda de ti, entonces cuando vea a Andy... ¡no se le ocurrirá, ni remotamente, que el niño es hijo suyo!

—¡Ya he pensado en eso! Pero la verdad es que me revuelve las tripas que para Sam Grainger yo sea tan...

—¿Prescindible? ¿Olvidable? —le sugirió Dee con tono suave.

—Sí —Meg sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, y suspiró de furia, de frustración, de dolor—. Sí, supongo que es eso —forzó una sonrisa de desprecio—. Eso ha herido mi orgullo... ¡y me duele, maldita sea!

Dee no volvió a hablar hasta que hubo colocado los panecillos en una bandeja del mostrador.

—Tengo la sensación de que su venida a este lugar es lo mejor que podía suceder... por lo que a ti respecta. Siempre has vivido temiendo el día en que volvieras a verlo otra vez; ahora ese día ha llegado. Estoy de acuerdo en que la manera en que te trató hace trece años fue vergonzosa...

—¡Por decirlo con buenas palabras!

—... pero, Meg, tienes que olvidarte de ello. No todos los hombres son como Sam Grainger. No puedes permitir que lo que te sucedió con él contamine el resto de tu vida, que te aleje para siempre de los hombres.

—¡Jack no era mejor! —le espetó Meg con amargura.

—Pero superaste lo de Jack. Mientras que con Sam...

—¿Cómo puedo superar lo de Sam Grainger? ¿Cómo puedo olvidarlo, cuando cada vez que miro a Andy... —se interrumpió, angustiada.

En ese instante, el reloj del vestíbulo dio las seis, y Dee exclamó:

—¡Cielos, mira qué hora es! Meg, no vamos a tener más remedio que dejar esta conversación para más tarde. Tenemos que prepararnos, o llegaremos tarde a la barbacoa.

—Usa tú primero la ducha.

Mientras Dee salía de la cocina Meg se acercó a la ventana, desde la que podía ver la blanca valla del patio trasero de los Carradine. Distinguió a James colocando juntas las dos mesas de picnic. Afortunadamente para Meg, Elsa había invitado a un montón de gente. Cuantos más invitados, mejor. Así le resultaría más fácil evitar a Sam Grainger.

—Debí haber avisado de que venía antes de dejar Portland, señora Carradine. No querría crearle ningún problema...

—No te preocupes, Sam —repuso sonriente Elsa Carradine, ocupada como estaba en adornar la tarta de queso en la cocina, mientras Sam Grainger tomaba una cerveza apoyado en el mostrador—. Le pediré a Dee que te instale en su casa durante dos o tres días hasta que el pintor termine con la habitación de invitados.

—¿No le importará?

—Cielos, no. ¡Es la persona más hospitalaria del mundo! Los Stafford ocupan tres dormitorios, y Dee usa la otra habitación como cuarto de costura. Podrá darte la de Andy, ya que el chico estará fuera hasta la misma víspera de la boda y, para entonces, nuestra habitación de invitados ya estará disponible.

Antes de que Sam pudiera preguntarle quién era Andy, la puerta de rejilla se abrió de repente y entró James procedente del patio. Alto y delgado, con el mismo cabello y ojos castaños de su madre, era un hombre tranquilo y afable, con un gran sentido del humor. Sam y él se habían convertido en grandes amigos durante su primer año en la universidad y, aunque sus caminos se habían separado después de graduarse en leyes, nunca habían llegado a perder el contacto. James había sido el padrino de Sam cuando se casó con Alix; y ahora le estaba devolviendo aquel honor...

—¡Ya está! —se acercó a la nevera—. Las mesas ya están colocadas, la barbacoa preparada... ya es hora de que me tome una cerveza. ¿No ha llegado nadie todavía?

Como si hubiera estado preparado, en aquel preciso momento sonó el timbre de la puerta.

—Abriré yo —dijo Elsa—. Vosotros dos podéis salir fuera.

Mientras James acompañaba a Sam al patio, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que no ves a Dee?

—Oh, quizá unos... dieciséis años. No llegué a verla cuando llegué a la ciudad hace trece...

—No, te quedaste en la Posada Seashore... y sólo estuviste allí una sola noche. ¡Aquella fue una época muy mala para ti! Qué horrible lo que sucedió... a menudo pienso en ello, y ahora que tengo a Dee, me pregunto

qué habría hecho yo de haber estado en tu pellejo. Enterarse de una noticia así y luego...

Se abrió la puerta de rejilla, poniendo fin a su conversación. Elsa hizo entrar a los primeros invitados: los Fairchilds, una pareja de mediana edad que vivía al final de la calle. Luego, desde el fondo del jardín, aparecieron las parlanchinas hermanas Barnley, que llevaban alojadas en la casa de Elsa los últimos diez años, desde la muerte del padre de James. Los siguientes invitados en llegar fueron Tom y Janine Madison, que acababan de comprar una casa muy cerca de la de Elsa.

Poco después de que se los presentaran, Sam oyó el crujido de una puerta al abrirse a su espalda. Y se volvió para ver a las dos mujeres que acababan de entrar por la puerta del patio... A la pelirroja la reconoció inmediatamente como Deidre Stafford, la prometida de James. Advirtió que, pese a que debía de andar por los treinta y tantos años y había engordado algo desde la última vez que la vio, seguía tan hermosa como siempre.

Su compañera, sin embargo, era una belleza impresionante; alta, esbelta, absolutamente sensual.

—¡Ah, aquí está Dee! —exclamó James, pero Sam seguía concentrado en la mujer que la acompañaba. Tenía el pelo rubio color miel, corto, y los rasgos muy finos, con los labios exquisitamente pintados en un color rojo fresa. Llevaba una camiseta negra con escote ovalado, y una falda amplia y larga, a juego. Cuando volvió a levantar la mirada hasta su rostro, aunque no pudo verle bien los ojos, se dio cuenta de que lo estaba mirando de soslayo... ¡y haciéndole un mohín de desdén!

Sorprendido, Jack arqueó las cejas. ¿Qué diablos habría hecho para ganarse esa actitud? En ese instante, la chica se volvió para recoger la bandeja de panecillos de mano de su compañera:

—Yo llevaré esto dentro, Dee —y se dirigió hacia la puerta de la cocina.

Sam ya estaba pensando que tenía el trasero más atractivo del mundo, cuando James la llamó, deteniéndola:

—¡Espera! Antes quiero presentarte a...

—¡Espera tú un momento, James! Tu madre quería untar de mantequilla estos panecillos antes de servirlos —y desapareció tras la puerta de rejilla.

—Es como intentar capturar un torbellino —le comentó James a Sam, sacudiendo la cabeza—. Meg siempre ha sido así, ¿La recuerdas, Sam? ¿La

hermana pequeña de Dee?

—«Espárrago» —exclamó Sam, incrédulo—. ¿Esa chica es... «Espárrago»?

—Cielos —rió Dee—, me había olvidado de su apodo. Bueno, Meg finalmente dejó de crecer.

—Pero sólo hasta que llegó al metro setenta y cinco —dijo James—. Y engordó algo también.

«No lo dudo», pensó Sam mientras intercambiaba el saludo de rigor con Dee. No había visto a Meg Stafford desde que ella tenía trece o catorce años, cuando era una chiquilla alta y larguirucha, con el rostro medio cubierto por una larga y descuidada melena rubia. ¡Quién habría sospechado que acabaría convirtiéndose en aquella belleza!

—Mi madre va a pedirte que alojes a Sam por un par de días, Dee... —estaba diciendo James—... hasta que terminen las obras en la habitación de invitados.

James se había inclinado sobre la barbacoa y sólo Sam pudo ver la expresión consternada de Dee.

—¿Dee? —James se volvió para mirarla cuando ella no respondió—. No será ningún problema, ¿verdad? Sam podrá ocupar el dormitorio de Andy... él no volverá hasta...

—Hasta el viernes —Dee sonrió a Sam con evidente tensión—. Nos encantaría que te quedases.

—No quiero molestaros —repuso Sam con tono suave—. Conseguiré una habitación en la posada Seashore; allí fue donde me quedé la última vez....

—¡Olvidalo! —James desechó en seguida su sugerencia—. La última vez que estuviste aquí estabas convaleciente y necesitabas tu propio espacio. Esta vez... bueno, queremos tenerte más cerca.

Sam sabía que no se había imaginado la expresión de consternación de Dee, pero ya nada podía hacer para ahorrarle ese disgusto. En ese momento, Janine se le acercó para hablarle de la película que había visto el día anterior, y ya no se volvió a hablar del tema de su alojamiento.

—Gracias por haber untado de mantequilla los panecillos, querida.

—¿Qué más puedo hacer, Elsa? —le preguntó Meg, reacia a retirarse.

—El vino está en la nevera. ¿Podrías servirlo? Ya sabes dónde guardo el sacacorchos. Usa esos vasos, querida —le indicó una bandeja de vasos en el mostrador.

Mientras Elsa salía con los panecillos, Meg sacó el vino y advirtió, mientras llenaba el primer vaso, que le temblaba la mano. No era de extrañar. La mirada de admiración que le había lanzado Sam Grainger cuando la vio entrar en el patio de Elsa la había dejado impresionada. Afortunadamente, en aquel momento llevaba puestas sus gafas de sol; de otra manera, él habría podido leer en sus ojos una expresión muy similar.

Cuando poco antes se encontró con él en la playa, se había sentido tan dolida que no llegó a reparar en su apariencia. Pero hacía tan sólo unos minutos, cuando deslizó la mirada por sus maravillosos ojos color verde oscuro, por sus cejas negras y bien delineadas, sus rasgos duros y angulosos y su pelo oscuro y bien cortado, con las sienes plateadas... el corazón le había dado un salto en el pecho. Sam Grainger siempre había sido un hombre de complexión atlética, devastadoramente guapo, pero la madurez había imprimido a su físico una elegancia especial.

Era innegablemente atractivo. Pero también estaba innegablemente casado, y era un tipo innegablemente despreciable. Meg tuvo que recordarse eso mientras servía el último vaso de vino, antes de asomarse a la ventana que daba al patio. Lo descubrió en seguida, vestido con una camiseta azul cobalto y unos vaqueros desteñidos, destacando entre la multitud de invitados. Estaba con Janine, que le estaba diciendo algo divertido, riendo. Y Sam le sonreía con su sensualidad acostumbrada.

Meg pensó que Sam Grainger era un rompecorazones: tan tentador como el mismo pecado. Una extraña sensación la asaltó cuando se enfrentó al hecho de que aquel hombre tan devastadoramente atractivo era el padre de su hijo. Por supuesto, él lo ignoraba, y seguiría ignorándolo. Al día siguiente de que hicieran el amor en la playa, Sam dejó Seashore al amanecer sin volver a molestarle en llamarla... y, desde entonces, Meg ni siquiera recibió una mísera postal suya.

A través de la ventana abierta, la risa de Janine llegó hasta sus oídos... acompañada de la de Sam. El corazón de Meg se endureció como si fuera pura piedra y, furiosa, recogió la bandeja con los vasos. Sam era un seductor impenitente; allí estaba divirtiéndose, mientras su esposa arriesgaba su vida en el extranjero. ¡Si Alix Grainger pudiera verlo en aquel

momento! Seguro que le resultaría más complicado disculpar la actitud de su marido que viajar por todos aquellos países en guerra...

Sam se frotó la mandíbula mientras Janine se alejaba para reunirse con Elsa; le dolían los músculos de la cara de tantas sonrisas como había tenido que forzar. Miró a su alrededor buscando a James... y vio a Meg que salía por la puerta trasera sosteniendo una bandeja llena de vasos. Dejando a un lado su cerveza, se dirigió hacia ella.

—Hola, Meg. Me alegro mucho de que nos hayamos vuelto a ver. Permíteme que te lleve la bandeja.

—Gracias, pero no hace falta —levantó la barbilla—. Se me da muy bien hacer de camarera, ¿sabes? ¿Por qué no te vas y sigues haciendo aquello que a ti se te da tan bien?

—¿Y qué es? —inquirió Sam, intentando adoptar un tono divertido para disimular su sorpresa.

—¡Seducir a las mujeres! —y se marchó, dejándolo plantado.

Cuando se recuperó de su asombro, Sam suspiró y fue a buscar su cerveza, que apuró de un solo trago. Pensó que era muy difícil comprender a las mujeres; él, desde luego, había fracasado completamente en eso. Acababa de romper legalmente con una y no estaba dispuesto a empezar a relacionarse con otra... por muy atractiva que fuera.

Porque no iba a negar que encontraba atractiva a la nueva Meg Stafford. Físicamente atractiva. En cuanto a su personalidad... diablos, prefería el carácter de un jabalí.

—Cariño —le susurró Dee a Meg mientras ésta le servía una copa de vino—. Tengo algo que decirte.

Meg se quedó con la última copa y dejó la bandeja vacía sobre el césped, apoyada contra el tronco del manzano bajo el cual se encontraban. Le lanzó una mirada interrogante.

—Meg, James ha dispuesto que Sam Grainger se quede en nuestra casa durante los próximos días.

—¿Qué?

—Sshhh, no grites... oh, todo el mundo nos está mirando.

Meg desvió la mirada con tan mala fortuna... que se encontró con la de Sam Grainger. Se volvió rápidamente, dándole la espalda.

—¡Dime que no es cierto! —siseó—. Dee, dime que me estás mintiendo, bromeando, lo que sea —llevó a su hermana detrás del árbol, y apuró de tres tragos su copa de vino—. ¡No puede entrar en nuestra casa! Eso está fuera de toda cuestión. No quiero que ese hombre...

—¿No estaréis, por un casual, hablando de mí?

Meg se volvió, conteniendo el aliento: Sam Grainger estaba asomando la cabeza por detrás del tronco del manzano. Un destello travieso brillaba en sus ojos color verde oscuro. Unos ojos increíbles, no pudo evitar pensar pese a su consternación; alarmantemente hipnóticos. El tipo de ojos que podrían hipnotizar a una mujer si...

—Nosotras... —se interrumpió Meg, víctima repentinamente de un ataque de hipo—... nosotras no tenemos espacio para ti en... —hipó de nuevo—. Lo lamento.

Sam rió entre dientes, y Dee intervino de forma conciliadora:

—No digas tonterías. Claro que tenemos espacio. Meg... bueno, lo que pasa es que no está acostumbrada a beber vino. Al menos, no con el estómago vacío; se le ha subido directamente a la cabeza.

—Bueno, bien —dijo Sam—. Espero que sea así, porque lo último que querría sería causaros algún tipo de problema. Gracias, Dee. Y Meg... siento lo de tu... especial sensibilidad al vino. Quizá deberías pasarte a la limonada —y se marchó antes de que ella tuviera alguna oportunidad de replicarle algo.

—Todo saldrá bien —intentó consolarla Dee, abrazándola—. Tienes que tratarlo con normalidad, con la cortesía acostumbrada. ¿Podrás hacerlo?

—¡Claro! —exclamó Meg, cínica—. Tratarlo como si fuera un extraño; ese es el truco, Dee. ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

«Porque es el padre de tu hijo», pudo haberle contestado Dee. Pero no lo hizo.

—Entonces... ¿cuándo viene Alix? —le preguntó Dee a Sam mientras el grupo se sentaba en el salón a tomar el café, después de una larga cena.

Sam estuvo a punto de refunfuñar en voz alta. Había tenido la esperanza, evidentemente vana, de que nadie le preguntara por Alix.

—Ahora mismo se encuentra fuera del país.

—Anoche la vi en televisión —Elsa se estremeció—. Es tan valiente al meterse en todas esas guerras... En mi humilde opinión, es una auténtica heroína.

—¿Quién es Alix? —inquirió Janine.

—La esposa de Sam —contestó James—. Es reportera de guerra en una cadena de televisión.

—¿Alix Grainger es tu esposa? —Janine miraba a Sam con los ojos brillantes—. ¡Debes de sentirte muy orgulloso de ella!

—Alix es una mujer... asombrosa —Sam se sirvió azúcar en el café y lo removi6 con movimientos en6rgicos.

—¿Y vendrá a la boda? —inquirió Tom.

—Estoy seguro de que lo intentará —intervino James—. Todo depende de si puede o no volver a casa.

—Tú vives en Portland, ¿verdad, Sam? —le preguntó Angelina, la mayor de las hermanas Barnley—. En una casa muy lujosa, con espacio suficiente para albergar a una familia de seis, según James.

—Pero no tienes hijos, ¿verdad? —se adelantó Monique, la hermana mediana, y frunció el ceño cuando la menor, Emily, le clavó un dedo en las costillas a modo de advertencia.

—No a todo el mundo le gustan los niños —declaró Emily—. Algunos hombres... bueno, quieren tener a sus esposas para ellos mismos, sin compartirlas.

Sam se alegraba de tener las manos debajo de la mesa; de esa manera nadie podía darse cuenta de que estaba apretando los puños. Le encantaban los niños; lo que más había ansiado en el mundo era haber podido llenar su casa de niños. Habría querido darles la infancia que él no había tenido la suerte de disfrutar. Habría querido tener hijos e hijas de los que sentirse orgulloso, a los que dedicar su vida... Pero a causa de Alix, de su imperdonable traición... sus esperanzas y sus sueños se habían visto defraudados.

—Oh, a mí me gustan los niños —declaró con tono ligero—. Pero a veces una pareja se deja llevar por el sentido competitivo de la vida y, antes de que te des cuenta... —se encogió de hombros, sin terminar la frase.

Quizá, Dee percibió su tensión, porque se levantó de la mesa y le puso una mano en el hombro, diciéndole:

—Sam, será mejor que te instalemos de una vez. ¿Querrías recoger tu equipaje y acompañarme a casa?

—Claro, estupendo...

Meg también se levantó:

—Dadme un par de minutos para despejar de algunas cosas la habitación de Andy.

Largas sombras habían caído sobre el patio mientras el sol se hundía en el horizonte, y hacía tan sólo unos segundos que Meg se había quitado las gafas de sol. Miró por última vez a Sam antes de marcharse, y el efecto no pudo ser más impactante. Tenía unos ojos grandes, tan azules como el cielo. ¡Era ella la mujer con la que se había encontrado en la playa! Pero no fue aquel súbito descubrimiento lo que dejó a Sam medio mareado, ni tampoco la extraña antipatía que había detectado en su mirada: fue algo completamente distinto. Era el temor que parecía emanar de su persona... un temor tan intenso que le provocaba escalofríos. ¿Por qué le tenía tanto miedo? ¿Qué era lo que había podido hacerle él?

Capítulo 2

MEG corrió escaleras arriba al dormitorio de Andy, con el corazón latiéndole acelerado. Lanzó una aterrada mirada a la pared donde su hijo, con los años, había venido fijando las fotografías en las que aparecía junto a sus deportistas favoritos. Maldijo entre dientes mientras las despegaba una a una; en casi todas, además, el chico había salido retratado sonriendo... con la misma sonrisa de Sam Grainger. En las más recientes, en cambio, fruncía el ceño con el típico pudor adolescente, y esas las dejó en su lugar. Recogió ocho fotografías en total.

Corrió con ellas a su dormitorio, donde las guardó en el fondo del armario, detrás de otra fotografía mucho más grande, una que había escondido cinco años atrás, después de su divorcio.

Recogiendo el retrato enmarcado por una esquina, sopló el polvo del cristal y aparecieron los rostros de Jack, de Andy y el de la propia Meg. La instantánea había sido tomada en un estudio de Seattle, cuando Andy contaba tres años. El fotógrafo le había comentado cuánto se parecía el chico a su padre; Jack la había mirado a ella, pero no se había molestado en corregirlo. Andy tampoco había dicho nada, porque en aquel entonces era demasiado joven para saber que Jack no era su padre biológico.

De hecho, Jack y él no se parecían mucho, aparte de que ambos eran morenos y tenían los ojos azules. Pero eso había bastado para engañar al fotógrafo... Y también bastaría, o al menos eso esperaba Meg, para engañar a Sam Grainger. Rápidamente volvió al dormitorio de Andy con el retrato familiar y lo colgó en la pared justo cuando oía la voz de Dee, llamándola:

—¿Meg? ¿Dónde estás?

—En la habitación de Andy —gritó.

—Sube, Sam. Ahora subiré yo con toallas limpias.

Agitada, Meg terminó de colgar la foto y corrió hacia la puerta. En el umbral, tropezó con un cuerpo.

—¡Hey! —exclamó Sam, sobresaltado—. ¿Dónde está el fuego?

—¡Lo siento! Yo...

Se interrumpió cuando Sam dejó caer su bolsa de viaje y la tomó de los hombros, haciéndola retroceder hacia el interior de la habitación. Fue su aroma masculino lo que despertó tantos recuerdos enterrados en el alma de Meg.

—Dime una cosa: ¿Por qué soltaste ese grito de horror cuando te enteraste de que iba a alojarme aquí?

Meg abrió la boca para negarlo, pero cambió de idea al ver su expresión. Pensó que no serviría de nada mentirle, así que se limitó a espetarle desafiante:

—Tú eres abogado, ¿no? ¿Por qué no lo adivinas? —se liberó de su abrazo, tambaleándose.

—Sam, aquí tienes las toallas —Dee entró en aquel preciso momento—. ¿Te ha enseñado Meg el cuarto de baño?

Meg no tardó en aprovechar aquella ocasión para escapar:

—¿Quieres enseñárselo tú misma, Dee? Tengo cosas que hacer en la cocina.

Y salió antes de que su hermana pudiera decirle algo. Maldijo en silencio a Sam Grainger mientras bajaba las escaleras y se dirigía a la cocina. No llevaba ni seis horas en Seashore y ya había trastornado por completo su vida... nuevamente.

¿Cómo podía tratarlo como si fuera un extraño, tal y como Dee le había aconsejado? ¿Cómo podía hacer algo semejante cuando el simple hecho de estar cerca de él había desenterrado esos recuerdos en su corazón? Recuerdos de aquella noche en la playa, cerca de la posada de Seashore... La noche en que Sam se había enterado, por las noticias de la televisión, de que Alix había fallecido en un trágico accidente de helicóptero cuando sobrevolaba el Mediterráneo...

La noche que había cambiado para siempre la vida de Meg. Acababa de cumplir dieciocho años, recientemente se había graduado en el instituto y tenía planes para ingresar en la universidad. Había aceptado un trabajo para el verano de camarera en la posada de Seashore, y había comenzado a

trabajar precisamente el mismo día en que se registró Sam Grainger para pasar unas cortas vacaciones de una semana.

—Por prescripción médica —le había confiado Deborah Wilson, la ayudante del director—. Ha estado muy enfermo con un extraño virus, y se encuentra todavía convaleciente. Le ordenaron que pasara una semana en la costa, disfrutando de la brisa del mar.

Meg no había vuelto a ver a Sam desde que tenía catorce años. Aunque había trabajado algunos veranos en la posada durante sus primeros años de estudiante, y más tarde había pasado parte de las vacaciones de Navidad en casa de los Carradine con James, Sam Grainger nunca había vuelto a Seashore después de su boda con Alix Merrick.

La razón era que Alix odiaba las ciudades pequeñas; y como Sam mimaba a su mujer, y satisfacía todos y cada uno de sus caprichos, nunca volvieron a Seashore. Meg había considerado aquello como un rasgo terriblemente romántico... aunque seguía echando de menos sus visitas.

Por eso se mostró encantada cuando volvió. Sin embargo, Sam no pasó al comedor aquella noche, y el camarero jefe le informó de que él mismo le había subido la cena a su habitación. Se sintió decepcionada. Pero si Sam había ido allí a pasar una semana, era seguro que algún día entraría en el comedor y podrían recuperar sus antiguos lazos. Aunque Sam no le había prestado mucha atención anteriormente, ya que le llevaba diez años y esa era una gran diferencia de edad, le había tratado con gran simpatía siempre que habían coincidido, y a Meg le gustaba muchísimo. De hecho, lo había idolatrado como podría haberlo hecho como con su estrella de cine favorita; era increíblemente guapo... ¡pero tan inalcanzable que ni siquiera perdía un solo momento en soñar con él!

Aquella noche había terminado de trabajar a las once y ya se disponía a regresar a casa en bicicleta, cuando distinguió a alguien al borde del agua. Era Sam.

Después de un momento de vacilación, dejó a un lado su bicicleta y se reunió con él. La marea estaba subiendo, y las olas susurraban sus místicos secretos.

—¿Sam? —inquirió tentativamente.

Se giró en redondo, y a la pálida luz de la luna Meg descubrió que estaba llorando.

—Sam... ¿qué...?

—¿Quién es? —le preguntó con voz áspera—. ¿Qué diablos quieres, siguiéndome hasta aquí a una hora como ésta? ¿Es que no te das cuenta de que quiero estar solo?

—Soy yo... «Espárrago». Sam, ¿qué ha pasado?

Sam sólo llevaba sus vaqueros; iba descalzo, sin camisa.

—¿No te has enterado? —le preguntó.

—¿De qué?

—De la noticia —se pasó las manos temblorosas por el pelo—. Apareció en los informativos de las diez. Los estaba viendo en mi habitación —se le quebró la voz—. Alix... ha muerto... en el extranjero.

—Oh, Sam... —Meg cerró la distancia que los separaba justo cuando él empezó a sollozar en silencio. Quería abrazarlo, pero se sentía cohibida—. Lo siento —susurró—. Lo siento tanto...

A Meg se le llenaban los ojos de lágrimas cada vez que recordaba aquella escena. En aquel entonces, había visto a Sam completamente destrozado, devastado, como si de repente la vida hubiera carecido de sentido para él. Nunca había visto a nadie en una situación semejante. Después de un rato, pasearon por la playa y se sentaron en el bosque, debajo de un árbol. A la luz de la luna, Meg le susurró palabras de consuelo mientras Sam desahogaba su dolor y su agonía.

Cuando recordaba aquellos momentos, Meg se veía incapaz de precisar el instante exacto en que el consuelo se convirtió en algo físico. ¿Fue cuando lo abrazó y él empezó a temblar, a convulsionarse de dolor? ¿O fue ella la que empezó a sollozar cuando él la abrazó? Pero ya no tenía sentido preguntarse por eso; nunca sabría la respuesta. Todo lo que sabía era que, en algún momento, empezó a deslizar las manos por su pecho desnudo y a murmurar palabras de compasión, mientras Sam enterraba su rostro lloroso en su hombro, hundidos los dedos en su larga melena. Y luego, cuando su ardiente mejilla le rozó la suya... se apoderó de sus labios con un beso que la conmovió hasta lo más profundo del alma.

A partir de entonces, perdió completamente el control. Meg no pudo haberle detenido... incluso aunque lo hubiera deseado. Después, cuando ella se levantó y empezó a vestirse, Sam se dirigió a la playa, desnudo, y se zambulló en el agua. El corazón le dio un salto en el pecho: ¿acaso iba a...?

Esperó, con el corazón acelerado, mientras Sam nadaba sin cesar. Y cuando lo vio nadar hacia la costa y salir del agua a la luz de la luna como

un dios del mar, suspiró inmensamente aliviada. Quería ir con él; desesperadamente ansiaba acompañarlo... pero intuía que deseaba estar solo. Y ella necesitaba regresar a casa. Dee ya se estaría preguntando dónde estaba. Cuando recogió su bicicleta, lanzó una mirada hacia atrás, hacia el lugar donde había dejado su virginidad. Allí estaba en aquel instante Sam, solo, de espaldas a ella, contemplando las olas bañadas por la luz de la luna. Como si aquel encuentro nunca hubiera tenido lugar. Una punzada de dolor le atravesó el corazón. Simplemente como si aquello nunca hubiera sucedido.

—Todo va a salir bien, Meg —Dee entró sigilosamente en la cocina—. Sam dice que no se quedará mucho tiempo en la casa... piensa hacer excursiones, navegar...

—¿Qué está haciendo ahora? —Meg se volvió de la ventana, donde había estado contemplando el mar sin verlo en realidad.

—Está en el cuarto de baño, lavándose. Va a acostarse... dice que está cansado del viaje y que necesita acostarse temprano.

—Bien —suspiró aliviada Meg—. Quizá para mañana consiga controlarme.—Lo peor ya ha pasado. El primer encuentro.

—Pero todavía tiene que encontrarse con Andy —le recordó Meg—. Dee, no voy a poder respirar tranquila hasta que la boda haya pasado y él se vuelva a Portland...

—Me preguntó quién era Andy. Se dio cuenta de que era la habitación de un chico, pero dijo que, cuando antes le mencioné a Andy, había supuesto que se trataba de un adulto... un huésped.

—¿Qué le dijiste?

—Sólo que era tu hijo.

—¿No... siguió preguntándote?

—Se quedó muy sorprendido. Yo le dije que Andy se encontraba en un campamento... y luego me apresuré a disculparme antes de que me hiciera más preguntas, y le dije que nos veríamos por la mañana.

—Retiré de la habitación todas las fotografías en las que aparecía Andy sonriendo...

—No me había dado cuenta...

—¡Perdón!

Meg levantó la cabeza de golpe al escuchar la voz de Sam. No lo había oído llegar por el pasillo, ni tampoco empujar la puerta que se había quedado abierta. Estaba en el umbral, con el pelo y la cara húmeda como si acabara de lavarse la cara. Nerviosa, Meg se preguntó si habría alcanzado a oír parte de la conversación; por su expresión desinteresada, parecía que no.

—¿Sí?

—Sólo quería desearte buenas noches y agradecerte que me hayas dejado la habitación de tu hijo.

—Podrás agradecérselo a él en persona cuando regrese —se las arregló Meg para replicar con frialdad.

—Parece un chico majo. ¿Le gustan los deportes?

—Sí.

—Mi tipo de chico preferido —apoyó un hombro en la jamba de la puerta y contempló la cocina—. Deben de haber pasado dieciséis años desde la última vez que pisé esta habitación, pero todavía me resulta familiar. La habéis modernizado, por supuesto. ¡Tengo un vago recuerdo de un papel de pared verde y naranja! Pero os las habéis arreglado para conservar el ambiente acogedor que tenía antaño...

—Dee me ha dicho que estabas agotado —lo interrumpió Meg, tensa—. No queremos entretenerte, así que será mejor que te acuestes. Has tenido un día muy duro.

—¡Meg! —la recriminó su hermana, asombrada.

—Tranquila, Dee —murmuró Sam—. «Espárrago» nunca se caracterizó por su tacto —bostezó—. Pero tiene razón; ya es hora de que... oh, ¿podrías darme una llave? Puede que me levante temprano, y no me gustaría marcharme dejando la puerta sin cerrar.

—Meg, ¿no llevarás una copia de la llave en tu bolso?

Meg se puso a buscarla en su bolso y Sam se acercó a ella. Estaba demasiado cerca, y podía ver una ligera sombra de barba en su mandíbula; tenía la sensación de que tocarla sería como acariciar papel de lija. Eso era lo que había sentido aquella noche. A la mañana siguiente, sin embargo, cuando se afeitara sería suave y fina... Tragó saliva, nerviosa, y le entregó la llave.

—Gracias. Le acarició la palma de la mano con la punta de los dedos cuando recogió la llave. Si lo hizo a propósito o involuntariamente, Meg lo ignoraba. ¡Y tampoco deseaba saberlo!

—¿Es de la puerta principal o de la trasera?

—Es la misma para las dos. Buenas noches —lo despidió Meg con tono cortante.

—Buenas noches. Y buenas noches también para ti, Dee. Es maravilloso volver a Seashore... y de verdad te agradezco que me hayas acogido en tu casa.

—Yo también me alegro de volver a verte —respondió Dee—. Que duermas bien.

Después de hacer un rápido saludo, Sam se marchó. Hasta que no oyeron cerrarse la puerta del dormitorio de Andy, ni Dee ni Meg volvieron a hablar.

—Has sido muy grosera —le dijo Dee.

—¡Ni la mitad de lo que él lo fue conmigo hace trece años! —le espetó con tono cáustico.

—Cuando hace un momento subí a la habitación con las toallas... me pareció que el aire estaba cargado de tensión. ¿Habíais estado hablando de... lo de aquella noche?

—¡No, ni siquiera me hizo la más ligera mención! Y hasta que no lo haga, yo tampoco le hablaré sobre ello. Se está comportando como si nada hubiera sucedido entre nosotros, de la misma manera que en aquel entonces. Eso te dará una idea del tipo de hombre que es...

—De verdad, no lo comprendo, Meg. James y él siempre han sido tan amigos... ¡y tú sabes lo decente y honesto que es James!

—James ignora lo de aquella noche. James no sabe... —Meg bajó la voz hasta convertirla en un susurro—... que Sam hizo el amor conmigo y que nunca se molestó en contactar conmigo después, por si acaso me había quedado embarazada. Si James lo supiera, si supiera que Sam es el padre de Andy, ¡seguro que cambiaría de opinión acerca de su padrino!

—Yo confío realmente en el criterio de James para juzgar a las personas, cariño. Quizá Sam tuviera una buena razón para no contactar contigo.

—¿Como cuál?

—¡No lo sé! —Dee se encogió de hombros, impotente—. Ya hemos tenido esta misma conversación cientos de veces, ¿no? Nos hemos hecho esta pregunta una y otra vez. Y nunca hemos llegado a una respuesta satisfactoria.

—¡Eso es porque no la hay! —exclamó Meg—. Sencillamente, ese hombre no tiene sentido de la responsabilidad. Me gustaría no haberlo

conocido nunca, si no fuera por Andy. Eso sí que se lo debo. Ni siquiera puedo imaginar cómo habría sido mi vida sin... —se interrumpió de pronto, cuando una idea terrible asaltó su mente—. Oh, Dee... ¿y si Sam descubre la verdad e intenta quitarme a mi hijo? Un chico de su edad necesita un padre, ¡lo sé! Pero no podría soportar que escogiera vivir con Sam y con Alix...

—Meg, por el amor de Dios, deja de preocuparte por cosas que nunca van a suceder. No hay forma de que Sam descubra la verdad. Tú y yo somos las únicas personas en el mundo que lo sabemos y, ciertamente, ¡Sam no va a saberlo por mí!

—¡Ni por mí! —musitó Meg, cerrando los ojos.

Sam se despertó muy temprano. Por un instante no supo dónde se encontraba, pero al volver la cabeza y ver la pared de las fotografías, lo recordó de inmediato. Estaba en la casa de los Stafford. En el dormitorio del hijo de Meg. «Andy, ¡el superdeportista!», pensó sonriendo.

Se levantó para acercarse a la ventana, y le cegó el sol. El agua resplandecía de reflejos plateados, la arena se extendía como un franja de seda cremosa, y a excepción de una solitaria figura hacia el sur, la playa estaba completamente desierta. Decidió empezar la mañana corriendo. Después de ponerse unos pantalones cortos y unas deportivas, salió de la casa sin hacer ruido por la puerta trasera.

Trotó hasta la playa. Después de una ligera vacilación, optó por correr hacia el sur, en dirección a la posada de Seashore. Respiraba a fondo el aire salado mientras alcanzaba un ritmo constante. «Esto es vida», pensó eufórico. El aire era tan claro como el cristal, y tan embriagador como el champán. Se había enamorado de Seashore desde la primera vez que visitó aquella pequeña población. Y siempre había envidiado a James por haber nacido y haberse criado allí.

—Pero tendré que marcharme de aquí una vez que me gradúe —recordaba Sam que le había dicho James con tono práctico—. Nunca podría vivir en Seashore de la abogacía, en un lugar tan pequeño.

Y terminó incorporándose a un bufete de Seattle, mientras que Sam se estableció en Portland, donde había nacido. Pero Seashore siempre

permaneció en un rincón de su memoria como una visión del paraíso. Un imposible paraíso que estaba fuera de su alcance...

Distinguió la posada; estaba a medio camino. El edificio de tres pisos se levantaba sobre la playa, tan hermoso como un grabado de un libro antiguo, con su tejado de pizarra y sus verandas blancas. En el patio podía ver varias mesas con sombrillas de color azul y blanco; una extensión de césped recién cortado descendía suavemente hasta la playa.

De pronto distinguió algo sobre el césped. No podía ver bien qué o quién era, así que estimulado por la curiosidad, aceleró el ritmo y se dirigió hacia allí. Meg estaba apoyada en el tronco del único árbol que se levantaba en el césped, todavía intentando recuperar el aliento. Aquella mañana había corrido más rápido de lo habitual, con la intención de volver pronto a casa y ducharse antes de que Sam Grainger hiciera su aparición. Pero se había excedido y, como consecuencia, no había tenido más remedio que detenerse a descansar a la sombra de aquel árbol.

Cuando finalmente se sintió mejor, y estaba a punto de levantarse, distinguió un cartel de madera en el patio de la posada, un cartel que no había visto allí el día anterior. Lo miró con curiosidad, y cuando leyó el texto, se quedó tan impresionada que no pudo menos que volver a apoyarse en el tronco. El teléfono de la posada acompañaba al texto en letras grandes, que decía así: *En venta. Burton Barton. Seashore.*

Meg todavía no podía creerse lo que estaba viendo. No tenía ni idea de cómo había podido pasarle desapercibido aquel cartel...No, eso era falso. Lo sabía demasiado bien. Había estado tan ensimismada en sus propios problemas, tan preocupada por la presencia de Sam Grainger en su casa, que había estado ciega a todo lo que la rodeaba. Pero allí estaba, en toda su gloria: la posada de Seashore, donde había trabajado durante la mayor parte de los últimos trece años, estaba en venta.

¿Por qué Mark no le había informado que pensaba vender la posada? ¿Quién la compraría? Y, lo más importante de todo, ¿en qué medida le afectaría a ella aquel cambio, en términos de su propia seguridad laboral? Mark, en su posición de propietario, apenas la semana anterior la había ascendido a ayudante de director; una promoción que se materializaría cuando Deborah Wilson, la ayudante actual, se jubilara a finales de septiembre. Meg se había entusiasmado ante el desafío que entrañaba

aquella nueva responsabilidad... y ante la perspectiva de cobrar un salario más alto.

Pero ahora... eso podría cambiar. Suspirando, se pasó las manos por el pelo y, por primera vez, fue consciente de los pesados pasos que se acercaban hacia ella. Frunciendo el ceño, se volvió, y apenas pudo reprimir una exclamación de disgusto cuando reconoció a la persona que había turbado su soledad. Se levantó rápidamente.

Como ella, Sam Grainger tenía el cabello húmedo, y gotas de sudor corrían por su pecho desnudo. Sólo llevaba los pantalones cortos y las deportivas.

—Hola —la saludó—. ¿Vas a regresar ahora? —tensa, Meg asintió. — ¡Vamos juntos entonces! —y se volvió sin esperar su respuesta.

Meg lo miró con el ceño fruncido. ¡No estaba dispuesta a aceptar una orden ni de él ni de ningún otro hombre! Además, ¡no podía pensar en una peor manera de empezar el día que corriendo al lado de Sam Grainger! Pero no podía quedarse allí toda la mañana. Empezó a trotar desganada, manteniéndose a unos pasos por detrás de él. Craso error, porque si por delante era impresionante, por detrás, sencillamente, quitaba el aliento...

Desvió la mirada hacia el mar, negándose a seguir mirándolo. Pero inmediatamente empezó a marearse por correr con la cabeza ladeada y volvió a mirar hacia el frente. Cuando nuevamente cayó en la tentación de admirar aquel esplendoroso cuerpo, no pudo reprimir un leve gemido de angustia.

Al oír su gemido, Sam se volvió un instante para mirarla. Se suponía que correr era una buena manera de desahogar el estrés, ¡pero aquello no parecía funcionar en el caso de Meg, a juzgar por la tensión de su gesto y por el brillo de animosidad de sus ojos! Logró contener una carcajada, pero se le escapó una sonrisa. Meg Stafford era una mujer muy peculiar...

Pero ya no se apellidaba Stafford. Aquella foto enmarcada que había visto en la habitación de Andy... era un retrato familiar. ¿Dónde estaría el padre de Andy? Aminoró el ritmo para esperar a Meg, pero en vez de mantenerse a su altura, ella lo adelantó a toda velocidad. Con arrogancia, con la cabeza bien alta.

Sus rápidos pasos dejaban huellas en la arena húmeda, como un sendero, como invitándolo a que la siguiera. Recuperando nuevamente velocidad,

salió en pos de ella... ¡pero era muy rápida! No la alcanzó hasta que llegaron al tramo final de la playa.

—¡Oye! —le dijo—. Afloja el ritmo. Quería preguntarte por el padre de Andy.

Por un instante, creyó vislumbrar una expresión consternada y angustiada en sus ojos, antes de que se apartara de él con rapidez. Pero no para dirigirse hacia la casa, sino hacia el mar. Se detuvo sólo un instante para quitarse las deportivas y, vestida con sus pantalones cortos blancos y con su camiseta de tirantes, se zambulló en el agua.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

SAM acababa de terminar sus ejercicios de estiramiento cuando Meg salió del agua. La observó detenidamente mientras se disponía a calzarse las deportivas. ¿Estaría furiosa porque la había esperado? Rió entre dientes; ¡se habría enfurecido mucho más si pudiera verse en aquel momento! La camiseta empapada se le pegaba a los senos, y lo mismo podía decirse de sus pantalones blancos, que semejaban una segunda piel... absolutamente transparente. Ella lo miró y luego se dio la vuelta mientras se calzaba las deportivas. Cuando se agachó para atarse los cordones, Sam pensó que verdaderamente tenía un trasero maravilloso...

En el momento en que Meg se incorporó, la mirada de Sam, como si tuviera voluntad propia, volvió a sus senos. Sintió entonces una punzada de deseo...

—¿A qué estás esperando? —le preguntó ella con tono helado.

—A que me respondas a una pregunta: ¿dónde está el padre de Andy?

—Estoy divorciada. Aunque esto no es asunto tuyo, Jack y yo nos casamos, nuestro matrimonio salió mal y nos separamos —empezó a caminar—. Rápida y amigablemente.

—¿Dónde está ahora? —le preguntó Sam, siguiéndola.

—Se marchó después del divorcio. Perdimos el contacto.

—¿No fue eso muy duro para Andy?

Meg se detuvo y giró en redondo tan bruscamente que Sam tropezó con ella y a punto estuvo de derribarla. Se apresuró a sujetarla de los hombros y pudo sentir cómo se le aceleraba la respiración y se le ponía la carne de gallina. Intentó liberarse, pero él no la soltó.

—¿No fue eso muy duro para tu hijo? —repitió la pregunta Sam.

La mirada de Meg era fría, pero los labios le temblaban. ¿Sería por la frialdad del agua... o porque no era una mujer tan serena como le habría gustado pensar? ¿Todavía se resentiría de las heridas de su fallido matrimonio? Sabía cuánto podía doler aquello, y sintió una punzada de compasión por ella.

—Meg...

—¡Me estás clavando los dedos en la piel! —se liberó bruscamente—. Mira, ya he tenido que resignarme a tenerte en mi casa, porque era un favor hacia James y hacia Elsa, pero no tientes tu suerte. Si insistes en meterte en lo que no te importa, ¡te juro que te echaré inmediatamente! ¿Te ha quedado claro?

Sam abrió la boca para replicarle «¡como el cristal!», pero para entonces ella ya se dirigía corriendo hacia la casa. Se quedó donde estaba, pensativo, asaltada su mente por cientos de preguntas.

Meg se miró horrorizada en el espejo del cuarto de baño. No le extrañaba que Sam Grainger la hubiese mirado con aquella expresión de avidez. Nunca se había sentido tan avergonzada... Rápidamente se desnudó y tomó una ducha caliente. Mientras su cuerpo estremecido de frío volvía a la vida, se obligó a pensar objetivamente en Sam Grainger. Y en su descarado interés sexual por ella... algo bastante inapropiado, por cierto, teniendo en cuenta que estaba casado. También se obligó a admitir la involuntaria reacción de su cuerpo a aquel interés... una reacción que no tenía ningún sentido negar.

Apretó los labios mientras se lavaba enérgicamente la cabeza. Cuando Sam Grainger la vio, ¿pensó en aquella noche que pasaron en la playa? ¿Recordó la pasión que los consumió? ¿Recordó sus gemidos de placer, sus susurros, sus gritos de deleite mientras inflamaba su cuerpo de deseo?

Lo que había sucedido entre ellos aquella noche había constituido, para Meg, una asombrosa revelación. Nunca había experimentado un éxtasis semejante, un gozo igual. Había sido como abandonar la tierra y trasladarse a otra dimensión. El recuerdo había quedado enterrado en lo más profundo de su corazón, pero nunca había podido olvidarlo del todo.

En el caso de Sam Grainger, al parecer sí que había sido olvidado, como si nunca hubiera sucedido. Se dijo que debería tener muy presente eso,

cuando él la mirara con aquel brillo de deseo en los ojos. Sam podría desearla otra vez, como lo había hecho antes, pero ella nunca volvería a ceder. Aquello era terriblemente confuso. ¿Cómo podía sentirse tan atraída físicamente por un hombre del que tanto abominaba?

Sam siguió las huellas de Meg hasta la puerta trasera, y, cuando entró en la cocina, encontró a Dee cocinando. La boca se le hizo agua al oler el aroma del beicon frito mezclado con el del café recién hecho.

Al oír el ruido de la puerta de rejilla, Dee se volvió con la paleta en la mano. Todavía tenía el pelo húmedo por la ducha, y estaba fresca y hermosa con su blusa azul y su falda veraniega. Lo saludó arqueando levemente las cejas, y lanzó luego una significativa mirada al reguero de agua que desde la puerta trasera llegaba hasta el corredor.

—Déjame adivinar —le dijo—. ¿Meg y tú habéis tenido una discusión y la has lanzado al mar?

—No, lo de nadar fue idea suya. Y tampoco hemos discutido... —se interrumpió al oír el ruido del agua en el cuarto de baño, que le indicaba que Meg se estaba duchando, y continuó con tono suave—: Ha cambiado, Dee. No recuerdo que tu hermana pequeña fuera tan...susceptible. Me dijo que se había divorciado y, diablos, lo único que hice fue preguntarle si el hecho de que su hijo dejara de ver a su padre no había sido demasiado duro para él, y entonces salió disparada...

La paleta se deslizó entre los dedos de Dee y cayó al suelo.

—Oh, maldi... —se agachó para recogerla y, cuando se incorporó otra vez, estaba ruborizada. Volvió a concentrarse en la tarea de freír el beicon y, de espaldas a él, le preguntó—: ¿Qué me estabas diciendo?

Sam se preguntó si aquella tensión que percibía en el ambiente sería imaginada o real. No; podía sentirla vibrando entre ellos. Era la misma tensión que se había generado entre Meg y él cuando le preguntó por su marido. Sintién dose como si estuviera caminando por un terreno desconocido completamente a oscuras, declaró con tono ligero:

—Oh, no tiene importancia. Supongo que a Meg no le gusta hablar de su ex-marido. No puedo culparla por ello... el divorcio nunca es algo agradable, por muy amistosa que sea la separación. Ahora, si me disculpas, me voy arriba para ducharme cuando termine Meg.

Ya casi había llegado a la puerta cuando Dee lo llamó:

—¿Sam?

—¿Mmmm?

—Jack nunca fue un buen padre. Nunca tenía tiempo para Andy, y ésa fue una de las razones de la ruptura... —se mordió el labio.

—Por lo que estás diciendo, no fue una gran pérdida, entonces. Al menos por lo que se refería a su hijo.

—Después del divorcio, Meg y Andy intentaron olvidarse de Jack. Ninguno de los dos habla de él, así que será mejor que, mientras estés aquí, evites ese tema...

—Descuida. Y, Dee... gracias por la explicación.

Mientras subía las escaleras, Sam se maldijo por haberle preguntado a Meg cosas que no le atañían en absoluto. ¿Por qué tenía que haber abierto su boca? No solamente había molestado a Meg, sino también a Dee. Pasó por delante del cuarto de baño; la puerta estaba cerrada, pero ya no corría el agua de la ducha. Podía oír el ruido del secador. Entró en su dormitorio... y se detuvo en seco cuando su mirada se posó en el retrato familiar de Jack, Meg y Andy. Lo miró fijamente.

Si Dee le había dicho la verdad y, después del divorcio, Meg y Andy habían intentado olvidarse de Jack... ¿por qué no habían escondido aquel retrato? Aquello no tenía sentido. Todavía estaba mirando la foto, intentando encontrar una respuesta a su presencia allí, cuando oyó un sonido a su espalda. Meg estaba en el corredor, envuelta en un albornoz rosa.

—Sólo quería decirte que ya he terminado en el cuarto de baño.

Su mirada se deslizó hacia el retrato. Cuando volvió a mirar a Sam, por un instante apareció en sus ojos una expresión aterrada, como si temiera que fuera a hacerle nuevas preguntas. Pero en lugar de eso, se limitó a decirle:

—Gracias.

Sam pudo ver cómo su rostro se iluminaba de alivio. Meg no dijo nada más; tan sólo asintió con la cabeza y se marchó.

—¿Por qué decidiste venir unos días antes? —le preguntó Dee a Sam.

Para aprovechar la soleada mañana, Dee había servido el desayuno en el patio. Meg nunca desayunaba, y mientras Dee y Sam saboreaban unos

huevos con beicon, se limitó a tomarse su habitual taza de café solo. Y mientras Dee y Sam aprovechaban aquel momento para charlar de esto y de aquello, ella, de manera ciertamente grosera, había optado por esconder la nariz detrás del periódico de la mañana.

—Acababa de cerrar un caso de divorcio particularmente desagradable —estaba diciendo Sam—. Había dos niños pequeños de por medio y estaban siendo manipulados por sus padres. Creía que me había endurecido con los años, pero algo en ese caso me impactó especialmente. Necesitaba descansar.

—Bueno, pues has venido a parar al lugar adecuado. Echaré de menos Seashore cuando me traslade a Seattle con James —Dee rió entre dientes—. Algunas veces tengo que pellizcarme para convencerme de que todo esto esté sucediendo en realidad... cielos, James y yo nos conocemos de toda la vida, pero sólo como amigos, y para nosotros fue un verdadero shock tomar conciencia de que nuestra amistad se había convertido en algo más.

—¡Ciertamente no fue un caso de amor a primera vista! —se burló Sam.

—¡No, no como Alix y tú! —exclamó Dee—. ¿Sabes cómo se conocieron Alix y Sam, Meg?

Meg apretó los dientes. Contó hasta diez; luego bajó un poco el periódico y miró a su hermana por encima del borde.

—Perdón, ¿Decías algo, Dee?

—Te estaba preguntando... si sabías cómo se conocieron Sam y Alix.

—No —Meg dobló cuidadosamente el periódico y, mirando su reloj, se levantó—. Cielos, se me está haciendo tarde. Si me disculpáis, tengo que irme a trabajar.

Dee se ruborizó, y Meg sintió a su vez una punzada de remordimiento. Por muy duro que hubiera sido el comportamiento de Sam para con ella en el pasado, no era justo que su resentimiento pusiera a su hermana en una situación tan incómoda. Se obligó a mirar a Sam.

—Esta noche, durante la cena —le dijo con tono amable— ya me contarás cómo fue ese primer encuentro. Tengo mucha curiosidad —se inclinó para besar a su hermana en la mejilla—. Hasta luego.

Después que se hubo marchado, Sam le preguntó a Dee:

—¿Dónde trabaja Meg?

—En la posada de Seashore. Es la recepcionista jefe.

—¿Lleva mucho tiempo allí?

Sam vio que abría mucho los ojos, como si su pregunta la hubiera sorprendido.

—Meg empezó a trabajar de camarera en el comedor, justo después de graduarse en el instituto —Dee se ocupó súbitamente de rellenar sus respectivas tazas de café—. Su primer día de trabajo... bueno, fue el mismo día en que llegaste tú hace trece años, cuando viniste a Seashore convaleciente de aquella enfermedad...

Sam no recordaba haber visto a Meg en la posada. Sus únicos recuerdos de su rápida estancia allí estaban ligados al devastador dolor que lo consumió cuando, en unos informativos de televisión, dieron la noticia de que Alix había muerto. Una noticia que luego se reveló como falsa. Era cierto que el helicóptero había estallado, pero Alix no había estado dentro. Justo cuando estaba a punto de dejar la pista, la había asaltado un violento dolor de estómago. En ambulancia la habían trasladado al hospital más cercano, para operarla de apendicitis.

Pero la noticia no fue desmentida hasta la mañana siguiente. Las horas que transcurrieron entre la noticia de la muerte de su esposa y el desmentido nunca llegaron a existir en el recuerdo de Sam. Sufrió una pérdida temporal de memoria, debido al efecto del alcohol que había ingerido, sumado al de la poderosa medicación que había estado tomando contra la enfermedad de la que todavía estaba convaleciente...

—¡Ah, ya estáis levantados! —la voz de James los saludó desde la puerta abierta que comunicaba ambas propiedades.

Sam sacudió la cabeza para hacer a un lado aquellos tristes recuerdos, y vio cómo su amigo besaba cariñosamente a Dee.

—Entonces... —James ocupó la silla que Meg había dejado libre— ¿qué planes tenéis para hoy?

—Tú y yo tenemos que hablar con el organista de la iglesia —le dijo Dee—. Luego, tenemos una cita con el sacerdote a las once, y después de comer tenemos que llevar a Elsa a Larch Grove para que se compre unos zapatos nuevos. Sam.. —se volvió hacia él con una sonrisa de disculpa—. ¿Te importará quedarte solo hoy?

—Claro que no. No hay problema.

De hecho, no podía esperar a estar solo. Y cuando James y Dee se marcharon al fin, suspiró de alivio. No tenían ni idea de lo decaído, inquieto y vacío que se sentía. Y tampoco quería que lo supieran. Una estancia de

una semana allí, sin preocupaciones, sin obligaciones de ningún tipo, obraría milagros.

Pero incluso mientras intentaba convencerse de ello, la perspectiva de regresar a Portland después de la boda y de volver al trabajo que tanto odiaba... le provocaba sudores fríos.

—¡Ah, aquí estás! —musitó Meg—. ¡Al fin!

Mirando de reojo al propietario de la posada, que entraba en aquel momento en el vestíbulo, Meg terminó de regar la begonia de su escritorio y escondió el recipiente de agua debajo del mostrador de recepción.

—Buenos días, Mark —lo saludó con un tono claramente ofendido.

—Buenos días, Marguerite —Mark le lanzó una radiante sonrisa—. ¿Cómo te encuentras, después de tu día libre?

Mark O'Driscoll, un hombre todavía atractivo a pesar de sus ya más de setenta años, era la única persona del mundo que la llamaba por el nombre con el que la habían bautizado. Cuando trece años atrás, durante su entrevista para el trabajo de camarera, se dirigió a ella por el nombre que figuraba en su currículum, Meg no se molestó en decirle que prefería que la llamaran por su diminutivo. Y después fue demasiado tarde. Cuando descubrió que su querida esposa, que murió poco después de cumplir los treinta años, se había llamado Marguerite, se le derritió el corazón. Y nunca más se le ocurrió pedirle que la llamara Meg. Pero en aquel momento no se le estaba derritiendo el corazón... ¡en absoluto! Con los años, Mark se había convertido en un buen amigo para Dee y para ella, pero los buenos amigos no se escondían secretos...

—¿Que cómo estoy? Bueno, estaba bien... ¡hasta que esta mañana he visto ese letrero de «Se Vende»! ¿Qué diablos está pasando? Siempre me habías jurado que cuando dejaras la posada de Seashore... ¡saldrías por esa puerta con los pies por delante! Y no me parece que estés muerto, Mark, al contrario... —miró con ojos entrecerrados su camisa amarilla recién estrenada y sus flamantes pantalones blancos—... ¡nunca te había visto tan... garboso!

—¿Garboso? —rió entre dientes—. ¿De verdad, querida?

La miraba como si le estuviera escondiendo con mucho esfuerzo una feliz noticia. Meg no pudo evitar conmoverse.

—De acuerdo. Suéltalo ya.

—Marguerite... —le dijo Mark, acercándosele—, me caso de nuevo.

Meg se lo quedó mirando con la boca abierta, y él se echó a reír al ver su expresión de sorpresa.

—Con Deborah.

«¿Deborah? ¿La directora asistente que se jubilará el mes que viene?», se preguntó Meg.

—Pero... ¡pero si Deborah y tú nunca os habéis llevado bien! ¡No habéis hecho más que discutir desde que os conozco!

—Es cierto —Mark se puso serio—. No fue hasta que me enteré de que se marchaba cuando me di cuenta de que... bueno, de lo mucho que la iba a echar de menos. Además, ella no pretendía quedarse aquí, en Seashore; planeaba pasar su jubilación viajando por todo el mundo. Ése siempre había sido su sueño. Y cuando el otro día le confesé lo mucho que la iba a echar de menos, me espetó: «bueno, ¿y por qué no te vienes conmigo?». Yo le pregunté en seguida si me estaba proponiendo que me casara con ella y ella me contestó: «bueno, ¡ciertamente no te estaba proponiendo que pasaras tus años más dorados viviendo en pecado!».

—Oh, Mark... —con lágrimas en los ojos, Meg se acercó para abrazarlo—. Me alegro tanto por los dos...

—El contrato que tú y yo firmamos... —empezó a decirle Mark, incómodo.

—¿No tendrá valor alguno cuando la posada cambie de manos?

—Eso me temo. Pero te recomendaré encarecidamente al nuevo propietario, Marguerite. Quienquiera que se quede con esto, me aseguraré de que sepa que eres la persona más idónea para este trabajo.

—Gracias, Mark, pero no tienes que preocuparte de eso ahora. Deborah y tú debéis concentraros en vosotros mismos, disfrutar de vuestra jubilación. Ambos habéis trabajado muy duro y os lo merecéis.

Una vez que Mark se hubo marchado, el ánimo de Meg decayó un tanto... e incluso sintió una leve punzada de envidia por su felicidad. Ella todavía no había encontrado al hombre adecuado en su vida. ¿Acaso había sido culpa suya? ¿Acaso estaba esperando a algún Príncipe Azul? Si alguna vez había habido alguna veta romántica en su alma, Sam Grainger la había matado trece años atrás; ¡y Jack la había rematado algunos años después! Su actitud ante la vida era ahora de un crudo realismo; ya no creía en el

amor romántico. Cuando miraba a los hombres, los veía con todos sus defectos... y Sam Grainger era un cabal ejemplo de ello. Tenía carisma y parecía cariñoso; pero todo aquello era mentira. En realidad, era falso, egoísta, irresponsable...

—Buenos días —la señora Mirgan, de la habitación 215, le sonrió desde el otro lado del mostrador—. Mi marido y yo queríamos encargar una comida de picnic. Vegetariana, por favor.

—Por supuesto, señora Morgan —repuso Meg—. Ahora mismo me encargaré de ello.

Y mientras volvía a concentrarse en su trabajo, se las arregló para hacer a un lado sus problemas personales. Pero, a pesar de todo, continuaron molestándola sordamente durante todo el día; y cuando terminó sus tareas a las cinco, todavía seguía padeciendo sus efectos.

Mientras pedaleaba en su bicicleta por la carretera de la costa, se sorprendió a sí misma esperando que Sam Grainger no anduviera cerca de allí. Experimentó un alivio inmenso cuando llegó a Seaside Lane y no vio a su coche a la entrada. Un alivio que se intensificó aun más cuando Dee le comentó que Sam había dejado una nota avisando que regresaría tarde.

—Pobre hombre, quiere desaparecer para no molestarnos —añadió Dee con tono suave.

—Es culpa mía —Meg esbozó una mueca—. Tenía intención de mostrarme amable con él, o al menos cortés, durante la cena. Pero tengo más preocupaciones aparte de Sam Grainger, Dee. Nunca adivinarías lo que ha sucedido... ¡intenté llamarte pero estuviste fuera todo el día! —sacó un folleto del bolso y se lo entregó a su hermana—. ¡La posada está en venta!

—Sí, lo sé. James y yo estuvimos esta mañana tomando café en el Hava-Java y vimos el anuncio. ¿Por qué quiere venderla Mark?

Meg se dejó caer en una silla y le relató con todo detalle la conversación que había mantenido con el propietario de la posada. Dee, que apreciaba a Deborah tanto como a Mark, se mostró encantada al saber que los dos pensaban casarse. Pero su deleite no podía menos que quedar empañado por su preocupación por el futuro de Meg en la posada.

—¡Pues no ha podido elegir un peor momento! —exclamó Meg—. Con los pagos de la casa pendientes...

Meg se frotó la nuca, que estaba húmeda de sudor. Su madre viuda les había legado la casa familiar a su muerte, ocurrida quince años atrás, pero

apenas la semana anterior Dee le había comunicado que le regalaba su parte de la casa, de modo que a partir del día de su boda Meg sería la única propietaria. Meg se había quedado impresionada por la generosidad de su hermana, pero también algo nerviosa ante la perspectiva.

—Tendrás que hacer frente tú sola a los pagos de la hipoteca —le había advertido Dee—. Ya no compartiremos más los gastos. Pero, con tu nuevo trabajo, no tendrás ningún problema. Y James y yo... bueno, no podremos permitirnos pagar dos casas...

En aquel entonces a Meg las perspectivas le habían parecido muy halagüeñas, pero en ese instante las sentía como una carga: una carga que podría acabar con ella. A pesar de todo, no quería preocupar a su hermana.

—No te inquietes, Dee. Ya me las arreglaré. En el peor de los casos, podré alquilar habitaciones —intentó parecer alegre, pero aquella perspectiva le provocó un escalofrío. No podía soportar la idea de tener extraños viviendo allí.

Después de cenar con Dee, Meg salió a dar un largo paseo por la playa. Eso debería haber calmado su dolor de cabeza, pero no fue así. Cuando regresó a casa, tomó una aspirina y se acostó. Sin embargo, aún seguía despierta horas después, cuando oyó el coche de Sam entrar en el sendero.

Sam entró sigilosamente en la casa por la puerta trasera. Encendiendo la luz, bostezó. Había pasado el día conduciendo a lo largo de la costa, y luego había saboreado un buen plato de marisco en la posada de Seashore. Después se había tomado un par de pintas de cerveza mientras charlaba con la gente del pueblo. Bostezó de nuevo. La brisa del mar era adormecedora. No tenía ninguna duda de que aquella noche dormiría como un tronco.

Mientras atravesaba la cocina, descubrió un colorido folleto encima de la mesa; era de la posada de Seashore. Meg debía de haberlo dejado allí al regresar del trabajo. Le echó una ojeada, y de pronto un papel se deslizó entre sus páginas: era un anuncio de venta de la propiedad. Todos los datos estaban allí, desde el número de habitaciones hasta el precio ofertado.

Silbó de asombro; era un precio muy alto. Volvió a guardar el papel en el folleto y lo dejó donde lo había encontrado. Pero diez minutos después, mientras yacía en la cama intentando dormir, la imagen de aquel vistoso folleto seguía apareciendo en la pantalla de su mente. Por supuesto, siempre

se podría rebajar ese precio. Y Alix y él ya habían vendido su lujosa casa de Portland, y se habían repartido todos sus bienes muebles. Él había insistido en que ella conservara el piso de Londres que le había comprado hacía diez años, su base de operaciones cuando se encontraba en Europa. En vez de exigirle que le pasara una pensión, Alix le había pedido una bonita suma... que Sam se había podido permitir pagar. Como también podría permitirse pagar el precio de la posada... siempre y cuando vendiera su participación en el bufete de abogados.

«Tú eres ahora el dueño de la compañía, hijo», evocó en aquel instante la voz de su padre, surgida del recuerdo. «Tu abuelo murió, y yo también me iré muy pronto. La compañía está en tus manos: solamente en las tuyas. Consévala. Légasela a tus hijos. Es tu herencia familiar, tu responsabilidad...» Un soplo de brisa nocturna entró por la ventana abierta, y Sam se estremeció, desnudo en la cama. ¿Estaría intentando su padre hacerle cumplir su última voluntad desde la tumba? ¿Estaría intentando controlarlo aún, tal y como había hecho hasta el día de su muerte, hacía tan sólo un año?

Sam sintió una punzada de dolor al evocar aquellos recuerdos. Nada parecía haber satisfecho suficientemente a Fergus Grainger. Como hijo obediente, incluso había ido a la facultad de leyes cuando así se lo exigió; luego había entrado en la empresa familiar... cuando abogado era lo último que había querido ser en la vida, especialmente especialista en divorcios. Pero, aun así, todos sus esfuerzos por ganarse la aprobación de Fergus Grainger habían sido en vano. El tipo de relación de paternidad que Sam había ansiado como niño y de adulto había esperado fervientemente... jamás se había materializado.

Tumbado de espaldas, miraba fijamente al techo. Su padre ya no estaba. Él era su único dueño... al fin. De todas formas, no podía estar pensando seriamente en abandonar su carrera de abogado y comprar la posada de Seashore... ¿o sí?

Capítulo 4

MUY temprano, a la mañana siguiente, Meg ya estaba en el jardín trasero, haciendo sus habituales ejercicios de estiramientos antes de salir de correr, cuando oyó a alguien abrir la puerta de la cocina a su espalda.

Inclinada con los dedos tocando el suelo, levantó la mirada y vio a Sam. Llevaba pantalones cortos. Cuando se acercó a ella, a Meg se le aceleró el pulso: aquellas piernas eran tan fuertes, y estaban tan cerca...

—¿Vas a salir a correr? —le preguntó él.

—Sí, dentro de un momento —y continuó con sus ejercicios.

Sam empezó a trotar a su alrededor, calentando músculos. Meg tenía la impresión de que la observaba. Pensó que probablemente estaría babeando como un adolescente a la vista de su trasero. Apretando los dientes, le preguntó:

—¿Tú no estiras antes de correr?

—Siempre. Pero ya lo he hecho arriba —y añadió con cierto tono de diversión—. Desnudo.

Meg se dijo que, evidentemente, aquel comentario no merecía respuesta alguna; pero no pudo evitar ruborizarse. Continuó estirando, sintiendo sobre sí su burlona mirada. Para cuando hubo terminado sus ejercicios, el sudor le corría por entre los senos, y sabía bien que no había sido causado por el calor del sol. Ignorándolo, se incorporó y se dirigió a la calle. Sam la alcanzó en seguida y juntos trotaron hacia la playa. Meg tomó dirección norte.

—¡Hey! —exclamó Sam, sorprendido—. ¿A dónde vas?

—A la marina de Matlock.

El pulso le latía aceleradamente hasta que oyó la respuesta de Sam, a su espalda:

—Yo iré a la posada. Hasta luego.

Meg siguió corriendo, desconcertada por su propia reacción. No había deseado en absoluto la compañía de Sam, eso estaba claro, pero... tenía que admitir que, a pesar de su intensa aversión hacia él, se sentía más viva cuando estaba a su lado. Más.. atenta a lo que la rodeaba. Al menos físicamente.

Mientras se acercaba a la posada, Sam se preguntó si no estaría loco por pensar lo que estaba pensando: renunciar a una profesión en la que había alcanzado tantas ganancias económicas como buena reputación. Resultaba difícil contemplar un cambio, un futuro en el que pudiera ser dueño de su propia vida y no al revés, como había sido el caso durante los últimos casi cuarenta años.

Aminoró el paso mientras contemplaba el edificio de una manera muy distinta de lo que lo había hecho el día anterior, cuando lo había mirado nada más que con cierto interés y una leve nostalgia. Ahora, en lo más profundo de su corazón, experimentaba una sensación de entusiasmo, algo que hacía años no sentía. Sí, decidió; intentaría comprar la posada de Seashore. Y no perdería el tiempo; tan pronto como abriera la agencia inmobiliaria, iría a hablar con Burton Barton.

Meg regresó a casa antes de que Sam. Cuando salía de ducharse, lo oyó en su dormitorio y gritó: «cuarto de baño libre». Luego, mientras él se duchaba, se vistió apresuradamente y bajó a la cocina. Sirviéndose una tazón de café le dijo a Dee, que estaba preparando un guisado de verduras en la sartén:

—Me voy ya. Quiero llegar pronto a la posada, porque tenemos un montón de papeleo que hacer antes de que tenga lugar la venta.

—Me pregunto quién la comprará... —comentó Dee con tono ausente.

—Algún forastero —respondió Meg mientras se disponía a salir—. ¡Nadie de por aquí tiene tanto dinero!

Burton Barton era un tipo muy campechano, de bigote amarillento, pelo que ya empezaba a encanecer y aspecto terriblemente enérgico. Rubicundo y algo sobrado de peso, se pasaba un pañuelo sin cesar por la frente mientras invitaba a Sam a pasar a su despacho.

—La posada de Seashore no estará mucho tiempo en el mercado —le advirtió, dejándose caer pesadamente en su sillón—. Es una joya. Necesita que la restauren, ya que el dueño la ha descuidado un poquito durante los diez últimos años, pero básicamente la propiedad es fantástica. ¿Ya le ha echado un vistazo por dentro?

—No recientemente, pero sí, la conozco. En mis años de estudiante trabajé allí algunos veranos: en el bar, en el comedor, las cocinas, los jardines...

—Entonces, ¿conoce a Mark?

—Oh, claro.

Burton echó un vistazo a la tarjeta de presentación que Sam le había entregado.

—Es usted abogado —lo observó con curiosidad—. ¿Está pensando en abandonar su profesión?

—Es hora de cambiar —respondió Sam.

—¡Pues vaya cambio!

Sí, pensó Sam; iba a ser un cambio trascendental. Lo que no le dijo al agente era que, cuando era estudiante, le había encantado trabajar en el hotel; desde el primer día siempre se había sentido como si estuviera en su ambiente. Incluso había llegado a decirle a su padre, después de su segundo verano trabajando allí, que quería entrar en el negocio de la hostelería; Fergus Grainger, evidentemente, no se lo había permitido. En ese instante se dio cuenta de que Burton estaba esperando una respuesta a su comentario.

—Sí —dijo con tono indiferente—. Es un cambio, pero en la dirección adecuada.

Se abrió la puerta y entró la secretaria con una bandeja de café con pastas. Una vez que se hubo retirado, durante la siguiente hora, Burton y Sam estuvieron hablando del hotel, y el agente respondió a todas y cada una de sus preguntas. Cuando finalmente Burton se levantó del sillón, y se ofreció a acompañarlo para que viera el estado actual de la posada, Sam negó con la cabeza.

—No, quiero ser discreto —se levantó—. Ahora mismo, me gustaría que mantuviera en secreto mi interés hasta que tome una decisión en firme. Hoy me dejaré caer por la posada, comeré allí y charlaré con Mark. Luego ya volveré a ponerme en contacto con usted.

Pero mientras subía a su coche, Sam ya sabía que había tomado esa decisión. Quería la posada. La quería más que cualquier otra cosa en el mundo. Sin embargo, debía refrenar su urgencia, mantener la cabeza fría, asegurarse de que ese sentimiento no lo cegara.

En la posada, habló largo y tendido con Mark mientras comían. Luego, durante las siguientes horas, se dedicó a inspeccionar en detalle el edificio y, al mismo tiempo, a reforzar internamente su decisión de convertirse en su nuevo propietario.

Después de meditar mucho sobre el precio que estaba dispuesto a pagar por la propiedad, se dejó caer por la agencia inmobiliaria. Burton y él redactaron una oferta condicional, en la que estampó su rúbrica antes de regresar a la casa de los Stafford. Encontró a Dee sola; Meg había llamado para advertir que saldría tarde de trabajar. Dee y Sam cenaron juntos y después, mientras ella pasaba la tarde escribiendo tarjetas de agradecimiento por los regalos de boda recibidos, él se dedicó a arreglarle el grifo del fregadero.

A eso de las diez y media de la noche estaba Sam en la cocina, saboreando un tazón de cacao y pensando en acostarse pronto, cuando oyó pasos en el jardín. Sonrió al imaginarse la cara que pondría Meg al verlo allí... pero cuando dejó a un lado el tazón y abrió la puerta, fue a Elsa a quien vio en el umbral. La mujer entró con dos cazuelas de comida en las manos.

—Hola, Sam. Tu habitación ya está lista. Me estaba preguntando por qué no venías hasta que descubrí que James se había olvidado de darte el mensaje esta tarde —señaló las cazuelas—. Tengo la nevera hasta los topes y quería pedirle a Dee que me guardase esto en la suya... es para la cena de ensayo de mañana por la noche.

—Ya se ha ido a la cama, Elsa, agotada después de terminar con los últimos preparativos de la boda. Dame eso —agarró las cazuelas y las guardó en la nevera.

—¿Dónde está Meg?

—Sigue en la posada.

—¿Qué está haciendo allí a estas horas de la noche?

—Trabajar horas extras, supongo.

—Qué raro. Jamás antes la había visto trabajar hasta tan tarde.

—Entonces, quizá sólo me esté evitando —repuso Sam, esbozando una media sonrisa.

—¿Por qué habría de evitarte?

—¡No le caigo bien y tampoco se ha molestado en disimularlo!

—Le caes muy bien, en mi humilde opinión —replicó Elsa—. ¡Diablos, si Meg Stafford se enamoró de ti desde el primer día en que te vio!

—Ahí te equivocas, Elsa —rió Sam—. Además, la primera vez que «Espárrago» me vio sólo tendría diez u once años... ¡y ni siquiera sabría que existía el sexo opuesto!

—¡No sabes gran cosa sobre las adolescentes, Sam Grainger! —a Elsa le brillaban los ojos—. No, yo creo que Meg aún sigue sintiendo algo por ti y, desde que eres un hombre casado, no ha querido acercarse demasiado a la llama.

—¿A la llama?

—Cuando un hombre y una mujer despiden tantas chispas como vosotros dos en la barbacoa de la otra noche, es que hay algo ardiendo por ahí. Meg es una gran chica. No quiere andar con el marido de otra mujer... diablos, sabe los problemas que eso puede causar. ¡Todavía no ha superado el dolor que le causó que una maliciosa chiquilla le robara el suyo!

—Yo pensaba que la separación había sido amigable...

—Ya, y los cerdos saben volar... ¡oh, vaya, ya me había olvidado! ¡Tengo unas galletas en el horno! Mira, vente cuando estés listo. Entra por la puerta trasera; estaré en la cocina.

Una vez que Elsa se hubo marchado, Sam subió a su habitación. La casa estaba silenciosa. Así que el divorcio de Meg había sido traumático, pensó mientras recogía sus cosas. Al parecer, su marido la había abandonado por otra mujer: la vieja historia. Pero no la propia historia que Meg le había contado. ¿Y podría culparla por ello? No le llevó mucho tiempo hacer su equipaje. Cerró su bolsa de viaje, se la colgó del hombro, apagó la luz y bajó las escaleras.

Meg ya estaba llegando a casa cuando vio apagarse la luz en la habitación de Sam Grainger. Suspiró aliviada; afortunadamente, en ese instante acababa de acostarse. Gracias a Dios.

Bostezó de cansancio. Había tenido un día muy duro. Pero Mark, que normalmente jamás le pedía que se quedara a trabajar hasta tarde, le había estado muy agradecido de que le ayudara con el papeleo del traspaso de la propiedad. Le había informado de que el agente inmobiliario ya había contactado con tres posibles compradores. Pero, aunque le había asegurado que haría todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que no perdiera el empleo, Meg no podía evitar preocuparse por ello.

Dejó a un lado su bicicleta, abrió sigilosamente la puerta trasera y se deslizó en la cocina a oscuras. Encendió la luz. Y se llevó una mano a la garganta al ver a Sam entrar en la habitación. Así que, después de todo, su indeseado huésped seguía levantado...

—¡Oh, hola! —la voz le tembló ligeramente—. ¡Creía que ya te habías acostado!

—Tranquila, que ya me marchó.

Sólo entonces Meg se fijó en la bolsa de viaje que llevaba al hombro.

—¿Te marchas?

—Mi habitación de la casa de Elsa ya está lista —sonrió divertido—. ¡Ya no tendrás que soportar el constante incordio de Sam Grainger!

Otra vez aquella sonrisa, tan parecida a la de Andy, que amenazaba con derretirle el corazón... algo que Meg no estaba dispuesta a consentir, por supuesto.

—¿Dónde está Dee? —le preguntó.

—Se ha ido a la cama. Estaba agotada.

—No quiero entretenerte —le dijo Meg, abriendo de nuevo la puerta e invitándolo a marcharse.

—Entonces... hasta mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche?

—El ensayo de boda. En la iglesia.

—Oh. De acuerdo —Meg se preguntó cómo podía haberse olvidado de eso; la culpa era de aquel hombre, que trastornaba todos sus pensamientos.

—Sólo una cosa más —le dijo Sam antes de marcharse.

Meg contuvo el aliento; ¿qué querría? Su mirada se había oscurecido, como si albergara sombríos pensamientos... ¿Sombríos de... deseo? Tragó saliva, nerviosa. Sam se metió una mano en un bolsillo de sus vaqueros y sacó una llave.

—Toma —la dejó caer en el bolsillo delantero de su blusa, sin llegar a tocarla.

Pero, entonces, si no la había tocado, ¿por qué le ardía de esa manera la piel?, se preguntó Meg. ¿Era posible que su piel, su cuerpo aún guardara el recuerdo de aquella noche, cuando Sam y ella...?

—¿Qué te pasa? —le preguntó él—. ¡Parece como si de repente estuvieras a kilómetros de distancia de aquí!

«No, sólo a unos cuatro», podría haberle contestado; a la parcela de césped del solitario árbol de la posada. ¿Pero querría Sam evocar aquella noche? ¡Ella estaba convencida de lo contrario! Y, sin embargo, no podía evitar preguntarse si, después de aquel apasionado encuentro a la luz de la luna, se sentiría acosado por la culpa...

—¿Meg?

La voz de Sam interrumpió sus reflexiones.

—Lo siento. Estaba... soñando.

Los aromas de la noche entraban por la puerta abierta: aromas del césped secado por el sol, de las rosas, de las algas de la playa. Hacía una noche idónea para pasear por la playa de la mano de un amante. Una imagen muy peligrosa y que no tardó en desaparecer para ser sustituida por la de la mujer de Sam.

—Alix —dijo de pronto—. ¿Cuándo va a venir?

Detectó una extraña tensión en él. ¿O simplemente se lo había imaginado? Debía de haberlo hecho, porque cuando Sam habló, lo hizo en un tono absolutamente desinteresado.

—Eso con ella nunca de sabe. Simplemente... aparece —bostezó—. Bueno, me voy a acostar. Ah, a propósito, ¿cuándo dijiste que venía tu hijo?

Aquella pregunta la tomó por sorpresa.

—Mañana, a última hora de la tarde. ¿Por qué?

—Debe de ser un chico muy majo. Me gustaría conocerlo —y se volvió para marcharse.

Meg intentó hablar, pero se lo impidió el nudo que sentía en la garganta. No logró articular palabra hasta que Sam ya estaba en la puerta de la valla

que separaba las dos propiedades.

—Pero... tú te irás el día después de la boda, ¿no?

La única respuesta que obtuvo fue el ruido de la puerta de la casa de Elsa al cerrarse detrás de Sam. Ni siquiera había oído su pregunta. Lentamente, Meg cerró la puerta de la cocina y se apoyó de espaldas en ella. Sam decía que Andy debía de ser un gran chico; le gustaba su aspecto... Se mordió el labio con fuerza. No era la primera vez que se preguntaba si había hecho bien, tres años atrás, al decidir no confesarle a Sam que estaba esperando un hijo suyo. Se había guardado aquel secreto por lo que sinceramente creía eran las razones adecuadas pero, si alguna vez Sam descubría la verdad acerca de Andy, ¿podría verlo de la misma manera que ella? ¿O se pondría absolutamente furioso y la condenaría para siempre? ¡No podía más que rezar para que jamás lo averiguase!

A la mañana siguiente, después de ayudar a Elsa a fregar los platos del desayuno, Sam fue a la agencia inmobiliaria deseoso de saber cuál había sido la respuesta a su oferta de compra.

—Mark ha presentado una contraoferta —Burton le entregó los papeles mientras se pasaba un pañuelo por la frente—. Tiene usted hasta medianoche para tomar una decisión.

Sam torció el gesto mientras leía el documento.

—Es un buen regateador. Pero... haré otro intento.

—Habrá observado que ha incluido la propiedad contigua. Cinco acres de maleza.

—Ya. De acuerdo, subiré mi oferta; creo que nos encontraremos a mitad de camino —aquellos cinco acres de tierra yerma habían llamado la atención de Sam ya cuando estuvo explorando la propiedad la tarde anterior; serían perfectos para edificar chalets—. Y haremos una contraoferta válida hasta mañana a las diez.

Sam esperó en la oficina de Burton hasta que la secretaria hubo terminado de preparar la contraoferta; luego la leyó y firmó. Mientras lo acompañaba hasta la salida, el agente le comentó:

—Tal y como me pidió, Mark y yo hemos mantenido las negociaciones en secreto. A propósito: le ha encantado que su oferta fuera mejor que las de los otros solicitantes.

—Maravilloso —exclamó Sam, saliendo a la calle. Sonriendo, se volvió hacia Burton—: ¿Acaso estoy loco por querer vivir en esta pequeña y tranquila ciudad? —su tono era irónico—. A veces tengo la sensación de estar regresando al pasado.

—No hay nada malo en regresar al pasado, señor Grainger —Burton hizo ondear su pañuelo para saludar a la anciana que pasaba en aquel momento por la calle—. Buenos días, Elvira.

—Preocúpate de tu negocio, Burton Barton —le amonestó la mujer—. No harás ningún dinero parado aquí, en la calle. Si te viera tu padre... ¡se removería en su tumba!

—La gente —pronunció Burton con las mejillas coloradas, dirigiéndose a Sam—. En eso consiste el secreto de Seashore: ¡en su gente!

Sam estaba conduciendo por Main Street cuando vio a Meg caminando trabajosamente por la acera, cargada con una buena cantidad de bolsas de supermercado. Aminoró la velocidad para colocarse a su lado. Cuando volvió la cabeza, se dio cuenta de que tenía una malhumorada expresión.

—Sube —le dijo—. Te acercaré a casa.

—¿Te importaría dejar de seguirme?

—¿Seguirte?

—¡Sí, incluso en la posada! —exclamó con tono acusador—. No pretendía decirte nada, pero no creas que no te oí ayer caminando arriba y abajo por la posada durante la mayor parte de...

—¡Así que ahora me he convertido en tu perseguidor!

—¡Lo dices tú, no yo!

—Te aseguro, Meg, que no te he estado siguiendo —replicó, pensando que era la mujer más irritante que había conocido en su vida—. Bueno, ¿quieres que te lleve o no?

Meg dudó por un momento, y respondió con mucha dignidad:

—Sólo porque no dispongo de mucho tiempo... no, no te molestes en bajar; puedo arreglármelas sola.

Abrió la puerta trasera para meter las bolsas, antes de sentarse a su lado. En cuestión de segundos su maravilloso aroma perfumó el interior del coche, y Sam lo aspiró deleitado. Su cutis era tan dulce y suave, reflexionó irónico... ¡como áspero era su humor!

—¿No trabajas hoy? —le preguntó mientras arrancaba de nuevo.

—Me he tomado el día libre. Antes de la boda de mañana hay que arreglar infinidad de detalles de última hora. Le prometí a Elsa que prepararía cuatro tipos de ensalada diferentes para la cena del ensayo de esta noche.

—¿Cuándo vuelves al trabajo?

—El lunes.

—¿Quién cuida de tu hijo mientras estás en la posada? —le preguntó Sam, advirtiéndole que se tensaba visiblemente.

—He tenido mucha suerte de que Dee trabaje en casa; y Elsa también le echa un vistazo. Pero mi hijo ya tiene doce años y es perfectamente capaz de cuidarse a sí mismo.

—Tú, Dee y Elsa... —pronunció Sam casi para sí mismo—. Tres mujeres alrededor de Andy... y ninguna figura paterna. Supongo que verá a James, pero sólo de vez en cuando...

—¿Qué es lo que pretendes decirme?

Sorprendido por la dureza de su tono, Sam giró la cabeza para mirarla y se sorprendió aun más al ver su expresión furiosa. ¿De dónde procedía aquella ira? Había hecho aquel comentario sin el más leve asomo de crítica.

—No era mi intención ofenderte.

Miró hacia adelante y no añadió nada más. Pero podía sentir la hostilidad que emanaba de Meg y estaba decidido, cuando la ocasión se le presentara, a llegar al fondo de aquel asunto. Cuando llegó ante la casa de los Carradine, salió del coche rápidamente. Meg ya se había apresurado a salir, a su vez, y estaba abriendo la puerta trasera. Con firmeza pero sin brusquedad, la hizo a un lado.

—Yo me encargo de llevarlas —levantó las bolsas y cerró la puerta con la cadera—. Ve delante.

Meg seguía emanando animosidad mientras lo precedía por el patio. Cuando abrió la puerta trasera, se volvió hacia él:

—Gracias, ya puedo hacerme cargo de...

Pero Sam pasó de largo y dejó las bolsas sobre la mesa de la cocina. Oyó unos pasos en el piso de arriba. Sería Dee. Bien, pensó. No quería que su hermana escuchara aquella conversación. Se movió para bloquear la ruta de escape de Meg hacia el pasillo. Con los puños en las caderas, la miró fijamente.

—Quiero que me respondas a una pregunta: ¿por qué no puedes soportar mi presencia?

—Márchate, por favor —le ordenó, pálida. Cuando vio que él negaba con la cabeza, añadió—: Pues si no lo haces tú, lo haré yo.

De pronto, Sam la agarró por la cintura, inmovilizándola. Meg respiraba aceleradamente, mirándolo airada. Jamás le había parecido más hermosa. Y, tan cerca de él como lo estaba en ese momento, tampoco nunca le había parecido más deseable.

Maldijo en silencio. No quería desearla. Lo único que quería era averiguar el motivo del intenso disgusto que sentía hacia él. Pero, con aquel cabello rubio que olía a melocotón y aquel cutis tan cremoso como la leche, su necesidad de saber se estaba convirtiendo en necesidad de saborear sus labios. Aquel pensamiento lo excitó. Y sabía, por su mirada, que Meg era consciente de aquella excitación.

Sentía su cuerpo temblar entre sus brazos. Comprendió, sin ninguna duda, que ella también lo deseaba. De pronto, escuchó una ahogada exclamación a su espalda. Su primer pensamiento consistió en maldecir el sentido de la oportunidad de Dee. Meg forcejeó entonces para liberarse, exclamando horrorizada:

—¡Oh!

Con una tímida sonrisa, Sam se volvió, dispuesto a disculparse ante Dee. Sólo que... la persona que lo estaba mirando desde la puerta no era Dee: era un chico bien parecido, de unos doce o trece años. Alto, moreno, de ojos azules, de rasgos bien delineados. Los rasgos de los Stafford. De Meg.

Iba vestido con una camiseta gris y unos holgados pantalones cortos color caqui. Sam advirtió que llevaba en la mano una fotografía enmarcada...de la cual parecía haberse olvidado por el momento. Su atención estaba absolutamente concentrada en su madre.

—¡Andy! —Meg se pasó una mano temblorosa por el pelo—. ¿Cuándo has vuelto? No te esperaba hasta...

—Ya —la voz del chico estaba llena de desdén—. Eso resulta evidente —señaló a Sam con la cabeza—. ¿No me vas a presentar a tu novio?

—¡Andrew!

Meg dio un paso hacia él, pero se detuvo en seco cuando Andy levantó la fotografía enmarcada para enseñársela. Sam reconoció el retrato familiar que había visto en la habitación del chico.

—¿Qué estaba haciendo esto en mi dormitorio? ¿Qué es lo que pasa, mamá? ¡Exijo una explicación!

OceanofPDF.com

Capítulo 5

MEG miraba fijamente la fotografía, consternada. —Sam... Quiero hablar con Andy.. a solas. ¿Te importaría marcharte, por favor?

—Claro, como quieras —respondió después de un tenso silencio. Pero mientras pasaba a su lado, de camino hacia la salida, le dijo en voz baja—: Estaré al lado por si me necesitas.

—Gracias, podré arreglármelas.

Meg esperó hasta que la puerta se hubo cerrado a su espalda, antes de aspirar profundamente y volverse hacia Andy con una sonrisa.

—Bueno, ¿qué te parece un abrazo? ¡Realmente te he echado de menos!

—¿Quién es ése? —sin dejar de mirarla, se apartó, rígido—. ¿Dónde lo has encontrado?

Meg ignoró aquel insulto, percibiendo que la inseguridad era la razón de aquella furia. Lo que Andy necesitaba de ella en aquel momento era cálido consuelo, y no áspera censura.

—Es el padrino de James. Ha estado durmiendo aquí porque Elsa no tenía preparada su habitación hasta ayer.

—¿Durmiendo aquí? ¿Contigo?

—No, en tu habitación.

—¿Ese tipo ha dormido en mi habitación?

—Elsa le pidió a Dee que lo instaláramos.

—¿Y cómo es que te ha estado manoseando?

—No me estaba manoseando —mintió alterada—. Cielos, Andy, ese hombre está casado. Nosotros... bueno, estábamos discutiendo y yo intenté retirarme, pero él me lo impidió. Me disgusta y él quería saber por qué.

—Oh —Andy reflexionó por un momento y luego cuadró los hombros—. En ese caso... bueno, será mejor que tenga cuidado. A mí tampoco me gusta y, si te vuelve a molestar, yo...

—¿Qué, Andy? Es mayor y más fuerte que tú.

—Ya, quizá, pero me aseguraré de darle un buen par de golpes allí donde más le duele, antes de que llegue a tocarme —desvió la mirada hacia el retrato que había dejado sobre la mesa—. ¿Y qué me dices de esto?

—Estaba mostrando demasiado interés por... nuestra situación, así que colgué la foto en la habitación antes de que se trasladara, para prevenir posibles preguntas sobre... tu padre.

—Y quitaste fotos mías para hacer espacio. Voy a colocarlas de nuevo.

—Oh, yo no me molestaría —se apresuró a decir Meg—. Muy pronto te trasladarás a la habitación de Dee, ¿no?

—Sí, es verdad —hizo una pausa, y añadió refunfuñando—: Cuando vi esa foto en la pared, y oí la voz de un hombre abajo, pensé... pensé que quizá Jack había roto con su bomboncito y le habías permitido volver...

—¡Sabes que yo jamás haría eso!

—Supongo que no... pero por un momento me preocupaste de verdad. Tenía que haber pensado que eso jamás podría ocurrir.

—No. Eso jamás sucederá.

—¿Y de qué conoces a ese tipo? —inquirió, todavía malhumorado.

—Hace años solía venir a Seashore. Cuando era estudiante trabajaba en la posada y a veces pasaba las navidades con los Carradine. James y él fueron juntos a la universidad. Hacía años que no pisaba Seashore —Meg se aclaró la garganta—. A su mujer no le gustan las ciudades pequeñas. Quizá la hayas visto en la tele: es Alix Grainger.

—¿Alix Grainger? ¿De verdad? Sí, la he visto —se movió incómodo—. ¿Mamá?

—¿Mmmm?

—Yo... te he comprado algo —sacó una pequeña caja de un bolsillo de sus pantalones—. Toma.

—¿Qué es? Bueno, ¡ábrelo y lo sabrás!

En la caja había una piedra de ágata en forma de corazón, engastada en plata y unida a una cadena.

—¡Oh, Andy, es preciosa!

—¿Te gusta de verdad?

—Me encanta —se la puso al cuello, cerrándose el broche—. ¿Qué tal me queda?

—Perfecta —los ojos le brillaban de placer. Sonriendo, la abrazó tímidamente—. ¿Sabes? Me alegro de volver a casa.

—Pues yo también —repuso ella suavemente.

—Bueno —se volvió para recoger la foto enmarcada con dos dedos, como si le inspirara asco—. ¿Dónde quieres guardar esto?

—En el fondo del armario de mi habitación.

—¡Bien!

Cuando él ya se dirigía hacia la puerta, Meg añadió:

—Todavía no me has dicho qué tal te lo has pasado.

—Muy bien.

Meg se dijo que, por el momento, no podría sacarle más información. Seguro que al final terminaría sabiéndolo todo, pero por dosis, cuando a Andy le apeteciera hablar sobre ello. Suspiró aliviada, agradecida de que no le hubiera apetecido seguir hablando del retrato familiar. Sabía, por supuesto, que algún día tendría que decirle la verdad. Después del divorcio, Andy había sacado el tema de vez en cuando, pero ella siempre se las había arreglado para evitarlo. Recientemente, sin embargo, había estado insistiendo demasiado. La última vez lo había sacado a colación la semana anterior a su partida para el campamento.

—¡Tengo derecho a saberlo! —le había gritado—. ¡Mamá, todo hijo tiene derecho a saber quién es su padre!

El brillo de las lágrimas en sus ojos le había desgarrado el corazón a Meg.

—Andy, no puedo decírtelo. Todavía no. No sería justo para él.

—¿Por qué no?

—Porque tu padre está casado.

El chico se había quedado impresionado por la noticia.

—Andy... lo siento. Un día te lo contaré, te lo prometo, cuando seas mayor...

—¿Ya estaba casado cuando hicisteis el amor?

En aquel momento, Meg pensó que habría sido demasiado peligroso contestarle: «Estaba casado... pero entonces ambos creíamos que no». Si esa historia se hubiese sabido... Había mucha gente en Seashore que sabía

que, durante cerca de siete horas, Sam Grainger había creído que su mujer había muerto.

—Andy, tu padre es un hombre del que puedes estar orgulloso.

—¿Tiene... tiene otros hijos?

—No, que yo sepa —le había respondido Meg—, pero la verdad es que no he vuelto a verlo desde.... desde la noche en que te concebimos.

—Así que se aprovechó de ti y se marchó. Pues a mí me parece un mal tipo, mamá —el desprecio había brillado en sus ojos—. ¡Un canalla total! ¡Ambos estamos mucho mejor sin él!

Durante años, Meg había pensado exactamente lo mismo. Y, durante los pocos días transcurridos desde que regresó a su vida, Sam no le había dado absolutamente ninguna razón para cambiar la opinión que tenía sobre él. Respiraría de alivio cuando se fuera y pudiera relegarlo de nuevo al fondo de su mente.

Pero, hasta entonces, había que superar algunas cosas. Y una de ellas era el ensayo de boda de aquella noche.

Sam miró a Meg mientras avanzaba a su lado por la nave central, por enésima vez durante la fase final del ensayo de boda. Desde el mismo momento en que llegó a la iglesia, Meg lo había tratado con fría cortesía, como si hubiera interpuesto una pared de cristal entre ellos.

—Entonces —le dijo él en cierto momento, haciéndose oír por encima de las notas del órgano—, ¿solucionaste las cosas con tu hijo?

—Sí —mantuvo la mirada fija al frente y añadió con altivez—: Gracias.

Hacía calor en la iglesia, y la elevada temperatura había intensificado el perfume a melocotón que llevaba Meg, mezclado con la esencia de su femenino aroma. Aquella mezcla embriagadora le corría a Sam por la sangre como si de burbujas de champán se tratara.

—¿Andy no se quedará al banquete de bodas?

—No.

—Yo pensaba que ayudaría a instalar a los invitados.

—No quiso.

—¿Y querías tú hacer de dama de honor?

—Sí —respondió desdeñosa—, hasta que James me anunció que tú ibas a hacer de padrino.

Sam rió entre dientes. Se había ganado esa respuesta por insistir demasiado. Aquella tarde, Meg estaba preciosa con su blusa amarilla y su minifalda, con su cabello tan brillante como un rayo de sol, con aquellas maravillosas mejillas... Todo en ella era maravilloso.

Mientras caminaba ladeó levemente la cabeza para deslizar la mirada por sus largas y bien torneadas piernas, y por sus pies calzados con sandalias amarillas de tacón bajo. Cuando nuevamente levantó la vista hasta su rostro, comprendió por su sonrisa desdeñosa que no le había pasado desapercibido su íntimo escrutinio.

—Espero —le espetó ella— que te las arregles para mirar al frente mañana, cuando la boda tenga lugar.

—¡Yo también lo espero!

Se detuvieron al llegar al vestíbulo. En seguida, Meg liberó su mano y Sam la miró con cierta diversión, observando encantado el rubor que teñía sus mejillas.

—¡Pero me temo que no podremos contar con ello! —añadió.

El sonrojo de Meg se intensificó aun más, pero antes de que pudiera responder, el sacerdote dio por terminado el ensayo y les dijo que ya podían marcharse. Sam la siguió al exterior. La iglesia se encontraba en una calle sombreada de arces, y la brisa levantaba algunas hojas secas de la acera. El aire olía a salitre y a verano, y al levísimo perfume a melocotón de Meg.

Meg bajó a toda prisa los escalones que llevaban a la acera. Y Sam no tardó en alcanzarla.

—¿Cómo has venido? —le preguntó él—. ¿En bicicleta?

—Mi bicicleta tenía un pinchazo... no me di cuenta hasta que me disponía a salir. James ya había salido con Dee para entonces, así que tuve que venir andando. Pero por favor, no te molestes en llevarme en tu coche. Hace una tarde estupenda para caminar.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Es por eso por lo que dejé mi coche en casa de Elsa —a juzgar por su expresión, Sam dedujo que aquella información no había sido muy bien recibida—. Supongo que tenías tanta prisa... que no te fijaste en que mi coche seguía allí.

—Claro que me fijé —le espetó ella—. Pero supuse que habrías salido en el de James.

—¡Ah, entonces pensaste en mí!

—No, no pensé en ti. Sólo era una simple... observación —replicó Meg, apretando el paso—. ¿Cuándo llega Alix?

—No vendrá.

—¿Has sabido algo de ella?

—No.

—Supongo que habría telefoneado si viniera, ¿no?

Sam murmuró algo sin comprometerse. Confiaba en que la boda terminase sin que se viera obligado a comunicarle a nadie la noticia de su divorcio. Lo último que quería era empañar de alguna forma la felicidad de James y Dee... Pero no; se estaba mintiendo a sí mismo. La razón por la que no le había dicho a nadie que Alix y él habían roto hacía ya un año, y que esa misma semana terminarían los trámites de su divorcio, era otra muy distinta. Sencillamente no quería ver la cara que pondría la gente cuando descubriera que él, un abogado especialista en divorcios, ni siquiera había podido conservar su propio matrimonio. Aquello afectaría a su reputación; eso era todo. Y sabía que Alix tampoco se apresuraría a divulgar la noticia. Una vez que los medios se enteraran de la historia, insistirían hasta descubrir por qué su marido se había divorciado de ella. Eso también dañaría terriblemente su imagen. Y, para Alix, la imagen lo era todo.

—Todavía no me has contado cómo conociste a Alix —le dijo Meg con tono desinteresado—. A Dee le pareció una historia muy buena.

—Alix me contrató como abogado cuando quería divorciarse de su primer marido. Nos enamoramos. Fue amor a primera vista, tal y como señaló Dee.

—No sabía que Alix se había casado antes.

—Fue uno de esos desastrosos matrimonios prematuros. No tenían nada en común, aparte de que habían crecido en el mismo pueblo. Alix estaba ansiosa de recorrer mundo, y Jeff Merrick era un tipo de hombre casero, muy enraizado en Hicksville. Se casaron porque se deseaban. Fue puro deseo; no amor.

Continuaron caminando en silencio durante unos minutos, y cuando giraron en Seaside Lane, Meg comentó pensativa:

—¿No es extraño cómo el amor puede seguir diferentes caminos? Contigo y con Alix, amor a primera vista. Con Dee y James, una amistad que termina convirtiéndose en algo más profundo.

Sam detectó una leve nostalgia en su voz; el primer signo de que algo se estaba suavizando en ella. ¿Una mella en su armadura?

—¿Y cómo fue tu experiencia con el padre de Andy, Meg?

—¿Te importaría que no habláramos de eso?

El tono de su conversación había cambiado radicalmente en cuestión de segundos. Cualquier ternura que antes hubiera visto en su tono se había convertido en una dura y tensa frialdad.

—Estás divorciada —le dijo con tono conciliador— y puedo entender que no quieras hablar de él. Lo que no entiendo es por qué colgaste ese retrato familiar en la habitación de Andy... ¡y, evidentemente, el chico tampoco lo entiende! ¿Qué está pasando, Meg?

Meg continuó caminando decididamente y a paso ligero, como un soldado en un desfile.

—Nada.

—Detesto ver a un niño tal alterado. ¿Por qué colgaste la fotografía de su padre en su dormitorio cuando sabías que eso podría herir la sensibilidad de Andy? ¡Diablos, ese tipo lo abandonó!

Habían llegado al sendero que llevaba a la casa de los Carradine y Meg se volvió hacia él, con los ojos brillantes.

—¡Ya te he dicho que no quiero hablar de eso contigo! ¿Quieres dejar el tema de una vez?

—Vale, vale —Sam levantó las manos en son de rendición—. No volveré sobre ello.

—¡Gracias! Y ahora, si me disculpas... —su tono era cortante—... tengo que ir a casa a recoger el guisado.

—Te ayudaré.

—No hace falta.

Pero Sam la ignoró y decidió acompañarla. Al lado de la valla vio apoyadas dos bicicletas, una de ellas con el neumático pinchado, y pensó que sería la de Meg.

—Nunca he visto un coche aparcado aquí —murmuró—. ¿Dee y tú no conducís?

—Compartíamos uno viejo, pero cuando se estropeó el mes pasado, no lo arreglamos. James piensa comprarle a Dee un coche cuando vuelvan de su luna de miel, y yo puedo arreglármelas sin uno; prefiero caminar o moverme en bici.

Abrió la puerta de rejilla y, mientras la seguía, Sam descubrió a Andy en la cocina. Estaba descongelando unas pizzas en el microondas; en la mesa había un cartón de zumo de naranja y un vaso.

—Hola, mamá... —se interrumpió al ver que su madre no estaba sola.

Sam miró detenidamente al chico; por la mañana, en el ensayo de boda, no había tenido casi oportunidad de hacerlo. Ahora podía ver que tenía los mismos rasgos de Meg, pero más acusados. Sus ojos azules destacaban contra su piel bronceada. Tenía las cejas negras y el pelo oscuro y brillante, algo largo. Mientras el chico desenvolvía una pizza y tiraba el envoltorio a la basura, Sam se fijó en sus manos. Eran fuertes y hábiles, de dedos largos, como las suyas...

—Tenemos que recoger las cazuelas de Elsa.

La voz de Meg interrumpió su escrutinio y, cuando levantó la mirada, Sam advirtió que se había ruborizado. ¿Por qué? ¿Estaría recordando la situación comprometedoras en que los había sorprendido Andy el día anterior? ¿Qué otra razón podría haber?

—Andy, te presento al señor Grainger.

—Hola —muy tenso, Andy dio un paso hacia adelante y le tendió la mano.

—Hola, Andy.

El chico le estrechó con fuerza la mano, sin prolongar el apretón ni una fracción de segundo más de lo necesario. Meg sacó las cazuelas de la nevera y las dejó sobre la mesa.

—¿Vas a cenar en casa de Elsa? —le preguntó a Andy.

La curiosidad de Sam se vio estimulada cuando advirtió que Meg se había ruborizado y que su mirada vagaba de uno a otro con expresión aterrorizada. ¿Qué estaba mirando? ¿Qué estaría viendo en ellos? ¿Y de qué diablos tenía miedo? El timbre del microondas sonó en ese instante y Andy sacó sus pizzas.

—Va a venir Brad, y luego saldremos por ahí.

Sam percibió que, con aquella respuesta, desapareció parte de la tensión de Meg. Quizá no había querido que Andy cenara en casa de Elsa. ¿Había temido acaso que provocara otra escena?

—Vuelve a las diez y media.

—Descuida.

Sam se encargó de una cazuela y Meg de la otra. Andy se apresuró a abrirles la puerta.

—Gracias —dijeron ambos a la vez.

—De nada.

Meg no abrió la boca de camino a la casa de los Carradine.

—Andy es un chico muy majo —le comentó Sam cuando ya se acercaban a la puerta trasera—. Debes de sentirte orgullosa de él.

—Sí, desde luego.

—¡Lo que yo daría por tener un hijo así!

Para su asombro, Meg volvió a tensarse.

—Todos nos vemos obligados a elegir —pronunció con tono cortante—. No podemos tenerlo todo.

—¿Elegir? No te entiendo

—La noche de la barbacoa, dijiste que Alix y tú os habíais dejado arrastrar por vuestro trabajo. Yo lo interpreté como que habíais renunciado a tener hijos a cambio del objetivo de promocionaros laboralmente —se encogió de hombros—. Como te decía, todos nos vemos obligados a elegir.

Sam quiso decirle, furioso, que la elección de no tener hijos no había sido suya, sino de su esposa. Pero permaneció callado, ya que aquello no era de su incumbencia. Sin embargo, lo que había dicho lo había irritado. Le irritaba que lo hubiera juzgado sin conocer todos los hechos.

Aun así, ¿por qué habría de molestarlo que pensara mal de él acerca de ese asunto en particular? ¿Pensaba mal de él en ese y en cualquier otro asunto que pudiera darse! Nunca había conocido a nadie con un sentido del humor tan cambiante ni con un temperamento más endiablado...

Debería haberse sentido satisfecho cuando Meg lo ignoró durante y después de la cena de aquella noche... Pero entonces, ¿por qué no pudo a su vez dejar de mirarla en toda la velada? ¿Por qué, después, cuando se reunieron en el salón para tomar café, fue constantemente consciente de ella, de su presencia, de su cuerpo?

Mientras escuchaba a medias una conversación, su mirada vagaba de continuo a su esbelta figura vestida de amarillo y sentada en un diván, sosteniendo con las dos manos una taza de porcelana, la mirada alerta y la expresión ausente. Sólo cuando lo miraba a él, su expresión se oscurecía. Y cuando lo hacía, algo se oscurecía a su vez en el interior de Sam. Y no tenía la menor idea de qué era lo que podía ser.

—¿Más café, Meg?

—No, gracias, Elsa —Meg se levantó del diván y abrazándola, murmuró —: Ha sido una velada encantadora pero, si no te importa, voy a retirarme ya.

—Sam ya lo ha hecho. Supongo que se habrá ido a acostar. La brisa del mar adormece a la gente.

Meg ya lo había advertido, y se había alegrado en consecuencia. Había tenido que soportar su mirada fija en ella durante toda la velada, y cada vez que lo había mirado, se había asustado de ver su expresión pensativa. ¿En qué habría estado pensando? ¿Habría estado pensando en... sus manos? ¿Y en su similitud con las de Andy? Nunca antes se había fijado en las manos de Sam; nunca se había dado cuenta de lo parecidas que eran a las de su hijo. Pero él sí que lo había notado. El corazón le había dado un vuelco en el pecho...

—Que duermas bien —le dijo en ese momento Elsa—. Mañana será el gran día... ¡un día para recordar!

Aquellas palabras todavía resonaban en el cerebro de Meg mientras salía de la casa. Desde luego que sería un día para recordar... si Sam Grainger le exponía sus sospechas acerca de la paternidad de Andy. Se dirigía hacia su casa cuando advirtió sorprendida que la luz del garaje estaba encendida. Vio moverse una sombra, y se le aceleró el corazón.

—¿Andy? —llamó nerviosa.

—No —respondió una voz profunda y sexy—. Soy yo.

Meg se detuvo en la entrada, atónita. Sam estaba en cuclillas, reparando el neumático pinchado de su bicicleta.

—Ya está —cuando se incorporaba, le crujieron sonoramente las rodillas —. Vaya, ¿has oído eso? Me estoy haciendo mayor, «Espárrago».

A la luz blanca de la bombilla, Meg vio que un mechón de pelo negro le había caído sobre la frente. Y observó, con el aliento contenido, cómo se lo apartaba con rapidez. Su sonrisa le llegó al corazón, debilitándola con un súbito e intenso anhelo. Desde que Sam Grainger volvió a su vida, había estado sumida en un mar de confusiones... una confusión causada por sus conflictivos sentimientos hacia él. Ahora, como una nube de niebla

deshecha por un vendaval, aquella confusión se había evaporado por completo.

Estaba enamorada de aquel hombre. Estaba profunda, loca, rotundamente enamorada de él.

—¡Puedo ver que te he dejado sin habla! —riendo, Sam se dispuso a retirarse—. Eso, en sí mismo, es un pequeño milagro. Buenas noches, Meg. ¡Nos veremos en la iglesia!

OceanofPDF.com

Capítulo 6

UN DÍA perfecto para una boda! —a Dee le brillaban los ojos mientras bajaba las escaleras ataviada con su vestido de boda estilo victoriano—. Cuando me levanté a las siete y vi esa lluvia, pensé...

—Yo también —repuso Meg siguiendo a su hermana y recogiendo la cola del vestido—. ¡Pero ahora luce un sol espléndido!

—¡Oye, estás guapísimo! —le dijo Dee a Andy, que se estaba atusando frente al espejo del vestíbulo, tan orgulloso como un pavo real con su primer traje.

—Vaya, tía Dee —se volvió, levantando la mirada hacia ellas—. ¡Pareces una modelo de esas revistas tuyas! Y tú tampoco estás mal, mamá —sonrió Andy, y Meg se alarmó un tanto; era la misma sonrisa de Sam.

Se le encogió el estómago al pensar en Sam. ¿Cómo iba a poder superar aquel día sin desvelarle su secreto? Sonó el timbre de la puerta. A través de los paneles de cristal distinguió a Mark, que tenía que acompañar a Dee a la iglesia. Cuando Andy abrió, Meg también vio a Miranda Page, la fotógrafa que su hermana había contratado para hacer las fotografías de la boda.

También llegó a vislumbrar un deportivo negro atravesando la calle. Sam había salido temprano esa mañana; lo había visto alejarse en dirección de la ciudad justo en el momento en que llegaba la camioneta de la floristería, pero después, desde la ventana de su habitación, había vuelto a verlo en el sendero de entrada, lavando el coche. En aquel instante se dirigía hacia la iglesia con el novio.

Dee encabezó el pequeño grupo hacia el jardín, donde quería hacer unas fotos informales.

—El novio se ha ido —anunció Miranda—. ¡No hay posibilidad de que te vea antes de la boda, Dee!

Cuando quedó finalmente satisfecha con las fotografías que tomó, Miranda salió para la iglesia llevándose a Andy. Casi de inmediato aparecieron dos coches: un brillante taxi negro para llevar a Meg a la iglesia, y una limusina para Dee y para Mark.

Mientras Dee hacía una última visita al cuarto de baño, Mark le comentó a Meg:

—Cariño, supongo que te habrás enterado de que ya he vendido la posada... esta misma mañana he firmado el contrato.

—No, no había oído nada. ¡Oh, Mark, me alegro tanto por ti! —lo abrazó—. Es maravilloso —se las arregló para disimular la ansiedad que sentía, procurando no estropear la felicidad de Mark.

—Sí, Deborah y yo estamos encantados. Y no necesitas preocuparte por tu ascenso. Pienso hablar hoy mismo de eso con el nuevo propietario, y creo que no habrá problemas —la miró asombrado—. ¡Pero me sorprende, Marguerite, que él mismo no te haya contado la noticia! Supongo que hoy habrá estado muy ocupado, con todas las obligaciones que tiene.

—¡Nadie me ha contado nada! Pero ¿cómo puedes estar tan seguro de que vaya a conservar mi trabajo, e incluso que vaya a ascender tal y como me prometiste?

—Porque el hombre en cuestión es amigo tuyo. Diablos, él me dijo que Dee y tú le habíais alojado amablemente durante un par de noches, cuando Elsa todavía no tenía disponible su habitación.

No, se dijo Meg; no podía estar oyendo bien. O eso, o Mark estaba equivocado.

—¿No será... Sam Grainger?

—¡El mismo!

Meg no podía creerlo; era imposible, impensable, insostenible. Pero el nuevo propietario era abogado, vivía y trabajaba en Portland y...

—¡Siento haberos hecho esperar! —dijo Dee en ese momento, bajando las escaleras—. Sal ya, Meg —recogió su ramo de flores de la mesa del vestíbulo—. Mark y yo te daremos unos minutos de ventaja, y luego te seguiremos.

—De acuerdo, Dee —la sonrisa de Meg desmentía su confusión interior—. ¡Te veré en la iglesia! Su sonrisa se marchitó mientras subía al taxi. Sam

Grainger era el nuevo propietario de la posada de Seashore. Había contado con que se marcharía de la ciudad al día siguiente. Había esperado que saldría de su vida, en esa ocasión para siempre, sin haber descubierto la verdad sobre Andy. Se derrumbó en el asiento mientras el taxi arrancaba. La única alternativa que le quedaba era renunciar a su empleo y trasladarse a cualquier otra parte. Pero eso no era ninguna opción. En primer lugar, con la situación del mercado laboral, nunca conseguiría un empleo tan bien pagado como el que tendría en la posada. En segundo lugar, tendría que estar loca para sacar a Andy de Seashore justo cuando estaba a punto de ingresar en el instituto con los amigos con los que había crecido. Había temido, la noche anterior, que Sam sospechara que era el padre de Andy. De todas formas, era un hombre muy observador; ¿cuánto tiempo pasaría antes de que averiguara la verdad?

Mientras Meg se hacía esa pregunta, el taxi se detuvo delante de la iglesia, donde ya se había congregado una pequeña multitud para esperar la llegada de la novia. Con un enorme esfuerzo, intentó hacer a un lado sus preocupaciones. Aquel era el día de la boda de Dee. Tenía que concentrarse en eso. Ya tendría tiempo para preocuparse de Sam Grainger.

Pero eso era más fácil de decir que de hacer. La boda fue magnífica, pero a Meg toda la ceremonia le resultó extrañamente lejana. Oh, veía a Dee, a James y al sacerdote; oía lo que decían; y era consciente de que la iglesia estaba llena, decorada con mucho gusto, y olía levemente a rosas. Pero todo aquello le parecía distante. Lo que no le parecía distante, sino inmediato, era el padrino...

Como James, Sam Grainger lucía un magnífico traje negro. Y al contrario que James, que parecía insoportablemente tierno y humilde, Sam parecía increíblemente elegante, sexy, avasallador. Meg se esforzó por no mirarlo pero, en las dos ocasiones en que sucumbió a aquella necesidad, su imagen cautivó absolutamente su mirada.

Avanzar por la nave con él después de la ceremonia fue una pura tortura. Tal y como había hecho en el ensayo, Sam la tomó firmemente del brazo; fue como si cada paso que dieron juntos le transmitiese por todo el cuerpo una ola de inmenso calor... Por encima del perfume a rosas, Meg aspiraba su aroma masculino, penetrante, erótico. Para cuando salieron de la iglesia,

le temblaban las piernas. Se alegró de escapar de él cuando Miranda colocó a todo el mundo para las fotografías.

Poco después llegó la hora de salir para la fiesta, que tendría lugar en el club de Seashore, a varios kilómetros tierra adentro. Dado que Sam era quien tenía que llevarla allí, de nuevo Meg se encontró a su merced.

Mientras la hacía subir a su deportivo, Sam le comentó con tono alegre:

—La boda ha ido bien, ¿verdad?

—Sí, muy bien.

—La novia estaba preciosa, pero tú estabas sencillamente deslumbrante.

—Yo no... —cerró los puños, rabiosa—.... yo no flirteo con hombres casados.

Sam le cerró la puerta y rodeó el coche.

—Yo no estaba flirteando —explicó mientras se sentaba al volante—. Solamente te estaba haciendo un cumplido.

—Pues guárdate ese tipo de cumplidos... —replicó Meg con una mirada que habría podido cortar el acero—... para tu mujer.

Lo había disgustado; podía verlo en la rapidez con que frunció el ceño. Pero no le importaba. Que recordara que estaba casado.

Y sin embargo... necesitaba hablar con él. Tenía que averiguar lo que pretendía hacer con la posada. Y resultaba imperativo que se lo preguntara antes de que llegaran al club y se confundieran con la multitud. Esperó hasta que casi estuvieron allí, antes de volverse en su asiento y espetarle bruscamente:

—Mark me ha dicho que has comprado la posada.

—¿Te lo ha dicho él? —Sam mantenía la mirada fija en la carretera—. Bueno, supongo que tenía que suceder tarde o temprano.

—¿Por qué?

—Bueno, no puedes mantener un secreto algo durante demasiado tiempo. Al menos no en una ciudad pequeña como...

—¿Quiero decir que por qué la has comprado!

—Porque era la ocasión adecuada.

—¿La compraste como una inversión?

—Bueno, claro... es una inversión.

Meg se sintió entonces inmensamente aliviada, como si acabaran de retirarle un enorme peso de los hombros.

—Entiendo. Así que te quedarás en Portland y contratarás a alguien para que administre la posada.

—¡Diablos, no! Voy a vender mi participación en la empresa, cambiar completamente de trabajo. Pienso trasladarme aquí, a Seashore —al ver que se quedaba literalmente de piedra, le preguntó, arqueando una ceja—: ¿Tienes algún problema con eso?

Oh, sí, pensó Meg, sí que tenía un problema con eso: un enorme problema. Pero él nunca debería saberlo. Se esforzó por buscar una explicación que disculpara su consternación; y encontró una que contenía una cierta parte de verdad:

—Es sólo que... bueno, ya sabes que trabajo allí. En la posada. La actual ayudante del director, la prometida de Mark, se jubila el mes que viene. Mark me prometió que yo la sustituiría.

Se estaban acercando a la entrada del club. Sam aminoró la velocidad, y el coche entró en el sendero privado.

—Y te preocupa que yo no respete esa promesa.

—Tú... tú no estás obligado a nada. Mark me dijo que hablaría contigo. Pero... no te estoy pidiendo ningún favor... después de la manera en que me he comportado... —añadió en voz baja—: comprendería perfectamente que no quisieras tenerme en la posada.

—Hablaré con Mark. Si él piensa que puedes desempeñar bien ese trabajo, por mí no habrá problema —dejó el coche en el aparcamiento de la entrada y apagó el motor—. Meg... —se volvió hacia ella—... en cuanto a lo que sucedió antes... lo del flirteo, como tú lo llamaste...

Alguien dio entonces unos golpecitos en su ventanilla y, cuando Meg se volvió para mirar, descubrió a Andy. Se sintió inmensamente agradecida por la interrupción:

—Será mejor que salga —dijo apresurada—. Gracias por haberme traído —sintiendo un nudo en la garganta, añadió—: Y felicidades. La posada es un lugar maravilloso. Estoy segura de que Alix y tú seréis muy felices allí —se dispuso a abrir la puerta.

—Meg...

Se detuvo con una mano en el picaporte. Sam estaba muy serio y tenía una expresión pensativa, como si acabara de tomar una decisión. Se inclinó ligeramente hacia ella y, cuando habló de nuevo, sus labios cautivaron hipnótica e inexorablemente su mirada.

—No se lo digas a nadie —murmuró—. No quiero que esto se sepa antes de que James y Dee se marchen de luna de miel. Alix no vendrá a la posada. Hemos roto, Meg. Para siempre. Esta misma semana hemos terminado de tramitar el divorcio.

El ramo de la novia se componía de rosas blancas, fresias rosas y jazmines. Riendo, Dee lo lanzó hacia los invitados que se habían congregado en la puerta del club para desear buen viaje a la pareja. Meg ya se había despedido de Dee y de James; en aquel instante permanecía de pie detrás de la multitud, todavía luchando contra la angustia y la decisión que habían estado desgarrando su corazón durante las últimas horas.

«Sam Grainger está libre»; implacablemente aquellas palabras resonaban en su cerebro, y junto con ellas, un imperativo de su propia conciencia: «debes contarle ahora lo de su hijo. Su matrimonio ha terminado. Aquel obstáculo a la verdad ya no existe...»

Meg levantó entonces una mano para protegerse de algo que le cayó encima. Y sólo cuando descubrió que estaba sosteniendo el ramo de Dee, a la vez que oía los gritos y aclamaciones de la multitud, tomó conciencia de lo que acababa de suceder. Recuperándose con esfuerzo, esbozó una radiante sonrisa... y vio que su hermana la miraba emocionada.

Luego, Dee y James subieron al coche y se marcharon. Meg, por su parte, se preguntó si alguna vez se había sentido tan desolada en toda su vida.

—Entonces... ¡tú serás la siguiente!

No se volvió para mirar mientras la voz de Sam llegaba hasta ella, a su lado.

—Definitivamente no —declaró—. Con una vez ya tengo bastante.

Observó cómo las luces del coche de los novios desaparecían en la noche, mientras una banda de música tocaba una pieza de rock en el interior del club. Sam continuaba a su lado, esperándola; los otros invitados volvían a entrar, algunos de ellos deteniéndose para saludarlos de pasada. Cuando todos se hubieron retirado, Meg finalmente se volvió hacia él.

—Escucha —le dijo—, tus obligaciones han terminado. No tienes por qué estar pendiente de mí. Vuelve a entrar, y que disfrutes del baile.

—¿Y tú?

—Me quedaré un rato aquí.

—¿Te sientes bien?

—Me apetece pasear, pero podrías hacerme un favor. ¿Querías dejar esto dentro? —le tendió el ramo de Dee—. Lo recogeré después, cuando me vaya.

Sam tomó el ramo, pero en lugar de entrar en el club, se acercó a su coche y lo guardó en el maletero.

—Dado que luego te llevaré a casa, será mejor que lo deje aquí.

—No tienes por qué llevarme.

—Quiero hacerlo.

Meg hizo un gesto de abatimiento; pero antes de que pudiera dejar caer la mano, Sam se la atrapó.

—Venga. Vamos a dar ese paseo.

Se resistió, pero sólo por un segundo. No tenía la energía suficiente para luchar contra él... y, además, realmente necesitaba alejarse de aquella música atronadora; había empezado a dolerle la cabeza. Se pusieron a caminar y llegaron hasta el césped impecablemente cuidado del campo de golf, iluminado por las luces del edificio principal.

—Ha sido un día muy duro para ti, ¿no? Vas a echar de menos a Dee.

—Sí que la echaré de menos —respondió Meg, entristecida—. Pero sé que va a ser muy feliz con James.

—Sí.

Sam la tomó de la mano, a manera de consuelo, y Meg tuvo que esforzarse por contener las lágrimas. Le resultaba difícil lidiar con aquel aspecto compasivo suyo... o quizá simplemente aquel día se sentía demasiado vulnerable, con todo lo que había sucedido. Pasearon en silencio, alejándose de la zona iluminada. Meg esbozó una mueca cuando el dolor de cabeza se fue intensificando.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sam, deteniéndose.

—Una simple jaqueca.

—Claro, debido a la tensión —le soltó la mano y se puso detrás de ella—. Quédate quieta —antes de que pudiera adivinar lo que pensaba hacer, Sam empezó a darle un masaje en los hombros.

Después de una breve vacilación, Meg se dejó hacer. ¿Por qué no? Intentó relajarse y, al cabo de un minuto o dos, se sorprendió a sí misma suspirando de alivio. Era una sensación tan placentera... Cerró los ojos mientras Sam procedía a relajarle los músculos del cuello.

—¿Te importa—... —le preguntó él al cabo de un rato—... si te retiro estas flores del cabello?

—No...

Sam le retiró la diadema de rosas en miniatura para guardársela en un bolsillo de la chaqueta. Luego enterró suavemente los dedos en su pelo, suave como la seda, mientras le acariciaba el cuero cabelludo. Aquello era una pura y absoluta maravilla...

Meg suspiró de nuevo cediendo totalmente a aquel delicioso masaje, concentrándose en la sensualidad de su contacto. Su cuerpo entero se estaba derritiendo como miel expuesta al sol. Quería apoyarse de espaldas en él, quería que la abrazara, que la estrechara con fuerza entre sus brazos. Cerró los ojos dejando vagar la imaginación; soñando, anhelando...

Y, después de lo que le pareció una maravillosa eternidad, cuando Sam la tomó de los hombros y la hizo volverse, Meg abrió los ojos, sobrecogida como si se hubiera despertado de repente... y casi gimió en voz alta en son de protesta.

—Ya está —la miró—. ¿Mejor?

Meg se había quedado sin aliento, impresionada por su belleza. A la luz de las estrellas, sus rasgos parecían tallados en alabastro; su boca era una absoluta tentación. La misma tentación que la había arrastrado aquella noche, hacía ya mucho tiempo... Se estremeció al recordarla.

—Hey, tienes frío —Sam se quitó la chaqueta y se la echó sobre los hombros—. Regresemos.

La tomó de la mano e iniciaron el camino de vuelta. Meg se dijo que su actitud era sencillamente amable; nada más. Parecía que, aunque sus caricias la habían debilitado y estremecido hasta un punto insoportable, el hecho de haberla tocado no había tenido el mismo efecto sobre él. Y se alegraba de ello. Si Sam la hubiera deseado tanto como ella lo deseaba a él, en aquel mismo momento estarían yaciendo sobre el césped, besándose con salvaje pasión. Aspiró profundamente, expulsando de la pantalla de su cerebro aquella peligrosa imagen, y levantó la mirada hacia él:

—Me sorprendió bastante lo de tu ruptura con tu esposa.

—Son cosas que pasan. Y me sumo a lo que tú misma dijiste antes: con una vez ya tengo bastante.

—Entonces, ¿no vas a volver a casarte? —no sabía Meg por qué se había molestado en hacerle esa pregunta, cuando ya conocía la respuesta.

—¡Ni hablar! Quienquiera que dijo aquello de que el amor era ciego, no sabía ni la mitad del asunto. Pero ahora ya me he quitado el antifaz y huiré como del infierno de cualquier mujer que pretenda un compromiso emocional...

Meg deseaba no ser tan consciente del contacto de su mano, o del cálido perfume que emanaba de su chaqueta. Deseaba no haberse enamorado de aquel hombre, que con tanta vehemencia se oponía a cualquier compromiso emocional. Cuando se acercaban al club, Sam le comentó:

—Debes de estar cansada. ¿Quieres que nos marchemos ya?

—Sí, si no te importa.

—Tengo un par de cosas que hacer dentro, pagar a la banda y todo eso. ¿Cuándo estarás lista para marchar?

—Tan pronto como recoja el vestido de novia de Dee.

—¿Y Andy? —le retiró la chaqueta de los hombros y se la puso.

—Mike y él se marcharon antes. Miranda los llevó a casa.

Cuando entraron en el vestíbulo, Meg descubrió que la banda estaba tocando el *Vals de Tennessee*. Una melodía deliciosamente nostálgica, que quitaba el aliento. Sam se sacó la diadema del bolsillo y volvió a ponérsela cuidadosamente.

—¿Te apetece un baile? —le preguntó.

Meg se echó a temblar. ¿Bailar con Sam aquella pieza? No podía pensar en nada que le gustara más, pero...

—No, gracias... pero quédate tú si quieres, puedo volver en taxi.

—No, yo también quiero marcharme —le sonrió—. Espérame aquí. Vuelvo dentro de diez minutos.

Mientras abandonaban el club de golf, Meg permanecía rígidamente sentada en el coche, terriblemente consciente de la cercanía de Sam. No se estaban tocando, pero incluso así sentía cosquilleos en la piel.

—El vals de Tennessee —pronunció Sam con tono suave.

Meg continuaba mirando hacia adelante, observando los árboles iluminados por las luces del coche, esforzándose por no escucharlo, por no pensar en él. Imposible. En las afueras de Seashore distinguió un conejo en la cuneta, con los ojos brillantes, hipnotizado, deslumbrado por los faros.

Meg esbozó una mueca de ironía; ella podía comprender perfectamente aquella sensación.

Cuando Sam aparcó el coche delante de su casa, Meg salió antes de que él tuviera tiempo de reaccionar y abrirle la puerta. Se acercó apresurada al maletero y sacó el ramo de Dee, mientras él cargaba con la caja del vestido nupcial.

Meg se dio cuenta de que era imposible que pudiera llevar las dos cosas, así que no tuvo más opción que guiarlo por el jardín hasta la puerta trasera. En la cocina encontró una nota sobre la mesa, firmada por Andy:

Me quedo a dormir en casa de Mike. Nos vemos mañana.

—¿Problemas? —le preguntó Sam mientras dejaba la caja sobre una silla.

—Es de Andy. Se queda a dormir en casa de un amigo.

—Así que esta noche te quedarás sola.

—¡Por primera vez desde que me alcanza la memoria! —exclamó Meg, riendo—. Bueno, ¿quieres tomar algo antes de marcharte?

Ansiaba que le contestara que no, pero también que sí. ¡En realidad no sabía lo que quería!

—Claro. Gracias.

—¿Un tazón de cacao?

—Estupendo.

Sam se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó los botones superiores de la camisa; luego se sentó ante la mesa, estirando sus largas piernas. Parecía tan relajado como Meg tensa.

—Entonces... ¿te dijo Dee adónde pensaban ir de luna de miel?

—No. ¿James te lo dijo a ti?

—Tampoco.

Permanecieron en silencio mientras tomaban sus bebidas. Meg se quitó las sandalias, flexionando los dedos de los pies. Al cabo de un rato, Sam le comentó:

—He estado hablando con Mark. No tienes por qué preocuparte por tu empleo, Meg. Tiene una fe absoluta en tu capacidad para desempeñar el puesto de ayudante del director.

—Esa es una noticia maravillosa —vaciló por un momento y luego añadió—: Te prometo que te resultará fácil trabajar conmigo.

—Lo estoy deseando.

—¿Cuándo tomarás posesión del negocio?

—El uno de octubre —terminó su cacao y se levantó para dejar el tazón en el lavavajillas. Luego se asomó a la ventana—. Todavía no hay nadie en casa de los Carradine. Supongo que Elsa se lo estará pasando bien.

—Sí. ¡Le encanta bailar! —exclamó Meg, levantándose también para mirar por la ventana.

Sam se volvió, pero obviamente no la había oído acercarse, porque tropezó con ella y estuvo a punto de derribarla. Se apresuró a sujetarla... y ya no la soltó.

Contempló sus labios entreabiertos. Ansiaba besarla. Meg parecía tan dulce... tan tentadoramente dulce... Sus labios eran deliciosamente invitadores. Ella no se resistió y él la acercó más hacia sí. Sus senos hicieron contacto con su pecho, su pelvis con sus muslos. Cuando antes había estado dándole masajes en los hombros, se había excitado... plenamente. Pero se había contenido porque sabía lo muy vulnerable que se había sentido Meg en aquellos instantes. Y todavía seguía sintiéndose vulnerable. Había sido un día agotador para ella, y no estaba dispuesto a aprovecharse de aquella circunstancia...

Pero un pequeño beso... ¿qué daño podría hacer? Enterrando los dedos en su pelo, la hizo levantar la cabeza para tener un mejor acceso a su boca. Había querido que aquel beso fuera ligero... un inocente beso de buenas noches. Y así habría sido si no hubiera escuchado aquel dulce susurro mientras le acariciaba los labios con los suyos. Aquello lo sorprendió, pero antes de que se hubiera repuesto, Meg ya le había echado los brazos al cuello para devolverle el beso con una pasión que lo dejó anonadado.

Sam no se quedó atrás cuando inició su propia réplica y, para cuando se detuvieron para tomar aire, el corazón le latía a toda velocidad. Reprimiendo un gemido, se apartó levemente para mirarla: estaba ruborizada, tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos, llenos... La contempló hipnotizado. Parecía tan joven, tan inocente...

De pronto, algo se removió en su interior, en lo más profundo de su alma: la huella de un recuerdo. Frunció el ceño. Tenía la extraña sensación de haber vivido ya ese momento. De haberla besado como ahora... en algún

instante del pasado. No, aquello era ridículo... Nunca la había abrazado antes de esa forma; jamás la había besado. La última vez que la vio, debía de haber tenido unos trece o catorce años. Era sólo una niña. «Espárrago», la vecina de James, con su rostro siempre oculto detrás de su larga y descuidada melena...

Sacudió la cabeza. En vano se esforzaba por librarse de aquella sensación de familiaridad. Y, de manera extraña, inexplicable, fue aquella sensación lo que le heló la sangre en las venas. Meg lo miraba con los ojos muy abiertos, clavados en los suyos. ¿Qué diablos había podido ver en su expresión? Pero antes de que pudiera adivinarlo, ella se apartó, se dirigió tambaleante hacia la puerta y la abrió.

—Gracias por... haberme traído a casa.

Sam se pasó una mano por el pelo. ¿Parecería tan asombrado e impresionado como se sentía? Esperaba que no. Pero aquella extraña sensación persistía; parecía alcanzarle el alma hasta encerrarla en hielo. Se frotó el pecho, pero el frío seguía allí.

—No hay problema —repuso con voz ronca—. ¿Te veré mañana? ¿En el almuerzo que dará Elsa?

—Sí. Estaré allí.

—Me marcharé justo después. Buenas noches, entonces. ¿Estarás bien sola?

—Sí —asintió Meg.

Y Sam salió de la casa, diciéndole suavemente por encima del hombro:

—Que tengas dulces sueños.

Capítulo 7

DULCES sueños!

Meg sonreía con sombría expresión cuando fue a casa de Elsa a la mañana siguiente; después del rechazo que había sufrido por parte de Sam, no había pegado ojo en toda la noche. Se ruborizó avergonzada al evocar su expresión de asombro. Obviamente, Sam había pretendido darle un simple beso de buenas noches... ¡un beso al que ella había dado un significado muy distinto!

Suspiró, desesperada. Después de dar vueltas sin cesar en la cama durante media noche, había pasado la otra mitad acurrucada en el alféizar de la ventana, mirando sin ver el mar y sufriendo por sus contradictorios sentimientos. Ya era bastante malo haberse enamorado de un hombre que no quería compromiso emocional alguno, pero... ¿cómo podía enamorarse de un hombre que la había tratado tan mal en el pasado? ¿De un hombre que carecía de conciencia?

Se detuvo en la puerta y apoyó una mano en el poste de la valla. Sí, pensó, eso era: estaba enferma de amor por él. Nunca se había dado cuenta del sentido tan literal que podía alcanzar aquella expresión, pero su caso era un perfecto ejemplo. Se sentía mareada y extrañamente distante... como si no formara parte de ese mundo.

Pero formaba parte del mundo, y Sam también. Y ese día, antes de que se marchara, tendría que contarle lo de Andy. Ya antes había sido difícil, pensó mientras entraba en el patio de Elsa, pero después de lo sucedido la noche anterior... la tarea le parecía abrumadora. ¿Cómo podría esconder su amor por Sam y confesarle al mismo tiempo que era el padre de su hijo?

—¡Buenos días! —la saludó Elsa desde la puerta trasera—. Eres la primera en llegar. ¡Justo lo que necesitaba, un par de manos más! ¡Todo el mundo me ha abandonado!

—Me encantaría ayudarte —Meg la siguió al interior de la casa—. Pero ¿dónde está Sam?

—¿Te importaría llevar estas copas al salón, querida? —dejó la bandeja sobre la mesa—. Sam ha ido a la tienda de la esquina a buscarme el helado... ¡Oh, están llamando a la puerta! —y salió de la cocina para abrir a los invitados.

Meg ya de disponía a llevar la bandeja con las copas cuando se abrió la puerta trasera y entró Sam. Como ella, iba vestido con una sencilla camisa y unos pantalones cortos. Pero al contrario que Meg tenía un aspecto radiante, como si hubiera dormido toda la noche de un tirón.

—¡Hola! —la saludó con alegría—. Te he estado buscando por la playa esta mañana. ¿Qué ha pasado? ¿Te has quedado dormida?

Se acercó a la nevera para guardar el helado en el congelador. Meg lo miraba fijamente... intentando luchar contra su magnetismo. Aquel hombre despreciaba los compromisos; tenía que tener eso bien presente. Tal vez lo hubiera sorprendido su reacción de la noche anterior, pero, al fin y al cabo, era humano... y la próxima vez quizá aceptase lo que se le ofreciera... ¿Realmente quería Meg repetir la experiencia de trece años atrás, cuando se le entregó sólo para que después la desechara como si fuera un pañuelo usado?

—¿Y bien?

—¿Qué?

—Que si te has dormido.

—Oh, no, de hecho, no he dormido demasiado bien, y esta mañana no tenía suficientes energías para salir a correr... Antes de que te vayas, necesito hablar contigo.

—Puedes hacerlo ahora. ¡Soy todo oídos!

Hasta ellos llegó una risa procedente del pasillo. Y luego la voz de Elsa:

—¡Pues no podemos tomar el ponche sin copas! Se suponía que Meg tenía que traerlas.

—¡Diablos, yo la despediría! —exclamó alguien, y siguieron unas carcajadas.

—Andy —era nuevamente la voz de Elsa—. ¿Te importaría ir a la cocina y meterle prisa a tu mamá?

Se oyó un ruido de pasos, acercándose. Meg se apresuró a advertirle a Sam:

—Tenemos que hablar a solas. Podríamos dar un paseo... por la playa.

—¡Qué intrigante! —arqueó una ceja.

Andy irrumpió entonces en la cocina, deteniéndose en seco al ver a Sam.

—Buenos días —le saludó Sam.

—Hola —Andy concentró su atención en su madre—. Mamá, se suponía que tenías que llevar las copas del ponche.

Meg levantó la bandeja, pero le temblaban tanto las manos que las copas empezaron a tintinear. Sam acudió en su ayuda.

—Yo la llevaré —y añadió en un murmullo de espaldas a Andy, que los miraba con el ceño fruncido—: Más tarde, entonces. ¿Después de comer?

Meg asintió, y Sam se retiró con la bandeja.

—¿Te gustó la boda? —le preguntó a su hijo.

—¿Por que se te sigue pegando ese tipo?

—El señor Grainger estaba en la cocina porque Elsa lo mandó a la tienda a comprar helado.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirió, agresivo—. ¿Por qué quiere verte después de comer?

—Andy, él no quiere verme. Soy yo la que necesita hablar con él... en privado.

La expresión del chico se oscureció aun más.

—¿Cómo es que has llegado a tener secretos con él? ¡Si decías que ni siquiera te gustaba!

—No se trata de que me guste o no me guste...

Andy giró en redondo y se dirigió hacia la puerta. Meg lo detuvo sujetándolo de la manga de la camisa.

—Cariño —le dijo con tono suave—, no te enfades. Una vez que el señor Grainger se marche, también quiero hablar contigo. Te lo contaré todo. Te lo prometo.

Después del almuerzo, Meg seguía tan distraída que ni siquiera se acordaba de lo que había comido. Sam, en cambio, había disfrutado

plenamente de la comida, como si no tuviera otra preocupación en el mundo.

—Vayamos hacia la posada —le propuso ella mientras salían de la casa de Elsa para dar el paseo por la playa.

Cuando pisaron la arena, Meg lo miró de reojo y descubrió que tenía una expresión pensativa. ¿Se estaría preguntando de qué querría hablarle ella? ¿Pensaría que tendría algo que ver con su trabajo? Si fuera tan sencillo como eso...

Minutos después llegaron al árbol donde Meg había estado sentada cuando vio por primera vez el anuncio de venta de la posada de Seashore. Sam señaló con la cabeza el cartel con la corrección de «Vendida».

—¿Mark no te avisó de que deseaba venderla?

—No; todo sucedió con demasiada rapidez... Pero no es de eso de lo que quería hablarte.

—¿No? Entonces, ¿de qué?

Bajo el árbol, Meg había palidecido visiblemente.

—¿Meg?

—Te vas a sorprender —tragó saliva, nerviosa—. Esto... esto me resulta tan duro...

—¡Sea lo que sea, suéltalo ya! ¿Estás metida en algún tipo de problema? Mira, haré cuanto pueda para ayudarte. ¿Necesitas dinero? ¿De qué diablos se trata?

Meg le dio la espalda, quedando frente al tronco del árbol, y empezó a arrancar nerviosa trozos de corteza. Preocupado, Sam la tomó de los hombros y la hizo volverse.

—¿De qué se trata, Meg? ¡Por el amor de Dios, dímelo!

Cerrando los ojos con fuerza por un momento, para contener las lágrimas, Meg se esforzó por recuperarse. Luego, cuando se apartó de él, Sam dejó caer los brazos a los lados.

—Tienes... tienes que comprenderlo. No podía decírtelo antes... Yo no quería que nada pudiera... hacer fracasar tu matrimonio....

—¡Meg, ve al grano!

Allí estaba, el momento que durante tantos años tanto había temido y que, en lo más profundo de su corazón, siempre había creído inevitable.

—Supongo que no todos los días... —susurró—... descubre un hombre que es padre —vio que Sam la miraba sin comprender, y añadió con voz

temblorosa—: Andy es tu hijo.

Sam se tambaleó como si acabara de recibir una bofetada.

—¿Qué diablos estás intentando decirme, Meg? —inquirió furioso—. ¿Qué significa todo esto?

—Andy... es tu hijo —hizo una desesperado ademán con las manos—. Nuestro hijo.

—Has perdido el juicio. No sé a qué estás jugando...

—¿Es que no lo has notado tú mismo? —replicó, resentida por su reacción—. Incluso sus manos... ¡son como las tuyas!

—¡Oh, por el amor de Dios! —Sam giró sobre sus talones y volvió sobre sus pasos; sin mirar hacia atrás, gritó—: ¡Ambos somos morenos, pero en este planeta hay millones y millones de morenos!

La oyó salir en su busca, pero apretó el paso. Cuando lo alcanzó, Meg le tiró de los faldones de la camisa.

—Estás enferma, Meg. Será mejor que vayas a ver a un...

—¡No corras, maldita sea! Esta vez no podrás ignorarme, Sam Grainger... ¡no podrás ignorarme como cuando me utilizaste y me abandonaste hace trece años!

Sam la miró asombrado, pensando que estaba rematadamente loca. Maldiciendo en voz alta, apoyó los puños en las caderas.

—De acuerdo... escupe de una vez esa historia inventada.

—¿Inventada? —repitió Meg, incrédula—. ¿Vas a seguir fingiendo que lo de aquella noche nunca sucedió?

—¿Y qué noche fue ésa, Meg?

—¡Lo sabes perfectamente!

—Recuérdamelo tú —replicó Sam con tono amenazante.

—La noche en que hicimos el amor. Tú y yo, en este mismo lugar. ¿Vas... a negarlo?

—¿Negarlo? ¡Pero si nunca sucedió! ¡Excepto quizá en tus fantasías de adolescente! —de repente recordó algo—. Vaya, Elsa me dijo que te habías enamorado de mí cuando tenías catorce años, pero...

—Tenía dieciocho cuando eso sucedió, y lo sabes. Acababa de empezar a trabajar en la posada aquella noche... la misma en que pensaste que Alix había muerto en el extranjero. Yo me disponía a regresar a casa y cuando te vi en la playa bajé también, porque quería saludarte. Yo ignoraba lo que había sucedido. Estabas llorando...

—¿Qué diab...?

Durante un buen rato, Sam la miró fijamente; era como si la tierra hubiera empezado a temblar bajo sus pies.

—Continúa.

—Tú.. sabes lo que pasó.

—Dímelo.

—Nosotros... tú me dijiste que Alix había muerto. Intenté consolarte. Llegamos hasta aquí —vaciló, ruborizada—. Ambos pensábamos que Alix estaba... —se interrumpió, suspirando—. Pero a la mañana siguiente descubriste que los informativos habían cometido un error, que no estaba muerta... aunque se encontraba enferma en un hospital, y saliste inmediatamente para allá —le dio la espalda y miró hacia el mar—. Nosotros... hicimos el amor. Aquí, debajo de aquel árbol... Pero tú jamás volviste a llamarme... ni siquiera para cerciorarte de que no me había quedado quedado embarazada.

Chilló una gaviota. Sam no supo cuánto tiempo permaneció allí, clavado donde estaba, aturdido, hasta que empezó a hablar. Cuando lo hizo, su voz era tan baja que Meg apenas lo oyó.

—Dios mío —susurró como en una desesperada oración—. Meggie... no sabía que...

Luchó para despejar su mente de inconexos pensamientos hasta que se agarró a uno: tenía un hijo. Meg seguía contemplando el mar.

—Sabías que habíamos hecho el amor —murmuró—. Y nunca se te ocurrió pensar que...

—No tenía ningún recuerdo de ello, Meg...

—¿Tan poco significó para ti, Sam? —le preguntó con voz ronca por el dolor.

—Oh, Dios mío, Meg, no es eso lo que quería decir... Sabes que vine aquí a reponerme de una enfermedad. Estaba bajo los efectos de una poderosa medicación y, aquella noche, cuando oí que Alix había muerto, intenté ahogar mi dolor en alcohol. ¡Me sentía tan mal! —esbozó una mueca al recordarlo—. En cualquier caso, me hizo efecto la mezcla de la medicación y el alcohol: tuve amnesia. Una laguna de memoria. Cuando me desperté, lo último que recordaba de la noche anterior era que el servicio de habitación me había subido una botella de vodka. Esa mañana encendí la

televisión para ver los informativos... y me enteré de que Alix estaba viva...

Meg se volvió lentamente hacia él, mirándolo incrédula.

—¿Amnesia? ¿Tuviste amnesia?

—Sí , Meggie. No recuerdo nada... de aquellos momentos que pasamos juntos.

Meg emitió un sonido a medio camino entre una carcajada de histeria y un sollozo. Sam quería tocarla, abrazarla; parecía tan frágil, tan vulnerable, tan dolida... Pero no tenía derecho alguno a hacerlo. Nunca lo había tenido.

—¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo... —le preguntó él con voz ronca—... cuando descubriste que estabas embarazada?

—¿Cómo habría podido? Alix y tú erais felices. El hecho de que hubieras concebido un hijo ilegítimo... habría hecho fracasar tu matrimonio. No creo que lo que hicimos fuera moralmente incorrecto —continuó, como intentando convencerse a sí misma—. Ambos creíamos que Alix estaba muerta, tú te lamentabas de su pérdida... pero si Alix hubiese descubierto nuestro encuentro y especialmente que había dado como fruto un hijo... eso podría haber arruinado vuestra relación. Y decidí no correr el riesgo.

Sam se dijo que aquel no era el momento adecuado para preguntarse qué habría sucedido con su matrimonio si hubiera descubierto que tenía un hijo. Andy. La imagen del chico apareció vívidamente en la pantalla de su cerebro, y con ella un eco del júbilo que habría experimentado en aquel entonces de haber sabido que iba a ser padre. Pero mezclada con aquella alegría, latía una profunda preocupación por Meg.

—¿Se lo has dicho a Andy? —le preguntó.

—Nadie lo sabe, excepto Dee. Pensaba decírselo a Andy esta noche.

—¿Y después?

—Tú estarás en Portland el mes que viene. Cuando regreses, podemos... volver a hablar.

—Quiero formar parte de la vida de mi hijo. Si es que él también lo desea. Sé que piensa que soy una especie de canalla... pero.. quizá con el tiempo, llegue a ganármelo.

—Hablares cuando vuelvas.

—Meg —le tocó un brazo, pero ella se apartó—. Lo siento. Lamento que tuvieras que...

—Eso ya es historia. Pero ahora que todo esto va a salir a la luz, mi prioridad es Andy —se pasó una mano temblorosa por el pelo—. Lo que pasa es que no sé cómo va reaccionar cuando le diga que tú eres su padre.

Si Dee estuviera allí, con ella... Meg miraba las estrellas mientras se columpiaba en el sofá balancín del patio. Si su hermana hubiera estado allí, al menos, Andy habría tenido a alguien en quien apoyarse cuando se enteró de la noticia. Suspiró. Había intentado decírselo con mucho tacto, pero todo había terminado fatal.

Se lo había llevado a cenar a su pizzería favorita; luego habían ido a la pista de skateboard, y lo había observado mientras practicaba sin cesar, animándolo cada vez que él buscaba su aprobación en algún ejercicio especialmente difícil.

Se lo había contado cuando regresaban a casa andando. Sin omitir nada. Había destacado lo de la amnesia de Sam, y su propio remordimiento por haberlo juzgado con tanta severidad. Casi la habían ahogado las lágrimas cuando le habló de lo mal que había tratado a Sam desde que llegó a Seashore, cuando él no había hecho nada para merecer tanto desprecio.

Mientras tanto, Andy no había pronunciado una sola palabra. Cuando llegaron frente a la casa, Meg ya había terminado su relato.

—Andy, sé que todo esto te ha supuesto un terrible shock. Siempre quisiste saber quién era tu padre... y ahora ya puedes comprender por qué te lo he ocultado hasta ahora. Cuando me enteré de que Sam y Alix se habían divorciado.... decidí que había llegado el momento de contártelo todo.

El chico seguía sin mirarla.

—Andy... —fue a abrazarlo pero él se apartó, alejándose hacia la playa en sombras—. ¡Andy!

Había dominado el impulso de seguirlo, pensando que necesitaba estar solo. Necesitaba tiempo para pensar. Pero ahora Meg ya no sabía qué hacer. Era más de medianoche y Andy seguía sin aparecer. ¿Dónde podría estar? Oh, Dios, esperaba que no cometiera ninguna estupidez. Esperaba que...

El corazón le dio un vuelco en el pecho al escuchar unos pasos en el sendero de grava. Se bajó del columpio, apresurada, y esperó. Segundos después, distinguió una figura en sombras doblando una esquina de la casa.

Una figura familiar, con un skateboard en la mano. La inundó un inmenso alivio.

—Oh, Andy, ¿dónde has estado? Estaba preocupada...

—Lo siento —pasó de largo frente a ella, hacia la puerta trasera—. No tienes que preocuparte por mí. Estoy bien. Hey, es una verdadera suerte que Sam Grainger sea mi padre. Tiene montañas de dinero. ¡A partir de ahora nos irá muy bien!

Su tono falso, la rigidez de su gesto, su expresión distante: todo aquello hablaba de la aflicción que sentía... y del rechazo que experimentaba hacia su madre. Meg volvió a dejarse caer en el columpio, dolida, angustiada. «Oh, Dee...», susurró. Necesitaba desesperadamente hablar con alguien. Necesitaba desesperadamente que alguien la aconsejara... Pero podrían pasar semanas antes de que volviera a ver a su hermana. James y Dee no regresarían a Seashore hasta después de su luna de miel, una vez que ya se hubieran establecido en su nueva casa de Seattle.

Furiosa, se enjugó una lágrima. Las lágrimas no resolvían nada. Tenía que ser fuerte y prudente... ¡algo que nunca había creído ser en toda su vida!

—Ya todo está arreglado —comentó Sam—. He vendido mis participaciones en la empresa.

—¿Cómo te sientes ahora —le preguntó James, mirándolo con expresión sagaz al otro lado de la mesa—, una vez que ya todo está consumado?

Sam sonrió a Dee mientras ésta le servía una taza de café después de la cena.

—Gracias, Dee. ¿Que cómo me siento? ¡Es una sensación muy rara! Y mis sentimientos son contradictorios... en relación con mi padre. Os juro que cuando firmé los últimos papeles, me pareció oírlo a él, a mi abuelo y a mi bisabuelo removiéndose en sus tumbas. Pero más allá de la culpa, siento alivio.

—¿Alivio, Sam? —Dee lo miró con curiosidad.

—Alivio de que no tener ya que soportar más fracasos matrimoniales, más disputas de pareja —se sirvió azúcar—. Y también un sentimiento de expectación, de gozo, de emoción. Voy a empezar un negocio completamente nuevo, y no sé si seré capaz de salir adelante...

—Tendrás a Meg —le animó James—. Ella podría administrar la posada con los ojos cerrados, ¿verdad, Dee?

—¡Oh, sí! —Dee vaciló por un momento antes de comentarle a Sam—: He hablado con Meg varias veces por teléfono desde que nos marchamos. Andy se está mostrando... un poquito difícil.

—¿Todavía no has hablado con ella, Sam, durante todo el mes pasado? —le preguntó James, tomando un sorbo de café.

—No, pensé que debía darles a los dos un respiro, tiempo para que se habituaran a tenerme en sus vidas. Tu marcha ha sido un duro golpe para ellos, Dee. Necesitan acostumbrarse a no tenerte siempre al lado.

—¿Llevarás cuidado, Sam? —inquirió James con tono suave.

—Sí, llevaré cuidado.

—No creo que tengas ningún problema con Meg —intervino Dee—. Ahora que ya entiende por qué no te pusiste en contacto con ella, su resentimiento hacia ti ha desaparecido. ¿Sabes? Siempre me pregunté por qué habías actuado así; resultaba tan contradictorio con tu carácter... Pero Meg, bueno, era demasiado joven cuando tú frecuentabas Seashore, así que ella no te conocía tan bien como yo.

—Tengo mucho de lo que arrepentirme —los rasgos de Sam se endurecieron—. Lo que le hice a Meg fue imperdonable...

—No seas demasiado duro contigo mismo —James frunció el ceño—. Las circunstancias eran...

—¡Al diablo con las circunstancias! —exclamó Sam, presa de un acceso de furia—. Nada puede excusar lo que hice. Me aproveché de una chica inocente y la dejé embarazada. Tendré que purgar eso durante el resto de mi vida.

Un denso silencio se cernió sobre el grupo. Un silencio que se prolongó... y que acabó por estropear la velada. Cuando todos terminaron el café, Sam se levantó.

—Gracias, Dee, por la cena tan exquisita. Me ha encantado volveros a ver, pero ahora tengo que irme.

Sus anfitriones lo acompañaron hasta el coche, y mientras Sam encendía el motor, Dee le comentó:

—Meg no te espera hasta mañana y sé que va a salir esta noche. Mark y Deb están celebrando una fiesta de despedida en la posada.

—Ya, Mark me lo dijo, y ésa es la única razón por la que he vuelto un día antes de lo previsto. Me gustaría asistir... o al menos llegar al final. A eso de las diez debería estar en Seashore. Si hablas antes con Meg, no le digas que voy para allá —arrancó el coche—. Quiero darle una sorpresa.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

MARK rodeó con un brazo los hombros de su prometida mientras se dirigía a sus amigos, que se habían congregado en el gran salón de la posada después de la exquisita cena.

—La mayor parte de vosotros sabéis que Deb y yo vamos a casarnos en Chicago, porque su madre está allí...

—En una clínica —intervino Deborah—, y como es demasiado mayor para viajar...

—Celebraremos nuestra boda al lado de su cama... ¡algo que ya está esperando con verdadera ansiedad! —dijo Mark.

—¡Mamá ya casi había abandonado toda esperanza de ver a su única hija vestida de blanco!

Mientras todo el mundo celebraba la broma, Mark alzó su copa de champán.

—Y ahora, antes de que nos dediquemos al serio negocio de divertirnos, quiero proponer un brindis —miró a Meg, que se hallaba al fondo de la multitud—. Por la nueva directora-ayudante, Marguerite... —en ese momento miró a alguien detrás de ella, que acababa de entrar, y esbozó una radiante sonrisa—... ¡y por su nuevo jefe, Sam Grainger!

A Meg se le heló la sangre en las venas; no había esperado a Sam hasta el día siguiente. Mientras todo el mundo brindaba, se tensó visiblemente, percibiendo su presencia a su lado.

—Hola —su tono era bajo y levemente interrogante, como si no estuviera seguro de su reacción.

¡Si supiera lo que le sucedía...! Todo su cuerpo se estremecía de expectación. Pero tenía que concentrar sus pensamientos en la decisión que

había tomado durante su ausencia. Los dos se habían reunido casi a la fuerza, por el hecho de que Sam se había convertido en el nuevo propietario de la posada, y porque era el padre de Andy. Meg era muy consciente de que Sam no era del tipo de hombre que se tomase sus responsabilidades a la ligera. Anteriormente se había apresurado a juzgarlo sin conocer todos los hechos; y lo había tratado de una manera sencillamente vergonzosa.

Ya era tiempo de corregirse... y tenía dos formas de hacerlo. En primer lugar, podría ofrecerle su ayuda completa e incondicional para administrar la posada. Y, en segundo lugar, podría ofrecerle también su ayuda completa e incondicional para que llegara a conocer a su hijo. Podría hacer ambas cosas. Y las haría, de hecho.

—¿Meg...?

Meg tragó saliva, nerviosa, y se volvió hacia él. Llevaba unos vaqueros y un suéter azul marino, con una camisa de franela debajo. Tenía una sombra de barba en la mandíbula, sus ojos color verde oscuro estaban intensamente fijos en ella... Parecía cansado... pero la fatiga que se reflejaba en sus rastros lo hacía aún más atractivo. El amor que sentía por él abrumó a Meg. Ansiaba borrar aquella expresión de cansancio con caricias, deslizar los brazos por su estrecha cintura, y...

—Hola —le devolvió el saludo, sonriendo—. Bienvenido a casa.

Sam apelmazó su almohada, se tumbó de espaldas en la cama y se quedó mirando al techo en sombras. Todavía no había superado la impresión que le produjo que Meg le diera la bienvenida con tanto calor, y tan pocas reticencias.

Porque, por supuesto, seguía habiendo algunas reticencias. Lo había visto en la sombra de sospecha que oscurecía su mirada; lo había detectado en la conversación que había mantenido con él algunas horas antes.

—Has adelgazado —le había comentado Sam, preocupado—. Dee me ha dicho que Andy te ha estado dando problemas.

—¿Has visto a Dee?

—Me detuve a cenar en su casa de camino hacia aquí. Me informó de que Andy...

—Tenemos que darle tiempo.

—¿Qué puedo hacer yo? —le había preguntado Sam.

—Nada. Sólo... sé tú mismo cuando estés con él. Eso es lo único que puedes hacer.

—¿Estamos bien? ¿Tú y yo?

—Sí —le había respondido Meg, mirándolo directamente—. Tú y yo estamos bien.

En ese instante, Mark se había acercado a ella, y Sam se retiró. Cuando algún tiempo después la buscó con la mirada, descubrió que ya se había ido. Sintió una punzada de decepción; había querido hablar con ella más...

Mark y Deborah habían pensado en quedarse aquella noche en casa de Elsa, antes de salir a la tarde siguiente para Chicago. Cuando terminó la fiesta, guiaron a Sam hasta la suit del propietario, en el piso bajo, y se despidieron de él.

Estaba cansado, y una vez que se marcharon se fue directamente a la cama... sólo para descubrir que no podía dormir. No podía dormir pensando en Meg...

En aquel instante, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, yacía en la cama escuchando el rítmico murmullo de las olas, e intentando recordar la noche en que Andy fue concebido.

Meg le había dicho que todo sucedió debajo del único árbol del jardín, justo debajo de la posada. Frunció el ceño, concentrado, esforzándose por rescatar aquellos recuerdos de lo más profundo de su subconsciente... sin éxito. Maldijo entre dientes; ¿por qué no podía recordarlo? ¿Y cómo podía haberlo olvidado? ¿Olvidar que había hecho el amor con una criatura tan dulce, encantadora y deseable como Meg Stafford? Sintió una punzada de culpa al recordar que, en aquel entonces, apenas debía de haber tenido dieciocho años.

Saltó de la cama y se acercó a la ventana. La luna llena se reflejaba sobre el mar. Su mirada se vio atraída hacia aquel solitario árbol cercano a la playa, al lecho de césped y flores que se extendía bajo sus ramas... De pronto, se quedó paralizado al recordar algo: cuando abrazó a Meg el día en que Andy volvió del campamento, había experimentado una extraña sensación de familiaridad, como si ya hubiera vivido aquel momento.

La había abrazado como en aquel entonces. La había mirado de la misma manera, perdiéndose en aquellos ojos azules suyos. Sí, aquellos recuerdos estaban en alguna parte, pero dudaba que volvieran alguna vez. Aquella noche estaba perdida para siempre. Pero su fruto permanecía...

Apretó la frente contra el frío cristal y cerró los ojos. Meg sólo tenía en aquel entonces dieciocho años. Era joven e... ¿inocente? Apartó la cabeza del cristal, presa de un escalofrío. Nunca antes había pensado en las implicaciones de aquella palabra. Recordaba haberla usado en su conversación con Dee y con James, cuando les dijo que se había aprovechado de una chica inocente... pero con ello sólo había querido decir que, en aquel entonces, Meg era ingenua. Gimió. ¿Era virgen en aquel entonces? ¿Le habría robado algo de forma irreparable?

Cerró el puño y lo estampó con fuerza contra la pared. Una y otra vez.

—Tu padre ha vuelto —le dijo Meg a Andy a la mañana siguiente—. Estuvo en la fiesta de Mark.

Andy se cargó su mochila al hombro y, evitando mirarla, se dirigió hacia la puerta trasera.

—Me voy... Tengo prisa.

—¡Pero si no has desayunado!

—No tengo hambre.

—¡Tendrás que empezar a madrugar más ahora que ya no puedes ir al colegio caminando!

Seashore no era una población lo suficientemente grande como para contar con un instituto, y los estudiantes de secundaria tenían que ir en autobús hasta Larch Grove, a unos treinta kilómetros de allí.

—Si pierdes el autobús... —insistió Meg—... ¿cómo vas a poder...?

—¡No me importa! —y se fue dando un portazo.

Meg cerró los ojos mientras el portazo aún resonaba en su cabeza. El último mes había sido insoportable. Se había esforzado todo lo posible por acercarse a Andy, pero todos sus intentos habían sido bloqueados por su arisca resistencia.

Le temblaron las manos cuando se sirvió un vaso de agua. Ya estaba cansada de disculparlo continuamente... ¡y no estaba dispuesta a tolerar su comportamiento por más tiempo! Esa misma noche se encargaría de hablar a fondo con él.

—¡Buenos días, Meg! —la saludó Katy, la nueva recepcionista, al verla entrar en el vestíbulo de la posada—. ¿Te lo pasaste bien en la fiesta?

—Sí, estuvo bien. ¿Está el señor Grainger en su despacho?

—¡Está en el tuyo, de hecho!

—Gracias.

Meg se acercó a su despacho, y entró después de llamar. Sam estaba mirando por la ventana, y se volvió rápidamente. Se encontraba a contraluz y, por un segundo, todo lo que pudo ver Meg fue su figura alta, de anchos hombros y estrecha cintura. Poderosa.

Llevaba unos vaqueros azules y una camisa tejida, con las mangas enrolladas hasta los codos. Tenía una apariencia terriblemente sexy. Meg tragó saliva, nerviosa, y levantó la mirada. Sus ojos nunca le habían parecido más verdes... ni tampoco más seductores.

—Bueno, aquí estás, Meggie —dijo con voz profunda y acariciadora. Se sentó en una esquina de su escritorio, lanzándole una de sus devastadoras sonrisas—. Soy todo tuyo.

Sam advirtió que Meg se había ruborizado intensamente, y se arrepintió de inmediato: la había avergonzado, y eso era lo último que habría querido hacer. Pero aquélla era una situación muy incómoda: su relación, por una parte, era profesional... pero a causa de lo ocurrido en el pasado, y de Andy, era también profundamente personal e íntima.

—Bueno, podría haberme expresado mejor... —empezó a disculparse, pero ella lo interrumpió:

—No te preocupes —colgó la chaqueta en el perchero y se dirigió hacia el archivador. Abrió el cajón superior, rebuscó entre las carpetas y le tendió una—: Mark dejó este diario de tareas para ti. Una vez que lo hayas leído y asimilado, si tienes alguna pregunta, te la contestaré con mucho gusto.

Así de enérgico y eficiente iba a ser cada día de trabajo con ella, pensó Sam. Podría superarlo. Aunque no iba a ser fácil: era tan endiabladamente bonita... Aquella mañana, su aspecto alcanzaba la más perfecta elegancia con un simple suéter blanco y unos pantalones ajustados color azul marino. Y su juvenil peinado acentuaba sus preciosos ojos azul cielo. Unos ojos que lo miraban con toda tranquilidad, exigiéndole que prestara atención... al trabajo. Sam bajó la vista al documento.

—Me llevará una semana o dos —murmuró— ponerme al día con todo esto.

—Mientras tanto... —Meg se sentó en su silla—... acaba de llegar un montón de turistas. Mark siempre se encargaba de saludarlos personalmente antes de que se fueran a desayunar... ¿no te gustaría seguir esa tradición?

—Claro. ¿Qué es lo que solía decirles Mark?

—Oh, sólo que estaba encantado de que hubieran elegido la posada de Seashore, y que si necesitaban alguna información sobre la zona, que preguntaran en recepción.

—Allá voy —y pasó a su lado de camino hacia la puerta, procurando disimular el placer que sintió al aspirar su maravilloso perfume.

Una vez que se hubo marchado, Meg se relajó en su silla. No había estado tan mal. Se las había arreglado para mantener una relación puramente profesional, de jefe a empleada... a pesar de que las piernas se le habían derretido como gelatina cuando Sam le dijo aquello de «soy todo tuyo»... Con un esfuerzo, hizo a un lado esos pensamientos y se concentró en su trabajo.

Estuvo muy ocupada durante todo el día y no volvió a ver a Sam excepto al final, en el momento en que se disponía a regresar a su casa. Estaba en la parte de atrás, preparándose para montar en su bicicleta, cuando lo oyó acercarse. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—¡Espera un minuto! —la llamó.

Meg se detuvo, agarrada ya al manillar.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—He estado bastante ocupada. ¿Y el tuyo?

—Se me ha hecho raro —sonrió Sam—. ¡No sabría decir si me siento más como un huésped, un hotelero, un inspector o un pelmazo! ¡Más bien un pelmazo, me temo!

—¡Tú eres el jefe! —repuso ella con tono ligero—. Ya verás cómo dentro de una semana o dos te sentirás más en tu papel.

—¿Te vas a casa ahora?

—Sí. Y el autobús de Andy suele llegar a eso de las cinco —sabía, sin necesidad de mirar su reloj, que eran más de las seis—. Me gusta estar de vuelta en casa poco después de esa hora.

—Entonces, ¿cómo es que hoy has salido tan tarde?

—Deborah siempre se quedaba hasta las seis, así que yo he heredado su horario.

—Meg, no tienes ninguna necesidad de hacer eso. Puedo cambiarlo si...

—No creo que haya problema —repuso ella—. Y ahora será mejor que me vaya...

Empezó a empujar su bicicleta, pero Sam se lo impidió.

—Me gustaría ver a mi hijo. ¿Te importaría que me dejara caer por tu casa a última hora de la tarde?

La vacilación de Meg resultó casi imperceptible. Y cuando habló, lo hizo con un tono confiado que desmentía absolutamente la aprensión que sentía por dentro. ¿Cómo acogería Andy aquella visita? ¿Trataría a Sam con la misma abierta hostilidad que ella misma había tenido que padecer durante el mes anterior?

—Pásate a eso de las ocho —le dijo—. Así tendré tiempo de limpiar la cocina después de cenar.

Y tiempo para hablar con Andy, tal y como se había prometido a sí misma aquella mañana...

Después de retirar los platos de la cena, ya se disponía Meg a abordar con Andy el tema de su comportamiento cuando el chico recogió los libros de la mesa de la cocina donde había estado estudiando y se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—Tengo muchísimos deberes que hacer y me subo a mi habitación —respondió sin detenerse.

—Espera un momento —se dirigió hacia él—. Ya te dije que tu padre iba a venir. Quiero que te quedes aquí.

—¿Por qué?

—Porque tienes que llegar a conocerlo.

—¿Por qué?

—Simplemente porque es justo.

—¿Para quién? —la insolencia de su tono estaba crispando los nervios de Meg.

—Para ti y para él.

—¡Mira, tú eres la que te has acostado con él! Yo no tengo por qué...

Finalmente, Meg estalló. Levantó el brazo con intención de abofetearlo... y sólo en la última fracción de segundo se dio cuenta de lo que estaba haciendo y pudo contenerse. Se estremeció, con la mano a sólo unos

centímetros de su rostro, y abrió la boca con expresión consternada. Jamás, jamás le había pegado a Andy. ¡Apenas podía creer que hubiera estado a punto de hacerlo! Y Andy, al parecer, tampoco.

Mientras Meg dejaba caer la mano, Andy la miró fijamente con los ojos muy abiertos, con una expresión mezclada de asombro e incredulidad. Y luego... resopló con gesto despreciativo.

—Vamos —se burló—. Pégame. Eso es lo que quieres hacer, ¿verdad?

—Andy —quiso abrazarlo—. Lo siento, yo no quería... jamás habría podido...

—¡De todo esto tiene la culpa él! ¡Nunca habrías hecho nada parecido antes de que viniera él! —se giró en redondo y gritó—: ¡Lo odio! ¡Y te odio a ti también! —y salió a toda prisa de la cocina.

Meg lo oyó subir furioso las escaleras. Cerrando los ojos, se dejó caer en la silla más cercana y, apoyando la cabeza en los brazos, lamentó desesperada su imperdonable pérdida de control... y su penoso fracaso como madre.

Sam llamó a la puerta de la cocina, pero nadie contestó. Llamó otra vez, con más fuerza. Oyó entonces el ruido de una silla y, al cabo de un buen rato, se abrió la puerta y apareció Meg. Sin una palabra, se apartó para dejarlo pasar.

—Hola —la saludó él—. Siento haber llegado tan tarde, pero...

Se interrumpió, arqueando las cejas, cuando se fijó en su aspecto. Tenía círculos rojizos alrededor de los ojos, y estaba muy ruborizada.

—¿Andy? —inquirió, tensando la mandíbula.

Del piso superior llegó hasta ellos el sonido de un golpe, como si alguien hubiera lanzado algo contra el suelo. Meg se estremeció.

—¡Vamos, ponte algo! —Sam miró a su alrededor, y descubrió la cazadora de Meg colgada de una silla. La agarró rápidamente y se la tendió—. Necesitas salir.

—Pero... —lo miró consternada.

—Déjale una nota.

—No lo comprendes, he estado...

—¡Hazlo!

Meg obedeció. Buscó en un cajón lápiz y papel, garabateó una nota y la dejó sobre la mesa de la cocina.

—Bien —la tomó de la mano—. Vamos.

—¿A dónde?

—A un pequeño pub que yo conozco, a medio camino hacia Larch Grove. Tú y yo tenemos que hablar.

El pub estaba situado cerca del río. Sam la guió a través del comedor hasta una pequeña mesa, con vista a un jardín iluminado. Cuando la camarera se acercó, le pidió dos brandies.

—Entonces... —empezó a hablar, una vez que les fueron servidas las bebidas—... ¿quieres decirme lo que ha pasado esta noche? Supongo que Andy y tú habéis discutido porque no quería que yo lo visitara.

Meg sintió que se le desgarraba el corazón al recordar aquella escena.

—Estaba furioso... y se mostró muy insolente —bajó la mirada—. Yo... estuve a punto de darle una bofetada. Casi perdí el control.

—Oh, Meg —le tomó las manos entre las suyas—. Todo esto ha sido tan duro para ti... tan duro para los dos.

Como si de magia se tratara, Meg sintió que su tensión se evaporaba al escuchar la caricia de su voz. Hasta aquel mismo instante, no había tomado conciencia de que no estaba sola en aquella situación. Con cualquier cosa que sucediera, Sam siempre la apoyaría; de eso estaba segura. Retiró las manos de entre las suyas para buscar un pañuelo en su bolso.

—Éste es un tiempo muy difícil —su voz todavía tenía un leve temblor—. Para todos nosotros... pero especialmente para Andy.

—Quizá si me contaras algo acerca del pasado podría comprenderlo mejor... encontrar una forma de acercarme a él. Desde tu divorcio, ¿su única familia la habéis formado tú y Dee, con Elsa como una especie de abuela adoptiva?

—Sí.

—¿Cuándo os casasteis Jack y tú?

—Un par de años después de que naciera Andy.

—¿Jack era de Seashore?

—Vivía en Larch Grove, pero trabajaba como mecánico en una gasolinera de la marina de Matlock. Dee y yo necesitábamos reparar el

coche... y fue así como lo conocí.

—¿Estabas enamorada de él?

—Ahora pienso —respondió lentamente— que me engañé a mí misma creyendo que estaba enamorada. Supongo que lo que realmente quería era un padre para Andy, pero... —añadió con amargura—... aquello no funcionó.

—¿Quería Jack tener hijos?

—No. Al final, culpó incluso a Andy de nuestra ruptura. Decía que era demasiado joven para atarse a un hijo.

—¿Qué edad tenía Andy cuando os divorciásteis?

—Siete años.

—¿Sufrió... mucho?

—Para entonces ya era consciente de la situación. Sabía que Jack no le demostraba ningún interés.

—¿Y tú no tenías ninguna pista, ningún indicio, cuando empezasteis a salir juntos, de que a Jack no le gustaban los niños?

—Cuando Jack empezó a cortejarme, digamos que también empezó a cortejar a Andy... y tuvo éxito. Andy lo adoraba —Meg tomó un sorbo de brandy, sin apenas saborearlo—. Si hubiera tenido alguna duda a la hora de aceptar la propuesta de matrimonio de Jack, el amor que le profesaba Andy la habría borrado —incluso en aquel instante, sentía ganas de llorar al evocar los recuerdos del rechazo de Jack hacia su hijo—. Una vez que empezamos con nuestra vida de casados, su actitud para con Andy cambió. En el momento en que empezó a rechazarlo, fue muy penoso ver cómo desaparecía aquella luz de los ojos de Andy cuando lo miraba... —vio que Sam tensaba la mandíbula—. Así que, ahora podrás entender por qué Andy no está nada deseoso de relacionarse contigo.

—Pobre crío —comentó Sam, jugando con el tallo de su copa—. Voy a tener que librar una dura batalla para ganarme su confianza.

—Eso me temo.

Siguió un denso silencio. Terminaron sus bebidas y salieron del pub. Abajo, en la ribera del río, algunas parejas paseaban a la luz de la luna.

—¿Te apetece pasear? —le preguntó Sam.

Meg dudó. Él la tomó de la mano y la guió hacia el paseo que bordeaba el río. No pudo evitar comparar sus manos con las de Alix, y se quedó pensativo durante unos segundos.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella.

—Estaba pensando en Alix.

—¿La... echas de menos?

—Yo... echo de menos lo que creía que teníamos —cuando vio acercarse en dirección contraria a un numeroso grupo de jóvenes, Sam tomó por un desvío del sendero—. Salgamos de aquí. Por esta senda.

Poco a poco, según caminaban, se hizo el silencio. El sendero que habían elegido terminaba en un cenador, con su techado iluminado por la luna.

—¿Qué era eso que creías que habíais tenido Alix y tú? —le preguntó Meg.

Por un momento, creyó que Sam no iba a contestar, pero al fin dijo con voz ronca:

—No puedo hablar sobre ello. Todavía no.

—Lo siento...

—Sólo sé una cosa: que nunca me casaré otra vez.

El grito solitario de un pájaro llegó hasta ellos desde el río.

—Así que tú también te quemaste. Como Andy con la experiencia de tener un padre.

—¿Y tú? En la boda de Dee dijiste que con una vez había sido suficiente. ¿Te referías a lo mismo?

—Sí. Soy muy feliz tal como estoy. Y tú sólo cometiste un error... Yo cometí dos.

—Yo fui el primer error, supongo.

—Para serte sincera, sí. Aquello fue un error. Me dejé llevar por...

—La compasión —terminó Sam por ella, tomándola de los hombros y obligándola suavemente a que lo mirara—. Eso no es para avergonzarse, Meg.

«Compasión», repitió Meg para sí. No pudo evitar preguntarse qué pensaría Sam si supiera que se había dejado arrastrar por algo mucho más profundo que la compasión.

—En cualquier caso, no volveré a casarme. Tengo mi familia, mis amigos, mi trabajo. ¿Qué más podría desear? —«¡A ti!»; aquellas dos palabras resonaron en su mente con tal intensidad que, por un terrible instante, llegó a creer que las había pronunciado en voz alta.

—Así que aquí estamos los dos —murmuró él—, Sam Grainger y Meg Stafford, decididos a no comprometernos con nadie jamás. ¿Qué pensarías,

Meggie, si los dos tuviéramos una aventura? Nada de ataduras, ni de promesas. Simplemente... ¡dos amantes en libertad!

Una aventura con Sam. Vívidas imágenes se sucedieron en la mente de Meg: imágenes coloridas, exóticas... Pero incluso mientras se ruborizaba, alcanzó a ver un extraño brillo en sus ojos... y comprendió que se estaba burlando de ella.

También se dio cuenta de que por un peligroso instante se había sentido tentada de aceptar su oferta. Y descubrió, impresionada, lo frágil que resultaba su armadura contra el encanto de aquel hombre. ¡Pero eso era algo que él nunca sabría!

—Ni en sueños, Sam Grainger —replicó con tono desenfadado—. ¡Ni en sueños!

OceanofPDF.com

Capítulo 9

DE PIE, en el sendero de entrada a su casa, Meg observaba desaparecer en la distancia las luces del deportivo de Sam. No lo había invitado a entrar.

—Quiero hablar con Andy —le había explicado—. Y sería mejor que...

—Que yo no esté presente. Lo comprendo. Y, Meg... —le había dicho con expresión muy seria—... buena suerte.

«La voy a necesitar», pensaba cuando se disponía a entrar por la puerta trasera. Encontró a Andy en el salón, acurrucado en el sofá. No la oyó entrar porque tenía la televisión encendida. Estaba viendo los informativos de la televisión... y a Alix Grainger.

Morena y vivaz, la ex-esposa de Sam se encontraba en una calle bombardeada, con una multitud gritando a su espalda. Tenía sucia la camisa caqui. Un fuerte viento le azotaba la melena contra las mejillas, y mientras hablaba a la cámara, se retiraba impaciente el cabello de los ojos. Unos ojos de gato: de color topacio, vivaces, algo desconfiados...

—¿Por qué fracasó su matrimonio?

Meg se sobrecogió al oír la voz de Andy. Lo miró. Estaba pálido, y se le desgarró el corazón al descubrir que había estado llorando. Su tono había sido brusco, pero al menos le había dirigido la palabra.

—¿Perdón?

—¿Cómo es que no sigue casado con ella?

—No lo sé.

—¿No se lo preguntaste?

—No quiere hablar de ello.

—Ahora que ya ha roto con ella, ¿es por eso por lo que va detrás de ti?

—No va detrás de mí, Andy. Vamos a tener que administrar la posada juntos, así que necesitamos conocernos por el bien de nuestra relación laboral...

—¡Esta noche no has estado trabajando! ¡Has estado fuera con él durante más de dos horas! ¿Qué habéis estado haciendo?

—Charlando simplemente —Meg señaló la televisión—. ¿Te importa que apague esto? —recogió de la mesa el mando a distancia y pulsó el botón de apagado: Alix Grainger desapareció bruscamente de la pantalla—. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De tu actitud. Durante el mes pasado, he consentido que hicieras lo que te daba la gana porque sé que todo esto ha sido muy duro para ti, y para que te acostumbrases a los nuevos cambios... ¡pero ya está bien! A partir de ahora, a pesar de tu humor o de tus opiniones, espero que te comportes de una manera amable y educada. Y si no lo haces, te atenderás a las consecuencias.

—Bien —Andy se levantó del sillón y se encogió de hombros, como si todo aquello no tuviera importancia para él—. Seré amable y educado.

—¿Conmigo... y con tu padre?

—Claro —dijo después de una pausa—. No hay problema —bostezó mientras se dirigía hacia la puerta—. Buenas noches. Me voy a la cama.

—Acerca de lo que sucedió antes —le dijo ella con tono suave—. Andy, de verdad que lo siento.

El chico se detuvo frente a ella y fue entonces cuando Meg se dio cuenta, sorprendida, de lo alto que era. Estaba creciendo. Y se estaba haciendo un hombre. Aquel pensamiento le suscitó un sentimiento de inminente vacío que acabó por deprimirla.

—No te preocupes por eso —le dijo él—. Olvidado.

En sus ojos había una expresión distante que Meg nunca había visto antes. Y sabía que aquello no estaba olvidado. Resultaba evidente que no iba a aceptar a su padre. Y mientras continuara asociada de alguna manera a él, a ella tampoco iba a aceptarla. Había trazado una línea divisoria en la arena. Andy se había colocado a un lado a su padre en el otro.

Y ella, que los quería a los dos, se encontraba en medio.

A la mañana siguiente, cuando se levantó, llamó a la puerta de Andy para despertarlo y salió para hacer su carrera matutina, pero había tanta niebla que no corrió mucho tiempo.

Al regresar encontró a Andy en la cocina, metiendo su plato de cereales y un vaso en el lavavajillas.

—Buenos días —lo saludó, y añadió mientras él se ponía su cazadora vaquera—: No te marchas ya, ¿verdad?

—Sí, he quedado con Mike en la esquina.

—¡Pero si es muy temprano!

—Ayer me echaste un sermón porque salí tarde —replicó—. ¿Vas a sermonearme ahora porque salgo temprano?

—No, es sólo que...

—Mira, tengo que irme. No quiero hacer esperar a Mike, ¿vale?

—Sí, por supuesto.

—Te veré esta noche.

Y se marchó. Sin sonreírle. Sin darle un beso de despedida. Ni había sido grosero; eso tenía que reconocérselo. Pero no podía obligarlo a que se mostrara cariñoso, tierno...

Suspirando, subió a ducharse y se vistió. Se dijo que las cosas se arreglarían. Todo lo que tenía que hacer era esperar, darle más tiempo... Pero por mucho que intentó convencerse a sí misma, no tuvo éxito. Andy era testarudo; siempre lo había sido. Desde que era un niño, cuando decidía hacer algo, nadie podía impedirsele. Y no había visto ninguna señal de que eso hubiera cambiado.

Cuando entró en el vestíbulo de la posada y vio a Sam apoyado en el mostrador de recepción, sus preocupaciones por Andy quedaron olvidadas mientras contemplaba con admiración a su padre. Llevaba un traje de corte impecable, con una camisa blanca y una corbata de seda verde a juego con sus ojos... Aquellos ojos, sin embargo, estaban fijos en Katy, que parecía tan deslumbrada ante su presencia como si estuviera mirando al sol.

Meg sintió una punzada de celos: ella, que siempre había pensado que no era nada celosa. Se dijo que no tenía derecho a experimentar ningún sentimiento posesivo hacia Sam Grainger. Era el padre de su hijo, pero eso

no implica nada más respecto a ella. Los saludó a los dos con un sencillo «buenos días» mientras se dirigía a su despacho.

—Buenos días, Meg —sonrió Katy.

—Buenos días —le devolvió el saludo Sam, y en seguida se apresuró a disculparse con la recepcionista para seguir a Meg por el vestíbulo. La alcanzó cuando acababa de entrar en la oficina. Con el corazón acelerado, Meg se quitó la cazadora y la colgó en el perchero.

—¿Qué tal te fue anoche con Andy? —le preguntó él.

—Estuvimos hablando —guardó el bolso en el cajón inferior de su escritorio—. Me prometió que se mostraría amable y educado. Con los dos.

—Bueno, supongo que es un paso en la dirección adecuada —Sam hundió las manos en los bolsillos de los pantalones—. Mira, he estado pensando en Andy y en cómo solucionar la situación...

Mientras lo miraba, Meg se sentía de la misma forma que Katy hacía tan sólo unos minutos: absolutamente deslumbrada. Eran sus ojos, por supuesto; aquellos hipnóticos ojos verdes. Hizo un supremo esfuerzo por concentrarse en lo que le estaba diciendo, pero le resultaba imposible.

—... y he llegado a la conclusión —proseguía— de que lo mejor será no presionar a Andy lo más mínimo para que tenga que aceptarme. Pero al mismo tiempo no permitirle que nos dicte cómo tú y yo debemos relacionarnos, ¿me sigues?

Meg murmuró algo vagamente y se humedeció con la lengua los labios, que los tenía reseca.

—¿Estás de acuerdo?

«¿De acuerdo con qué?», se preguntaba a su vez Meg.

—Oh, sí —absolutamente.

—Entonces, éste es el plan: me dejo caer por tu casa frecuentemente y también salimos juntos, de vez en cuando.

«Oh, Dios mío, ¿es eso con lo que he dicho que estoy de acuerdo?», gimió para sí Meg. Eso le sucedía por haberse dejado llevar por su encanto, en vez de escucharlo. Se las arregló para responder con un débil «vale».

—Entonces, ¿qué te parece que me pase esta noche por tu casa, y que luego nos vayamos por ahí?

—Por mí bien.

—Maravilloso.

—Pero en cuanto a lo de irnos por ahí... —añadió Meg con tono suave —... lo siento, pero no puedo. Tengo una lista de miles de cosas que necesito hacer. Podrías ayudarnos a trasladar el mobiliario de la habitación de Dee a la de Andy, porque esta noche quiere cambiarla para tener más sitio...

—No hay problema.

—Pásate a eso de las ocho...

En ese momento sonó el teléfono de su escritorio y, mientras ella lo descolgaba, Sam murmuró:

—Nos veremos luego, entonces —y se marchó.

Minutos después de salir del despacho, la imagen de Meg seguía grabada en el cerebro de Sam. Aquella mañana estaba magnífica con sus pantalones grises y aquella camisa de seda que combinaba tan bien con sus ojos azules... pero mientras duró su conversación acerca de sus planes para con Andy, aquellos ojos lo habían mirado de una forma extraña, vaga, nebulosa. Se había distraído; eso había resultado obvio. ¿En qué habría estado pensando?

Sam, por su parte, había estado pensando en que.. ¡tenía que salir cuanto antes de allí antes de que descubriera lo excitado que estaba! Diablos, cuando vio cómo se humedecía los labios con la lengua, tuvo que dominar el primario impulso de abalanzarse sobre ella... Y eso, pensó irónico mientras se dirigía a su despacho, habría sido un enorme error.

Después de colgar la chaqueta en el respaldo del sillón, tomó asiento y contempló los jardines por la ventana. Conforme fue desapareciendo aquella fastidiosa incomodidad, desterró decididamente la imagen de Meg de su cerebro y se concentró en su trabajo. Y particularmente en los problemas que tenía que resolver con su recién adquirida propiedad.

Tal y como Burton le había advertido, Mark había descuidado un poco la posada. El edificio tenía un innegable encanto, pero no soportaba un detenido escrutinio. Se imponía una restauración. La pregunta era: ¿por dónde empezar?

Se inclinó sobre el escritorio, tomando notas. Llamó por teléfono, hizo consultas, cálculos... A la una le subieron la comida, y apenas volvió a interrumpir su tarea hasta las seis y media. Desperezándose, apartó su sillón y se levantó; decidió cenar en el comedor y reunirse luego con Meg.

—Mamá, necesito ayuda con este problema de matemáticas.

En ese momento, Meg estaba sacando un pastel del horno. Mientras se quitaba los guantes se acercó a Andy, que estaba trabajando en la mesa de la cocina.

—Oh, es álgebra. ¿Qué es lo que no comprendes?

—¿Cómo se resuelve esto? No puedo encontrar una solución para contrastarla luego con las del final del libro.

—¿Has resuelto primero lo que está entre paréntesis?

—¿Eh?

—Antes de multiplicar por el número que está fuera del paréntesis, tienes que sumar y restar todas las fracciones que estén dentro del paréntesis —se volvió para empezar a vaciar el lavavajillas—. Las reglas están en el manual, Andy. Nunca progresarás con el álgebra si no asimilas lo básico...

—Sí... —respondió el chico con tono ausente.

Cuando Meg volvió a mirarlo, Andy estaba garabateando números, absolutamente abstraído en su trabajo. Acababa de terminar de vaciar el lavavajillas cuando lo oyó decir:

—¡Ya está!

—¿Cuántos más tienes que hacer?

—Ninguno más —cerró el libro.

—Pues ponte con las reglas —le dijo ella con tono firme—. Apréndetelas.

—¿Ahora?

—Todavía es pronto. Te las preguntaré antes de que te vayas a la cama.

—¡Álgebra! ¿De qué me va a servir a mí el álgebra? —protestó Andy—. ¡Contéstame a eso, mamá!

Antes de que Meg pudiera responderle, alguien llamó a la puerta trasera.

—Yo iré —se levantó el chico—. Será Mike. Tiene un nuevo juego de ordenador que quiere enseñarme.

Corrió a abrir. Y al ver a su padre en el umbral, se quedó paralizado.

—Hola, Sam —lo saludó Meg—. Entra.

La expresión de Andy se oscureció. Murmurando algo ininteligible, se apartó del camino de Sam y luego vaciló, como si no supiera qué hacer. Pero, cuando Sam entró en la casa, Mike, el amigo de Andy, apareció detrás de él.

—Oh, hola, Mike —lo saludó Meg—. Vamos, pasa.

Mike Matlock era de baja estatura, enjuto, pelirrojo. Andy y él se conocían desde la escuela infantil.

—Mike —le dijo Meg—, te presento al señor Grainger... es el nuevo propietario de la posada de Seashore —pudo adivinar por la rápida mirada que Mike le lanzó a Andy, que éste ya le había contado que Sam era su padre—. Sam, éste es Mike Matlock. Tal vez conozcas a sus padres... son los dueños de la marina.

—Sí —asintió Sam—. James y yo fuimos varias veces a pescar con ellos... pero de esto hace mucho tiempo. Hola, Mike, encantado de conocerte.

—Hola, señor Grainger —el chico le estrechó la mano—. Mi padre lo recordaba a usted navegando en el Windstar, y me encargó que, si lo veía, le dijera que puede volver a navegar en él cuando lo desee.

—Gracias, aceptaré esa oferta. Hey... —miró a los presentes—... ¿por qué no salimos a pescar los cuatro?

Andy frunció el ceño, pero antes de que pudiera objetar algo, Meg se apresuró a decir:

—Bien, podemos ir el primer sábado que haga bueno. Mike, ¿querrás preguntarle a tu padre si le parece bien?

—Claro.

—Mamá —Andy apenas podía disimular el resentimiento de su tono—. ¿Te importa que salga un rato con Mike?

—Yo creía que Mike iba a enseñarte su nuevo juego de ordenador...

—Podemos hacerlo en otra ocasión —Andy ya se dirigía hacia la puerta, seguido de su amigo.

—Hijo —le dijo Sam con absoluta naturalidad—, tu madre quiere que traslade los muebles de la habitación de Dee a la tuya. Me gustaría que me echases una mano antes de salir. Así podrás enseñarme dónde quieres colocarlos.

Durante un buen rato, Andy no dijo nada; permaneció de pie, con una mano en el picaporte y el rostro vuelto hacia la puerta. Meg casi podía sentir la batalla que estaba librando en su interior.

—Claro —dijo el chico al fin, cuadrando los hombros. Giró sobre sus talones y, sin mirar a Sam, se dirigió hacia el pasillo—. Vamos, Mike.

Salieron de la cocina, y entonces Meg dejó escapar el aliento que había estado conteniendo sin darse cuenta.

—Tranquila, Meg —le dijo Sam antes de salir—. Todo va a salir bien. Ten paciencia.

Meg se las arregló para forzar una sonrisa, al menos hasta que él salió de la cocina. Casi se le rompía el corazón al ver a los dos tan enfrentados. A su hijo... y a su padre.

Los quería tanto...Pero dudaba que algún día Andy llegara a aceptar a Sam.

—¿Dónde lo quieres? —inquirió Sam mientras metía con Mike la mesa del ordenador de Andy en la habitación de Dee—. ¿Cerca de la ventana?

—A la derecha, en la esquina —Andy estaba justo detrás de ellos, cargando la impresora.

—De acuerdo .Una vez que la mesa estuvo en su lugar, Sam comentó—: Esto ya está. Vayamos a por el ordenador.

Cuando terminaron de transportarlo todo, Sam retrocedió algunos pasos para contemplar mejor el dormitorio.

—Ha quedado estupendo. Tienes un montón de espacio aquí. ¿Qué piensa hacer tu madre con tu habitación?

—Una habitación de invitados, para Dee y James —respondió el chico con la vista fija en el ordenador, y se volvió hacia Mike—. ¿Estás listo para irnos?

—Seguro.

Los dos chicos se dirigieron hacia la puerta, pero antes de salir Andy se volvió, vacilante. Y, por primera vez en toda la tarde, miró a Sam directamente a los ojos.

—Gracias.

Sam sintió un nudo de emoción en la garganta. Su hijo parecía tan solo, y tan desgraciado... Se preguntó cómo reaccionaría si en aquel momento se acercase a él para darle un fuerte abrazo. Le pegaría, sin duda alguna...

—De nada —repuso Sam—. Hasta luego, chicos.

Una vez que se hubieron marchado, volvió a la habitación vacía de Andy. Y se sintió inmediatamente atraído por la pared donde colocaba sus

fotografías. Allí permaneció durante mucho tiempo, con las manos en los bolsillos, examinando una foto tras otra.

Se pasó una mano por los ojos cuando terminó aquella inspección. Y maldijo en silencio, pensando que era insoportablemente duro saber lo mucho que se había perdido de la vida de su hijo: todo, en realidad. Con un nudo en la garganta, salió del dormitorio cerrando la puerta a su espalda. Cuando volvió a la cocina, vio que Meg había preparado chocolate. Estaba sentada a la mesa, con una taza delante.

—¿Qué estabas haciendo?

—Mirando el panel de fotos de Andy.

—¿Recuerdas la noche de la barbacoa de Elsa, cuando Dee comentó que iba a instalarte aquí... y yo me retiré a toda prisa para preparar la habitación de Andy? Quería retirar todas las fotos en las que se parecía a ti...

—Percibí algo raro, pero por supuesto nunca imaginé que... —se apoyó en la jamba de la puerta—. Me gustaría ver esas fotos. ¿Tienes alguna otra de Andy? Sé que ya no puedo recuperar el pasado, pero quizá pueda llegar a conocer un poco a Andy, cómo fue su vida y todo eso, viendo esas fotos.

—Oh, tengo montones de álbumes en mi habitación. Después de que te tomes tu chocolate, subiremos para que te las enseñe.

Andy estuvo fuera hasta cerca de las diez. Había esperado que su padre ya se hubiera marchado para entonces, pero al volver en bicicleta vio que su deportivo aún seguía aparcado. Era un gran coche, eso tenía que admitirlo.. pero no se lo diría a él.

En su salida con Mike, su amigo había intentado tranquilizarlo al verlo tan alterado.

—Tu padre... a mí me parece un buen tipo, Andy.

—¡Porque no es a tu madre a quien persigue!

Mientras recordaba su enérgica respuesta, Andy sentía reavivarse su furia. Vio que la luz de la habitación de su madre estaba encendida; era la única en toda la casa. Después de dejar la bicicleta en el patio, abrió la puerta de la cocina y se deslizó dentro con todo sigilo. Permaneció inmóvil por un momento: todo estaba en silencio.

Dejó sus deportivas al lado de la puerta y, descalzo, subió las escaleras a oscuras. Por debajo de la habitación de su madre vio una rendija de luz. El

corazón le latía tan rápido que apenas podía respirar. ¿Qué estarían haciendo allí?

Ágil y silencioso como un gato, se dirigió hacia la puerta. Ya casi había llegado cuando escuchó una leve risa. La ira que sentía se mezcló con los celos y con el terror... hasta que fue incapaz de dominarse.

Abrió la puerta de par en par, e irrumpió en la habitación.

—¿Qué día...? —Sam levantó la mirada del álbum de fotos que había estado hojeando, y miró a Andy.

El chico se había detenido en seco en medio de la habitación, con los puños cerrados. Estaba rojo de ira y miraba a su alrededor como un poseso.

—¿Dónde está ella? —exigió saber.

Sam cerró el álbum y lo colocó al lado de todos los otros que estaban sobre la cama, algunos abiertos con fotos de Andy que le habían resultado particularmente enternecedoras o divertidas. Se levantó de la vieja mecedora donde había estado sentado, y rodeó la cama para acercarse a él.

—¿Tu madre?—le preguntó con tono suave—. Está en casa de Elsa. ¿Qué es lo que pasa, Andy?

—Tú sólo estabas mirando... creía que mamá y tú estabais aquí... —se interrumpió, confundido.

Sam no tuvo muchos problemas para adivinar lo que debía de haber estado pensando el chico, y sintió una punzada de compasión.

—No. Tu madre me hizo entrar en esta habitación porque aquí es donde guarda los álbumes fotográficos. Yo le pedí que me enseñara fotos tuyas.

—¿Y por qué querías hacer eso? —le preguntó Andy cruzando las manos sobre el pecho; su beligerante expresión quedaba desmentida por el leve temblor de su voz.

—Me he perdido tu pasado —respondió Sam—. Lo mejor que puedo hacer ahora es mirar estas viejas fotos e imaginar cómo podría haber sido todo... si hubiera formado parte de tu vida desde que naciste —esbozó una irónica sonrisa—. No es mucho, pero es lo único que tengo.

Andy desvió la mirada, pero Sam creyó descubrir un nuevo brillo en sus ojos.

—Andy...

El chico se volvió para marcharse.

—Tengo que hacer unos ejercicios de álgebra —dijo con voz ahogada—. Antes de irme a la cama.

Un momento después, Sam oyó el ruido de la puerta de Andy al cerrarse. Y, casi de inmediato, unos ruidos en el piso bajo; Meg ya había regresado. Después de guardar los álbumes, bajó las escaleras y se encontró con ella en el vestíbulo.

—¿Está Andy? —le preguntó, preocupada.

—Sí, ya ha vuelto.

—Bien —suspiró de alivio.

Sam vaciló, preguntándose si debería decirle lo que acababa de suceder entre el chico y él. No, decidió. Con ello sólo conseguiría molestarla, y ya tenía suficientes preocupaciones.

—Me voy —le dijo—. Te veré mañana.

—¿Sam?

—¿Sí?

La sonrisa de Meg le quitó el aliento.

—Estoy deseando hacer esa excursión en barco.

—Sí —le devolvió la sonrisa—. Sí, yo también.

Capítulo 10

PERO a la mañana siguiente el tiempo cambió. Estalló una tormenta procedente del este, con truenos, relámpagos y mucha lluvia. Para decepción de Meg, la salida en el Windstar tuvo que ser pospuesta.

Los días sucesivos fueron igualmente lluviosos, con fuertes vientos. Después de tres semanas padeciendo aquel tiempo, Meg empezó a perder la esperanza de que volviera a salir el sol. En la posada, la actividad hotelera había bajado dramáticamente, pero se mantenía ocupada ayudando a Sam a supervisar los trabajos de restauración en el interior. Durante el día, aquello era una casa de locos, con obreros yendo y viniendo por doquier. Estaba previsto que las habitaciones quedaran terminadas para el último lunes de octubre, y aquella misma tarde, mientras Meg estaba ordenando su escritorio, Sam llamó a la puerta de su despacho.

—Reúnete conmigo en la suit principal antes de que te vayas a casa —le pidió.

Llevaba unos pantalones de pana negra y un suéter de cuello alto del mismo color. Exudaba un aura levemente peligrosa; un aura que activó el mecanismo de alarma de su cerebro. Pensó que inspeccionar habitaciones en compañía de aquel hombre no era una buena idea... pero, después de todo, ¡él era el jefe!

—Claro —respondió.

Sin embargo, para cuando llegó a la habitación más importante del hotel, que además era la suit nupcial, no pudo menos que arrepentirse de su decisión. Mientras ella estaba literalmente enferma de anhelo por él... Sam estaba exclusivamente concentrado en la nueva decoración.

—Entonces, Meggie... ¿qué piensas?

Tuvo que obligarse a desviar la mirada de él para fijarla en el nuevo papel de pared.

—Precioso —contestó, y contempló admirada la cama de bronce, con sus lujosos cojines. No pudo evitar pensar en lo maravilloso que sería hundirse en aquel mullido lecho para pasar la noche de bodas con...

Interrumpió a toda prisa esos pensamientos y se acercó a la ventana. Un fuerte viento hacía temblar los cristales... justo de la misma forma que se estremecía su corazón. Se le erizó el vello de la nuca cuando sintió la presencia de Sam detrás de ella. Abrazándose, comentó con tono ligero y sin mirar atrás:

—Al final no pudimos salir a navegar.

—Han pronosticado un tiempo magnífico para el fin de semana. ¿Qué te parece si salimos los cuatro el sábado, si consigo el barco?

Sam había pasado gran parte de su tiempo libre en casa de Meg durante las últimas semanas, pero Andy no había dado señal alguna de cambiar de actitud. Todavía trataba a su padre con una fría cortesía... aunque una o dos veces Meg lo había sorprendido lanzando furtivas miradas a Sam: miradas de desconfianza y recelo que daban cuenta de lo vulnerable que se sentía. Evidentemente, el chico había erigido una barrera frente a su padre para protegerse de todo daño. Aunque por una parte deseaba con desesperación romper aquella barrera, por otra aún no estaba preparado para hacerlo.

—¿Meg?

—Mmm —procuró adoptar un tono ligero—. Sí, me parece estupendo.

—¿Tendrás que retorcerle el brazo a Andy?

—Creo que por él no habrá problema... Siempre y cuando Mike nos acompañe.

Sam no replicó nada, pero Meg sabía que ésa no era la respuesta que le habría gustado escuchar. De todas formas, no tenía ningún sentido enardecer sus esperanzas. Se volvió para mirarlo con una expresión de disculpa:

—Sam... él no es consciente del daño que te está haciendo.

—Claro, Meg. Los niños de su edad suelen estar solamente pendientes de sí mismos. Se está tomando su tiempo, quiere estar seguro de que puede contar conmigo, antes de decidirse. Pero se decidirá. Apostaría mi vida a que sí.

—Espero que tengas razón —suspiró—. Ojalá yo pudiera hacer algo...

—No hay nada que podamos hacer, excepto seguir con lo que estamos haciendo. Al fin se dará cuenta de que no tiene nada que temer de mí. Y yo no voy a rendirme, Meggie. No voy a dejaros ni a él ni a ti. Nunca más.

Al detectar la inequívoca sinceridad de su tono, a Meg se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo sé —repuso con un nudo en la garganta—. Y confío en ti... Sam.

«Confío... y te amo»; aquellas palabras clamaban por ser escuchadas, pero no llegó a pronunciarlas. Sam no deseaba su amor, ni el de ninguna otra mujer... Pero quería besarla; eso podía leerlo en la sombría mirada de sus ojos, en su acelerada respiración...

¡No debía consentirlo! Por lo que a él se refería, Meg se sabía demasiado débil, y la cercanía de aquella cama...

—Tengo que irme —declaró, haciendo un supremo esfuerzo, y se dirigió hacia la puerta—. Debo volver a casa.

—¡Meg! —la llamó Sam con tono urgente, y ella se detuvo en seco.

—Tengo que hablar con Andy de lo del sábado —procuró adoptar un tono enérgico mientras rezaba en silencio para que no se le ocurriera tocarla.

—¿Te apetecería que esta noche nos acercáramos al pub para charlar un rato?

Durante las últimas semanas, Sam la había llevado varias veces allí. Habían pasado tardes muy agradables... en apariencia, porque a Meg cada vez le resultaba más difícil esconderle sus sentimientos.

—Gracias, Sam, pero... bueno, Elsa va a venir a casa... Dee me ha enviado unas fotos y Elsa tenía interés en verlas.

Siguió un denso silencio. Meg estaba ruborizada. Sam debía de saber que lo estaba evitando de manera deliberada. No respondió hasta que bajaron al vestíbulo, y cuando habló, lo hizo con tono ligero:

—Tal vez sea mejor que no me pase por tu casa hasta el sábado; así le daré un respiro al chico. Ya sabes eso que se dice: ¡que la ausencia ablanda los corazones!

Meg sabía que aquel tono desenfadado era forzado. Andy lo había rechazado... y ahora ella parecía estar rechazándolo también. ¿Por qué todo tenía que ser tan difícil?

—Sí, tal vez sea mejor —replicó.

Aquella tarde, Sam llamó por teléfono a la marina y habló con el padre de Mike. Después de los saludos de rigor, sacó el tema de la salida propuesta y le preguntó si podría usar el Windstar para el sábado, si el tiempo lo permitía. Dave aceptó gustoso, y le preguntó:

—¿Qué tal van las cosas en la posada?

—Muy bien, y todo gracias a Meg. Se ha portado maravillosamente.

—Sam, ¿es verdad eso que me dice Mike... ? ¿Que eres el padre de Andy?

—Sí que es verdad.

—Diablos, yo creía que era algún infundado rumor... tengo que decirte que toda la ciudad lo rumorea, Sam. Ya sabes cómo es esto...

Como alcalde de Seashore, Dave Matlock era una persona altamente respetada. Sam pensó que sería una buena idea relatarle los hechos y contar con su ayuda para que la historia no fuera tergiversada, y pudiera perjudicar así a Meg. Una vez que se enteró de todo, Dave se apresuró a tranquilizarlo:

—Me aseguraré de que todo el mundo conozca la verdad, Sam. tengo muchos amigos aquí, y recabaré su ayuda para que corten por lo sano cualquier malicioso rumor. A propósito... ¿cómo ha asimilado Andy la noticia? Últimamente he observado que está un poco raro.

—Tienes razón, pero creo que al final lo aceptará.

—Su padraastro... bueno, Andy tuvo una mala experiencia de principio y se merece lo mejor. Es un gran chico.

—Sí, desde luego.

Después de colgar, Sam paseó nervioso por su despacho. Ya toda la ciudad sospechaba sobre la paternidad de Andy, y no se necesitaba tener el cerebro de un Einstein para calcular que él había estado casado con Alix en el momento de la concepción de su hijo. ¿Cuánto tiempo tardaría en difundirse la noticia? Primero a Larch Grove, y luego... ¿Cuánto tiempo tardarían en descubrirla los grandes medios de comunicación?

Él no sería noticia, desde luego, pero sí Alix, que era conocida en todo el mundo. Maldijo en silencio: tenía que decírselo. Advertirla. Prepararla. No quería hablar con ella, pero no tenía otra elección.

Se dejó caer en su sillón giratorio y, apretando los dientes, descolgó el teléfono.

Para Meg, aquella semana transcurrió con insoportable lentitud... por culpa de Sam. Parecía diferente, distante, desinteresado, desde la noche en que ella rechazó su invitación a acercarse al pub. Cuando tuvieron ocasión de charlar, Meg sacó la impresión de que estaba molesto.

Incluso cuando él le dijo que el Windstar estaría disponible el sábado, era como si su mente estuviera en otra parte, a kilómetros de distancia de allí. Meg ya no esperaba ansiosa aquella salida. Iba a ser un espectáculo deprimente que Andy se comportara fríamente con Sam, ¡y que además Sam hiciera lo mismo con ella!

Cuando llegó el viernes y el sombrío humor de Sam no había cambiado, Meg decidió hacer algo al respecto: hablaría con él antes de regresar a casa. Pero, cuando se presentó en su despacho a las seis para tratar del tema, descubrió que el despacho estaba vacío. Se acercó entonces al mostrador de recepción.

—Katy...

—¿Sí, Meg?

—Estoy buscando al señor Grainger. ¿Lo has visto?

—Se ha ido... tenía que recoger una pieza de su coche en Larch Grove.

—Gracias —Meg ya se disponía a retirarse cuando la recepcionista la llamó:

—Me voy al cine esta noche. ¿Quieres venir? Se trata de la nueva comedia de Meg Ryan, ¡dicen que es divertidísima!

A punto de negarse, Meg cambió impulsivamente de idea. Al menos podría disfrutar de un par de horas sin preocupaciones.

—Sí, me gustaría.

—Empieza a las siete. Nos veremos en la puerta del Rialto.

Mientras volvía en bicicleta a su casa Meg intentó alegrarse, pero se vio incapaz de superar la decepción que le había producido la ausencia de Sam. Había deseado con tanta desesperación despejar el ambiente entre ellos antes de su salida en barco....

Pero... ¡podría regresar a la posada aquella misma noche después de ver la película! Le pediría a Katy que la acercara hasta allí cuando salieran. Se animó mientras rumiaba la idea. Sí, decidió. Eso sería lo que haría. Después de las nueve se presentaría a la posada, y con toda seguridad encontraría a Sam allí.

¿Por qué diablos Alix no le había devuelto la llamada? Sam paseaba nervioso por su suit, yendo del salón al dormitorio y otra vez al salón. El martes por la noche había telefoneado al agente de Alix, que le había dicho que estaría de vuelta en veinticuatro horas. Le había dejado un mensaje urgente diciéndole que inmediatamente se pusiera en contacto con él cuando regresara. ¡Pero ya era viernes y Sam seguía sin saber nada!

De pronto, sonó el teléfono. Cinco segundos después oyó su voz ronca y vibrante:

—Sam, soy yo, Alix...

—¡Al fin! ¿Dónde diablos te habías metido?

—¡Vaya recibimiento! Mira, estoy en una pequeña población llamada... Larch Grove.

—¿Qué?

—He volado hasta Seattle, y alquilado un coche. Sam, estoy en camino. Dine simplemente cómo puedo llegar hasta la posada desde Seashore.

Arrebujada en su cazadora, Meg rodeó la posada para entrar por la parte de atrás, en caso de que alguien de la plantilla pudiera descubrirla. Cuando dobló la esquina vio que todo estaba a oscuras; la única luz procedía de la ventana de la suit de Sam. Al acercarse más, oyó una voz de mujer, dado que la ventana estaba entreabierta, y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Nunca se le había ocurrido pensar que pudiera tener compañía...

Mordiéndose el labio, se dispuso a volverse. Pero cuando lo hacía, reconoció aquella voz. Era la de Alix Grainger. Por un instante se quedó sobrecogida... pero luego se rió de su propia estupidez: se había equivocado al pensar que Sam estaba con otra mujer. Simplemente estaba viendo los informativos por la televisión...

Meg suspiró aliviada. La voz de la periodista continuaba oyéndose, y cuando pasó al lado de la ventana de camino hacia la puerta, Meg se atrevió a echar un vistazo dentro, incapaz de contener su curiosidad...

Y el corazón se le subió a la garganta. Sam no estaba solo. Alix Grainger estaba allí, con él, en el salón. Alix Grainger en carne y hueso... y en sus brazos, además. Con la cabeza echada hacia atrás, la mirada confiada,

apoyada íntimamente en él. En tan sólo una fracción de segundo, Meg grabó aquella escena en su cerebro antes de apartarse a un lado, apoyándose contra el muro. Palabras, frases sueltas llegaban hasta ella:

—La cabaña de Loin...sabía que tú... tu mensaje, pidiéndome que te llamara lo antes posible...

Sam había telefoneado a Alix; la había convocado allí. Y ella había acudido corriendo.

Meg se estremeció. No quería escuchar más. Se marcharía en seguida, cuando el pulso se le hubiera calmado un tanto y las piernas dejaran de temblarle....

—Rompimos porque no tuvimos un hijo... pero ahora que ya lo tienes, querido... ¡todo eso ha cambiado! —la voz de Alix tenía un tono excitado—. Es maravilloso... no puedo esperar a conocerlo... Tendremos una familia...

El horror explotó en la cabeza de Meg con tanta fuerza que pensó que el cerebro se le iba a resquebrajar. Apartándose del muro, se llevó una mano a la boca, aterrada. De alguna manera se las arregló para poner un pie delante de otro, se retiró tambaleante por el sendero y rodeó la posada, para seguir luego por la carretera de la playa.

Más tarde, una vez que llegó a casa, no recordaba nada de aquello. No sabía si había regresado caminando, corriendo... o arrastrándose. Pero mientras yacía a oscuras en la cama, evocó cada vívido detalle, cada imagen, cada sonido que había escuchado procedente del salón de Sam. Sólo cuando amaneció pudo reflexionar sobre lo sucedido con algo de lógica.

Sin embargo, por mucho que intentara convencerse de que las cosas no eran tan sombrías como parecían, no podía olvidar lo que había oído: que el matrimonio de Sam y Alix se había roto únicamente porque no habían tenido un hijo. Si eso era verdad, y si Alix estaba tan dispuesta a aceptar a Andy como le había parecido, a incluirlo gradualmente en sus vidas y, por tanto, a excluirlo de la suya...

Sentía verdadero terror ante la perspectiva de volver a ver a Sam. ¿Cómo abordaría aquel tema con ella? Lo conocía demasiado bien para saber que la trataría con exquisito cuidado... Pero Sam ignoraba que ella estaba enamorada de él.

—No deberías haber venido, Alix —observó Sam con expresión sombría mientras su ex-esposa paseaba por el salón, pasándose los dedos por su preciosa melena negra con gesto nervioso—. El hecho de que tenga un hijo no supone ninguna diferencia para nosotros...

—¡Oh, eso ya me lo has dejado claro! —se volvió para mirarlo, riendo desdeñosa—. Pero cuando al fin mi agente me localizó en la cabaña de Lois y me dijo que había recibido una llamada urgente tuya, y todo eso apenas cinco minutos después de que los periodistas se presentaran allí con esa historia de que habías descubierto que tenías un hijo de doce años de edad, con otra mujer... Bueno, sumé dos y dos y...

—Y sacaste una cifra equivocada. Yo sólo quería advertirte de lo que se te venía encima. Pero, al parecer, fue demasiado tarde —Sam se acercó al armario de las bebidas—. Ambos necesitamos una copa. ¿Qué te apetece tomar? ¿Lo de siempre?

—Sabiendo lo que piensas acerca de beber antes de conducir, ¿tengo que suponer que ya no me vas a poner de patitas en la calle?

Ignorando su comentario Sam sirvió dos copas de whisky, sólo para ella y con un poco de soda para él. Le entregó su vaso.

—Por los viejos amigos —brindó Alix.

Sam distinguió un brillo burlón en su mirada... pero también detectó, o creyó detectar, cierto matiz de arrepentimiento en su famosa voz ronca. Permaneció durante unos segundos en silencio, con la copa en la mano. El fin de su matrimonio había sido desagradable y amargo, y Alix nunca había demostrado el más mínimo remordimiento por lo que había hecho. ¿Acaso se estaba produciendo ese asombroso hecho ahora, cuando ya era tan tarde...?

—Sam...

Alix agitó su copa delante de su rostro y, cuando se recuperó de su distracción, Sam no vio en su mirada rastro alguno de vulnerabilidad. Pensó que debía de haberlo imaginado. Su mirada era radiante y confiada mientras repetía el brindis:

—Por los viejos amigos.

Entrechocaron los vasos y Sam bebió un sorbo mientras que Alix apuró su copa de un solo trago.

—Siempre has tenido mucha más resistencia para la bebida que yo —le comentó él.

Alix se sentó en uno de los sillones, y le tendió el vaso vacío:

—¿Me lo llenas, por favor? —y cruzó sus largas y bien torneadas piernas, con exquisita elegancia.

Sam pensó que era una mujer increíblemente hermosa. Pero incluso mientras registraba ese hecho con total desapasionamiento, sobre aquella imagen se superpuso otra... una imagen de Meg vestida de amarillo, sentada en un diván, aceptando gustosa una taza de café. Meg. Tan dulce, tan tierna y cariñosa...

No había sido capaz de quitarle los ojos de encima desde aquella tarde. Y recordaba cómo, cada vez que sus miradas se habían encontrado, había visto oscurecerse su expresión. Y en esas ocasiones, también se había oscurecido algo en su interior. No había podido descubrir qué podía ser...

—¿Sam? —Alix lo estaba mirando con curiosidad.

—Perdona —sacudió la cabeza. Tomó su copa, la volvió a llenar y se la tendió.

Mientras la aceptaba, Alix le lanzó una mirada astuta, sagaz, penetrante. Sam no desvió la vista, a pesar de que se sentía como si le estuviera desnudando el alma.

—Hay alguien más —dijo lentamente ella—. ¿Verdad? ¡Dios mío! Estás enamorado. ¿Quién es ella, Sam? —Alix apuró su segunda copa de la misma forma que lo había hecho con la primera—. ¿Es la madre de tu hijo? ¿Esa... Meg?

Sam la miraba asombrado. ¿Enamorado? ¿De Meg? La cabeza le daba vueltas. ¡Claro que no! Nunca volvería a entregarle su corazón a nadie, ni aunque lo...

—Oh, Sam. Estás enamorado... ¡y ni siquiera eres consciente de ello! —pálida, Alix se levantó bruscamente—. Los hombres sois tan estúpidos...

Dejó la copa sobre la mesa y permaneció de espaldas a él durante un rato. Por un instante, Sam creyó ver que los hombros le temblaban ligeramente, pero luego los cuadró y se volvió hacia él, pasándose una mano por el pelo con gesto cansado.

—Mira, estoy cansada. Ha sido un día muy largo. ¿Puedes darme una habitación para pasar la noche? Me iré al amanecer.

La mente de Sam aún seguía dando vueltas, intentando asimilar las implicaciones de lo que le había comentado Alix: que estaba enamorado. Era incapaz de poner orden en sus pensamientos.

—Puedes dormir aquí —murmuró abstraído—. Usa mi habitación; yo dormiré ahí —señaló el sofá.

—No, no dormiré aquí —había una nueva frialdad en su tono—. Puede que tú no me desees, Sam, pero yo... —se interrumpió, y añadió con firmeza—: Venga, consígueme una habitación.

Sam la acompañó hasta el mostrador de recepción, le dio una llave y subió con ella al segundo piso. Le abrió la puerta de la habitación.

—Despidámonos aquí, Sam.

—Alix...

—Éramos incompatibles —le dijo ella con tono suave, poniéndole una mano en el brazo—. A ti te gusta el hogar, la familia, los hijos. A mí la emoción, la excitación, el cambio. Lo que nos atrajo mutuamente al principio fueron nuestras diferencias... pero, al final, fueron esas mismas diferencias las que nos separaron. Ve tras ella, Sam. No permitas que lo que sucedió entre nosotros te amargue durante el resto de tu vida —se puso de puntillas para besarlo en la mejilla—. Me alegro de haber venido. Creo que ahora los dos podremos dejar atrás el pasado.

Cerca de las diez de la mañana del sábado, cuando Meg y Andy llegaron a la marina, la niebla ya se había disipado y lucía un sol radiante.

Pero aquel sol no contribuía en nada a despejar el mal humor del chico.

—¡Esta excursión va a ser un desastre sin Mike! —murmuró mientras caminaba por el muelle detrás de Meg.

—Lamento que no haya podido venir.

En ese instante, Meg vio a Sam saltar del Windstar para acercarse hacia ellos, y sintió una extraña opresión en el pecho... junto con cierto alivio porque Alix no se hubiera incorporado a la excursión.

—Hola —los saludó—. Hace un día maravilloso, ¿verdad? —miró a Andy—. Es una pena que Mike se haya puesto enfermo. Tendremos que hacer algo para compensarle cuando se reponga.

Volvió su atención hacia ella y, al ver el brillo que iluminaba sus ojos, Meg pensó que parecía el típico gato que acabara de comerse al canario. Le

entraron ganas de preguntarle dónde había pasado la noche su canario: ¿en su cama? ¿Dónde si no?

—Estás un poquito pálida, Meg. ¿Te encuentras bien?

Pálida, oh, sí, no dudaba que le pareciera pálida... ¡en comparación con la esplendorosa Alix Grainger!

—Estoy bien. Anoche me quedé hasta tarde viendo la televisión —mintió.

Sam la tomó del brazo para ayudarla a subir al velero, y Meg se mareó por un momento con el movimiento de vaivén; ¿o era un efecto de su contacto?

Mientras el barco surcaba las olas, Sam se sentó en la cabina disfrutando de la caricia del sol. Y disfrutando también de la vista de Meg, que estaba manejando el timón. Incluso con aquella vieja camiseta rosa, con pantalones cortos y deportivos, estaba increíblemente elegante. ¿Estrribaba aquella elegancia en la gracia de sus movimientos, de su esbelta figura? No lo sabía... pero sí sabía que, simplemente con mirarla, sentía crecer dentro de sí el mismo placer que cuando veía un campo de flores silvestres o la sonrisa de felicidad de un niño.

Miró entonces a Andy, que estaba sentado al otro lado. ¡Desgraciadamente, el chico no estaba sonriendo de felicidad! Sólo veía su rostro de perfil mientras contemplaba el mar, pero no tenía ninguna duda de lo sombrío de su humor.

—¡Hey, Andy! —cuando el chico le prestó atención, Sam señaló una pesada sog que descansaba sobre cubierta—. ¿Te importaría recoger esa sog antes de que alguien tropiece con ella?

—Ahora voy.

Sam asintió, y se volvió de nuevo hacia Meg. Al observar que la piel de los brazos se le estaba enrojando, se levantó y le tocó un hombro desnudo; estaba muy caliente.

—¿No llevas nada para protegerte del sol?

—Claro que sí... he traído una camisa. Me la pondré dentro de un rato.

Meg se había sobrecogido al sentir su contacto, pero no se había apartado. A Sam le encantaba sentir el contacto de su piel bajo los dedos, suave como la seda.

—Tal vez habría sido mejor haber dejado a Andy en tierra —le comentó en un murmullo mientras le acariciaba delicadamente el cuello.

—Yo insistí en que viniera —repuso ella—. Pero luego me preguntó por qué no habíamos querido pasar este día... los dos solos.

—No me extraña —con la punta de su dedo índice, le acarició la sensible piel de debajo de la oreja. La oyó gemir suavemente. ¿Lo desearía tanto como él la deseaba a ella?

Diablos, él la había deseado desde el mismo momento en que la vio en casa de Elsa unas semanas atrás. Pero entonces sólo había sido deseo, y ahora sus sentimientos eran mucho más profundos. Después de lo que le había dicho Alix la noche anterior, había tenido que reflexionar sobre lo que sentía por Meg Stafford. Había tenido que indagar en su alma y enfrentarse a la verdad desnuda.

Y lo que había descubierto le había impresionado profundamente. Alix tenía razón. Se había enamorado de Meg loca, salvaje, irremediablemente. Pero, ¿qué iba a hacer ahora?

Ir tras ella. Eso era lo que Alix le había dicho que hiciera: «ve tras ella, Sam».

—Meg, ¿querrás cenar conmigo esta noche? —su tono era urgente—. Necesito hablar contigo.

Como había vuelto la cabeza, Sam no pudo ver su expresión... pero la había sentido tensarse. ¿De rechazo? Maldijo en silencio. Estaba dispuesto a emplearse a fondo, a levantar todas las barreras... arrodillarse ante ella, si era necesario.

Volviéndose, Meg lo miró entonces con firmeza.

—Gracias, Sam. Sí, cenaré contigo esta noche.

Capítulo 11

MEG sabía exactamente de qué quería hablarle Sam, y se sentía aterrada ante la velada que la esperaba. Pero hasta que llegara ese momento, se las arregló para disimular su confusión interior, y cuando Sam sacó tres cañas de pescar, aceptó una alegremente. Estuvieron pescando durante una hora entera, con escasa suerte. Meg acaba de sugerir riendo que tal vez fuera mejor que lo dejaran y abrieran un par de latas de cerveza, cuando Andy pescó un espléndido salmón.

Incapaz de esconder su alegría inicial, el chico rápidamente volvió a ponerse la máscara de su mal humor. Meg se irritó con él, pero se contuvo.

—Yo lo limpiaré —dijo con una sonrisa forzada, y recogió el pescado.

Mientras bajaba a la sentina, oyó a Sam decirle a Andy.

—¿Qué te parece si intentas pescar otro? ¿Uno para los Matlock?

—¡Ni hablar! ¿Cuándo vamos a regresar?

—Aún no —el tono de Sam era tan amable como grosero había sido el de Andy—. Después de que tu madre limpie el pescado, yo lo prepararé y nos lo comeremos —y añadió con tono suave—: Todavía no has recogido esa soga de cubierta, Andy. Hazlo, por favor, antes de que se produzca algún accidente.

En la sentina, Meg pensó que aquella excursión había sido un inmenso error. Después de semanas de comportarse con frialdad pero educadamente, Andy había vuelto a exhibir su hostilidad contra Sam. Decidió hablar con él lo antes posible.

Acababa de limpiar el salmón cuando oyó los pesados pasos de Sam justo encima. No tardó en asomar la cabeza por la galera.

—Me toca a mí cocinarlo. Ya puedes descansar.

Meg se cruzó con él en el estrecho espacio de las escaleras. Cara a cara. Chaleco salvavidas contra chaleco salvavidas.

—Déjame pasar, Sam..

—¿A qué viene tanta prisa?

—Voy a hablarle claro de una vez por todas a Andy.

—¿Qué?

—Está siendo muy grosero contigo. Y no voy a consentirlo —intentó concentrarse en sus palabras e ignorar su turbadora cercanía. ¿Qué otro hombre en el mundo podía tener una boca y unos ojos tan tentadores...?—. No toleraré que te trate como si fueras culpable de algo. Si alguien tuvo la culpa fui yo, por no decírtelo...

—No se trata de eso, Meg. Él sabe que tú te comportaste con la mejor de las intenciones. El problema es que hasta este momento te ha tenido para él solo y no quiere que las cosas cambien... pero maldita sea, Meg, ¡no puedo soportar verte tan triste, tan desgraciada!

«No sería tan desgraciada si anoche no te hubiera visto a ti y a Alix abrazados», pensó Meg, pero en lugar de ello replicó:

—Puede que no quiera que las cosas cambien, y sé que no puedo esperar que llegue a quererte. Pero sí espero y exijo que te trate con respeto.

—De acuerdo. ¿Quieres que me quede arriba... para darte apoyo moral?

—No gracias. Podré arreglármelas.

Sam tomó su camisa de manga larga, que estaba colgada del perchero de la puerta.

—Anda, ponte esto. No quiero que te quemes.

La preocupación que Meg leyó en su mirada la conmovió profundamente. Quería gritarle que ya era demasiado tarde; que ya se había quemado. Como una mariposa que se hubiera acercado demasiado a una llama. Su llama.

—Gracias —terminó de subir las escaleras, desesperada por escapar antes de que descubriera las lágrimas que brillaban en sus ojos. Y tampoco quería que Andy las viera. Decidió que lo mejor sería sentarse sola en la cubierta de proa, hasta que pudiera recuperarse.

Nunca Andy se había odiado tanto en toda su vida. Contemplando las aguas con gesto sombrío, se esforzaba por dominar su angustia. Se

arrepentía de haber cedido a la tentación de haber hecho aquella excursión con Sam Grainger y con su madre. Oh, sólo había escuchado un segundo de su conversación, pero había sido suficiente. Lo que había oído le había puesto enfermo... y le había provocado unos terribles remordimientos.

«El problema es que hasta este momento te ha tenido para él solo y no quiere que las cosas cambien... pero maldita sea, Meg, ¡no pudo soportar verte tan triste, tan desgraciada!»; aquellas palabras seguían resonando en su cerebro mientras se pasaba una mano por los ojos. Había estado tan concentrado en sí mismo, que nunca se había detenido a pensar en lo que le estaba haciendo a su madre. Ella era la última persona del mundo a la que querría perjudicar. La quería más que a nadie.

Y, por supuesto, Sam Grainger tenía razón acerca de él. No quería compartir a su madre. Quería que las cosas fueran como siempre habían sido... Vio aparecer a su madre procedente de la sentina, con una camisa bajo el brazo y la cabeza baja. Sabía que debía de haberlo oído cuando contestó mal a su padre, y se preparó para recibir una reprimenda.

Pero en lugar de ello, para su sorpresa, Meg lo ignoró. Después de dejar su chaleco salvavidas en la cabina, pasó de largo a su lado de camino hacia la proa. Le brillaban las mejillas.

—Mamá, ¿qué...?

En ese momento el barco cabeceó y Meg intentó sujetarse en el tejadillo de la cabina, pero antes de que pudiera hacerlo, tropezó. Tropezó con la misma sogá que su padre le había pedido, por tres veces, que recogiera. Meg se abalanzó hacia adelante y cayó pesadamente sobre cubierta, de cara... y, para su horror, Andy oyó un horrible crujido cuando se golpeó en la frente contra algo metálico.

—¡Mamá!

Su grito desgarrado quedó ahogado por el estruendo del mar. Vio cómo su madre se incorporaba lentamente, de rodillas, como si estuviera mareada. Y luego otra ola levantó el barco. La cubierta se inclinó, y Meg resbaló por ella; como un muñeco, se deslizó por debajo de la barandilla... y cayó al agua.

Durante un terrible instante, Andy no pudo moverse; luego, casi de inmediato, la adrenalina empezó a correr por sus venas y se puso en movimiento. Agarró un flotador de salvamento y lo lanzó hacia donde había caído su madre.

—¡Papá! —chilló—. ¡Ven rápido! ¡Mamá se ha caído al agua!

Sam fruncía el ceño mientras miraba sin ver el salmón que estaba asando. ¿Cómo se las arreglaría Meg? ¿Rechazaría fríamente Andy su demanda de que lo tratara con respeto? ¿Habría Andy erigido a su alrededor una barrera de resentimiento tan grande que ni siquiera su orgullo le permitiría escalarla?

Sam sintió una punzada de dolor. Casi le resultaba insoportable que aquel chico, su propio hijo, no quisiera saber nada de él. Era irónico que la pauta se hubiera repetido, pero al revés. Sam había sido un hijo ignorado por su propio padre; y ahora era un padre ignorado por su propio hijo. Y lo último era infinitamente más doloroso...

—¡Papá! ¡ven rápido! —era la voz de Andy, gritando de terror—. ¡Mamá se ha caído al agua!

A Sam se le paró el corazón... pero no el resto de su cuerpo. Subió a toda prisa la escalera. Para cuando el corazón había vuelto a latirle, ya estaba en cubierta. Y Meg no estaba por ninguna parte.

Lanzó una rápida mirada a su chaleco salvavidas.

—¿Dónde está? —preguntó mientras se descalzaba.

Andy le señaló un punto entre las olas, y Sam distinguió el color naranja del flotador. De Meg no vio ninguna señal. Andy balbuceaba histéricamente algo acerca de que era culpa suya, de que no había recogido la soga, de que había tropezado y se había golpeado en la cabeza y...

Sam se zambulló en el agua. Nadó con rapidez hasta el flotador naranja y luego buscó desesperadamente a Meg. Un fiero alivio lo invadió cuando finalmente vio su rubia cabeza asomando a la superficie.

Volvió a asustarse cuando, antes de que llegara a alcanzarla, la vio hundirse. Las olas eran muy altas, y cada brazada era para Sam una verdadera batalla. Meg reapareció entonces, muy cerca, y él la agarró cuando ya estaba a punto de hundirse de nuevo. Sintió un miedo aterrador al darse cuenta de que se hallaba inconsciente. Estaba muy pálida y sangraba por una ceja.

—Oh, Dios mío —la emoción le atenazaba la garganta.

Nadó hasta el barco, pero Meg era como un peso muerto y tuvo la sensación de que tardó una eternidad en llegar. Andy, pálido y aterrado, lo

ayudó a izarla.

—Llama por radio a una ambulancia —le ordenó Sam al chico, inclinado sobre Meg, en cubierta—. Enciende el motor y pon rumbo a casa.

Y rezando con más fervor de lo que lo había hecho en toda su vida, empezó a hacerle la respiración artificial.

Seashore no tenía hospital. El más cercano se hallaba en Larch Grove y, cuando la ambulancia entró por la puerta de emergencias, la seguía de cerca un deportivo negro. Inmediatamente se llevaron en camilla a Meg y, a pesar de la insistencia de Sam y Andy para que les permitieran acompañarla, les ordenaron quedarse en la sala de espera, una vez recabados los detalles de su accidente.

La última mirada que Sam le lanzó a Meg le había llenado de terror. El golpe en la ceja se le había inflamado hasta adquirir el tamaño de un huevo, y aún seguía inconsciente. La sala de espera era pequeña y poco acogedora; tan pronto como llegó, Andy se dejó caer en una silla y se puso a hojear distraídamente una revista, mientras Sam paseaba arriba y abajo por el pasillo que conectaba con la sala. Había querido hablar con Andy cuando iban por la autopista, había querido reconfortarlo, pero era como si las palabras se hubieran negado a aflorar de sus labios. Su propio terror le había imposibilitado proporcionar al niño cualquier consuelo; sabía que entonces rompería a llorar, y eso era lo último que necesitaba Andy: ver a su padre perdiendo el control.

El propio Andy permanecía ceñudo, encerrado en sí mismo. Sam había llegado incluso a preguntarse si no se habría engañado a sí mismo cuando lo oyó llamarle «papá» en el barco...pero sabía bien que no. En el calor del momento, Andy había hecho a un lado su hostilidad para lanzar el viejo grito de auxilio de un hijo a un padre.

Pero ahora Andy había vuelto a su comportamiento anterior. Y aquélla, decidió Sam mientras lanzaba una angustiosa y compasiva mirada a su hijo, no era la mejor oportunidad para recordárselo.

Andy sentía un fuerte malestar de estómago, y rezó desesperadamente para que no se pusiera a vomitar. Si su madre no salía adelante, jamás se lo

perdonaría a sí mismo.

Aquello había sido culpa suya. Durante semanas se había comportado de una manera egoísta y desagradable. Aparte de pedirle que lo ayudara a trasladar sus propios muebles de sitio hacía ya un mes, Sam Grainger sólo le había pedido una cosa: que recogiera aquella vieja soga. Él lo había ignorado deliberadamente... y así había terminado todo. No se extrañaba de que su padre lo odiara.... porque lo odiaba tanto que ni siquiera era capaz de hablar con él. Y cuando su madre saliera de aquello, probablemente también lo odiaría.

Lo había complicado todo.

Quería enderezar las cosas. Pero cada vez que intentaba sacar el coraje suficiente para acercarse a su padre y pedirle perdón, se le formaba un nudo en la garganta que lo ponía al borde de las lágrimas. ¡Y qué pensaría su padre de él, si lo viera lloriqueando como un crío! Así que terminó por tomar una revista para esconder la nariz detrás de ella.

Intentó concentrarse en la página que tenía delante... ¡hasta que descubrió consternado que la estaba leyendo al revés! ¿Lo habría notado su padre? Levantó la cabeza... para ver a Sam apoyado en la pared del otro lado, con la cabeza baja. Andy ansió desesperadamente levantarse, acercarse a él, decirle cuánto lo sentía...

«Hazlo», le ordenó una voz interior.

Lanzó la revista sobre la mesa, se apoyó en los brazos del sillón y empezó a levantarse... pero cuando lo hizo, las lágrimas asomaron a sus ojos y se le cerró la garganta. Volvió a dejarse caer en su asiento, diciéndose que era inútil. Simplemente no podía.

Sam se irguió bruscamente al ver al médico caminando por el pasillo hacia la sala de espera.

—¿Usted es el señor Stafford?

—Soy Sam Grainger, un amigo íntimo —Sam le presentó a Andy—. Y éste es su hijo —podía sentir la tensión del chico, tan evidente como la suya propia—. ¿Cómo está?

—Las radiografías no han presentado indicio alguno de fractura, pero está conmocionada, y he tenido que darle puntos de sutura en la frente...

Sam agitó una mano impaciente en el aire:

—Pero, ¿se va a poner bien?

—Yo diría que ya lo está, con ciertas precauciones. Acaba de recuperar la consciencia...

—¡Gracias a Dios!

—... pero todavía está mareada. Pasará la noche bajo observación y disfrutará de absoluto descanso.

—¿Podemos verla? —inquirió Sam—

—Uno de los dos puede entrar, pero sólo un minuto. Mañana, en cuanto se recupere del todo, podrá irse a casa.

Sam elevó al cielo una silenciosa plegaria de agradecimiento. Meg iba a ponerse bien. Se volvió hacia Andy:

—Entra tú, hijo. Entra a ver a tu madre.

Para su sorpresa, vio que la expresión de Andy se descomponía de emoción, con las lágrimas brillando en sus ojos azules.

—No, ve tú. Tú eres el único al que querrá ver —le dio la espalda—. Todo esto es culpa mía —añadió con voz temblorosa—. Si no hubiera sido tan...

Sam lo tomó de los hombros y lo hizo volverse delicadamente. A él también se le saltaron las lágrimas al ver tanta angustia en el rostro de su hijo.

—Andy, tu madre te quiere más que a nadie en el mundo. Ve a verla y dile lo mucho que tú también la quieres a ella. Eso le sentará mejor que cualquier medicina que pueda darle el médico.

Llorando, al fin, Andy se abrazó a su padre. Enterrando el rostro en su pecho, susurró:

—Lo siento, papá. Siento todo lo que he hecho...

Sam creyó por un momento que el corazón se le iba a hacer pedazos en el pecho. Abrazó con fuerza a su hijo.

—Lo sé —repuso con voz ronca de emoción—. Lo sé, pero ya ha pasado. Todo va a salir bien a partir de ahora...

En ese instante, oyó la voz del médico a su espalda, con cierto tono resignado:

—De acuerdo, pueden entrar los dos. Sólo por un minuto. Entonces... ¿quién es el primero?

—Entra tú, hijo. Venga.

Andy se enjugó las lágrimas y lanzó a su padre una temblorosa sonrisa. Tenía los ojos brillantes, pero había en ellos una nueva chispa.

—De acuerdo. Gracias, papá. Le diré a mamá que tú serás el siguiente.

Con los ojos cerrados, Meg estaba intentando soportar el terrible dolor de cabeza, mientras oía a la enfermera que le decía:

—Se sentirá mejor dentro de unos minutos, una vez que la medicación empiece a hacerle efecto.

Se esforzó por recordar lo que había sucedido. Había estado en la sentina con Sam, y le había dicho que quería subir a cubierta para hablar con Andy. Según la enfermera, se había golpeado en la cabeza y luego había caído por la borda; Sam la había salvado, pero ella no conseguía recordar nada...

—¿Mamá?

Abrió los ojos y vio a Andy; estaba llorando. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Hacía años que no veía llorar a Andy. Apoyó un codo en el colchón e, ignorando el dolor, extendió una mano hacia él.

Se abrazaron emocionados. Cuando volvió a apoyarse en las almohadas, exhausta, Andy le dijo con voz estrangulada:

—Mamá, lo siento. Siento haberme comportado tan mal... y siento... todo esto. Fui un descuidado. Con lo de la sog...

—No recuerdo...

—No la recogí como se me ordenó. Tú tropezaste con ella y luego te caíste por la borda.

—Oh, Andy, todos cometemos errores. Lo importante es que podemos aprender de ellos —le enjugó una lágrima—. ¿Estás mejor ahora?

El chico asintió, con un nudo en la garganta.

—No puedo quedarme más; el médico dijo que tenía que ser una visita rápida.

—¿Dónde está... tu padre?

Los ojos de Andy se llenaron nuevamente de lágrimas.

—Yo quería que entrara primero... pero él.. papá... me dijo que lo hiciera yo. Voy a buscarlo. Cuídate, mamá —le dio un rápido beso—. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño.

Meg se dejó caer en las almohadas después que se hubo marchado. «Papá», repitió para sí. Entonces... Andy había hecho las paces con su padre. No sabía cómo había sucedido, pero aquello la llenaba de una inmensa alegría...

—¿Meg...?

Sam se encontraba en el umbral, pálido, con la mirada oscurecida por la preocupación. Meg se quedó conmovida al ver su demacrado aspecto.

Acercó una silla a la cama y se sentó. Le tomó luego las manos, que sostuvo entre las suyas.

—¿Cómo estás, Meggie?

Meg se dio cuenta de que el sedante estaba empezando a hacerle efecto.

—Me siento... mareada. Me han dado algo para quitarme el dolor —miró soñolienta su rostro, su cabello despeinado, el increíble verde de sus ojos que tanto adoraba—. Sam... ¿cuidarás... de Andy?

—Claro.

—Gracias —cada vez más adormilada, tenía la sensación de estar flotando en una nube.

Sam le acarició suavemente los labios con los suyos, y ella terminó por cerrar los ojos.

—Volveremos mañana.

Meg quiso susurrarle «sí», pero la palabra no llegó a aflorar de sus labios. Se sentía flotar lejos de él, lejos de todo. Justo antes de entrar en la nada le pareció que le decía algo... pero luego pensó que debía de haber estado soñando.

Lo que creyó oírle decir fue: «te quiero, Meg».

Capítulo 12

NO exageréis! —Meg miró sonriente a Sam y a Andy, que la estaban ayudando a tumbarse en el sofá del salón. Desde el momento en que llegaron a casa procedentes del hospital, no le habían dejado un solo momento en paz. Le dijo a Sam, que ya le estaba ahuecando los almohadones del sofá—: No soy ninguna inválida. Sólo estoy un poquito mareada. Mañana estaré perfectamente para ir a trabajar.

—¡Ni hablar! —Andy la miró frunciendo el ceño—. Papá dice que tienes que tomarte toda la semana libre.

Meg alzó los ojos al cielo al ver la sonrisa de oreja a oreja de Sam. Los dos estaban confabulados contra ella. En ese momento, sonó el teléfono en la cocina y Andy dijo:

—Yo contestaré. Seguro que es Mike.

Abandonó el salón y cerró la puerta a su espalda. Meg se dijo que era la primera vez que Sam y ella se quedaban solos desde el día anterior, y de pronto se sintió muy tímida.

Sam se sentó en el sillón, frente al sofá, y se inclinó hacia adelante.

—Meg, Andy y yo salimos a pasear por la playa esta mañana antes de ir a buscarte al hospital, y estuvimos hablando...

—Me alegro tanto de que os llevéis tan bien. ¡Al menos para algo bueno sirvió mi accidente!

—Ese chico—... —la miró con firmeza—... desea una familia más que cualquier otra cosa en el mundo. Una familia... con una mamá y un papá.

El terror le atenazó la garganta a Meg. Allí estaba: lo que había estado esperando... y temiendo a la vez. Contuvo el aliento mientras esperaba a que Sam lo formulase en palabras.

—Meg... yo también.

Alix y Sam habían vuelto juntos. Meg entrelazó las manos en el regazo, con fuerza. No se había dado cuenta de lo que aún había estado esperando.... hasta aquel instante, cuando comprendió que se había equivocado.

Durante los últimos doce años, Andy y ella habían estado íntimamente unidos. Pero ya había llegado a una edad en la que debía forjar un lazo profundo con su padre... Así tenía que ser.

A lo largo de las últimas semanas, se había estado preparando para aquel cambio en su situación; lo que no había esperado era que Andy pudiera llegar a formar parte de una nueva familia. Una familia compuesta por ella misma, por su padre... y por una madre adoptiva. Inevitablemente, conforme los años fueran transcurriendo, se vería marginada. Ya podía verse como un patético y solitario personaje...

—Meg, Andy durmió anoche en la posada.

Meg se preparó para lo que sabía iba a venir: Sam iba a sugerirle que, a partir de aquel momento, su hijo viviera en la posada. Andy se sentiría al principio como dividido; era un chico leal. Pero, de manera inevitable, terminaría escogiendo vivir con su padre... y con Alix, cuando estuviera allí.

—Sí, ya me lo dijiste —replicó ella, odiándose por las lágrimas que habían empezado a asomar a sus ojos—. Gracias por cuidarlo tan bien.

—Meg, quiero cuidarlos a los dos. ¿Estarías interesada en vivir tú también en la posada?

Aquella sugerencia la pilló absolutamente por sorpresa.

—¡Pero si ésta es mi casa, Sam!

Se preguntó si acaso esperaba que la vendiera, que se trasladara a las habitaciones de la plantilla de la posada. Deborah había contado allí con una suit, que había sido redecorada y estaba actualmente vacía. ¿Pretendería Sam que viviera allí? La cabeza empezó a dolerle. Esbozó una mueca y se llevó una mano al vendaje de la frente.

Sam maldijo entre dientes y se levantó del sillón.

—Perdona, Meg. Debí dejarte descansar —se inclinó para arroparla con una manta ligera—. Prepararé la comida, y luego podrás dormir la siesta. Tengo que volver a la posada por un par de horas.

«Para ver a Alix, claro», se dijo Meg. Sam no era consciente de que ella sabía que su ex-esposa se había alojado en la posada. Debería confesarle que... En ese momento se abrió la puerta y Andy asomó la cabeza:

—Mamá, Mike me ha pedido que le haga compañía. ¿Puedo ir?

—¿Podrías pedirle que lo dejara para otro día? —le pidió a su vez Sam—. Tengo que irme a la posada y me gustaría que te quedaras aquí, echando un vistazo a tu madre.

Meg esperó una protesta. Pero en lugar de ello, Andy repuso:

—Claro, papá, no hay problema. ¿Podría hacer una escapada rápida solamente, para recoger un juego que había prometido darme?

—Adelante.

Andy se marchó, después de lanzarle a su padre una radiante sonrisa.

—Ahora te preparo la comida, Meg —y Sam también abandonó el salón.

Meg se hundió en las almohadas, agotada y dolorida. Acababa de cerrar los ojos cuando la puerta se abrió otra vez.

—Oh, Meg, perdona, pero quizá antes no me expliqué bien. Cuando te pedí que te trasladaras a la posada conmigo... me refería en calidad de esposa. Me refería a que te convirtieras en mi mujer. Piénsatelo, ¿quieres? Y avísame cuando tomes alguna decisión.

Las manos de Sam eran diestras y hábiles mientras batía los huevos para la tortilla que estaba preparando... pero su mente estaba fuera de todo control. No podía creer en lo que acababa de hacer.

Le había propuesto matrimonio a Meg. Y luego, como el cobarde que era, se había escapado. Emitió una risa seca. Y pensar que había tenido miedo de quedarse en el salón con ella, porque no había tenido el coraje de mirarla a la cara mientras asimilaba lo que acababa de escuchar... ¡una propuesta de matrimonio para una mujer que le gustaba vivir tal y como había vivido hasta ese momento, sin complicaciones emocionales! Debía de haber estado loco para pensar que...

—¿Sam?

Dejó caer el tenedor al oír la voz procedente del umbral de la cocina. Se volvió para mirar a Meg que, pálida como la cera, se apoyaba penosamente en la jamba de la puerta. Le temblaban los labios.

—Meg —se apresuró a acercarse a ella—. Cariño, tienes que quedarte tumbada. Déjame llevarte a....

Pero ella apoyó su mano libre en su pecho y lo detuvo.

—Sam... ¿es cierto lo que he oído?

—Sí —sonrió, irónico.

—¿Tú quieres... casarte conmigo?

—Sí.

—Pero... ¿qué pasa con Alix?

—¿Qué diablos tiene que ver Alix con todo esto? —le preguntó, asombrado.

—Sam, tengo una confesión que hacerte. Yo... fui a buscarte... el viernes por la noche, para preguntarte por qué te habías mostrado tan... distante durante toda la semana. Pasé al lado de la ventana de tu salón y te oí... te vi.... con Alix, que estaba en tus brazos... —se apresuró a continuar al ver que Sam abría la boca para hablar—. Antes de salir corriendo, la oí decirte que ahora que ya tenías a Andy, tu matrimonio podría funcionar porque...

Sam le puso suavemente un dedo sobre los labios, interrumpiéndola.

—Si hubieras esperado un poco más, me habrías oído decirle, al igual que hice cuando rompí con ella, que nuestro matrimonio había fracasado para bien de los dos. Fui sincero en aquel entonces, y el viernes por la noche también. ¿Me crees?

Meg se sentía confundida, desorientada.

—¿Dónde... está Alix ahora?

—Se fue —con la mirada, Sam volvía a formularle aquella pregunta fundamental: «¿me crees?».

—Sí —susurró—. Te creo.

—Entonces... ¿te casarás conmigo?

Meg tragó saliva varias veces, y luego se aclaró la garganta:

—¿Quieres... un matrimonio de conveniencia?

Pensaba, por supuesto, que querría casarse con ella por Andy, para darle su apellido.

—Si eso es lo que tú quieres...

Lo que Sam quería, en aquel mismo momento, era levantarla en brazos y llevarla al sofá; parecía inmensamente frágil, como si un simple soplo de viento pudiera derribarla. Le había dicho que quería cuidar de ella; lo que no le había dicho era que la amaba. No había tenido el coraje suficiente.

Pero algún día esperaba que fuera capaz de hacerlo. ¡O al menos eso esperaba!

—No... no funcionaría —con los ojos brillantes por las lágrimas, dejó de apoyarse en la puerta y se volvió para retirarse. Se tambaleó levemente.

En una fracción de segundo, Sam hizo lo que había ansiado hacer tan sólo un momento antes: levantarla en brazos.

—Necesitas tumbarte —le dijo—. No puedes enfrentarte con esto hora. Ya hablaremos después.

—Es inútil —Meg apoyó la cabeza sobre su pecho, y añadió con voz ahogada—: No tiene sentido seguir con esto, nada va a cambiar. No puedo cambiar cómo me siento...

Sam se detuvo, mirándola. No podía verle la cara pero, consternado, se dio cuenta de que estaba llorando. Deslizando un dedo debajo de su barbilla, le hizo levantar la cabeza.

—Meggie... ¿cómo te sientes? —le preguntó.

Sam se preparó para soportar su rechazo. Meg nunca se comportaría de forma deliberadamente grosera con él, jamás. Pero lo que no sabía era que estaba enamorado de ella.

—Oh, Sam —Meg lo miró llorosa—, ¿es que no lo sabes? He estado loca por ti desde más tiempo del que puedo recordar. No hay forma de que pueda casarme contigo... ¡sabiendo que tú no sientes lo mismo por mí!

—¿Tú... —estaba tan asombrado que a punto estuvo de dejarla caer—... estás enamorada de mí?

—Soy una boba, ¿verdad? —inquirió avergonzada.

Sam cerró los ojos, y casi tuvo miedo de abrirlos otra vez en caso de que estuviera soñando. Pero no, Meg aún seguía allí, todavía mirándolo con aquella expresión desolada, desesperada. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios cuando replicó:

—Si tú eres una boba, Meggie, ¡yo lo soy muchísimo más! He sido tuyo desde el momento en que entraste aquella tarde en el jardín de Elsa con aquel vestido negro tan sexy, pero estaba tan ensimismado en mí mismo, ¡que tardé algún tiempo en reconocerlo!

—Oh, Sam —le sonrió, feliz—. Entonces, ¿no estaba soñando cuando oí lo que me dijiste anoche?

—¿Qué oíste?

—Después de que me besaras, te oí decir que me querías, pero después creí haberlo soñado.

—No fue un sueño —la besó—. Es real, cariño, y para siempre.

—Sam... —de repente la mirada de Meg se nubló—. Hay sólo una cosa. Yo... sé que quieres a Andy... pero ya es un niño mayorcito. Quiero... hacerte una pregunta, si es que no está fuera de lugar...

—¡Nada de lo que me dijeras podría estar fuera de lugar! —besándola otra vez, la llevó al salón y la tumbó con cuidado—. Y ahora... ¿cuál es esa pregunta que piensas que quizá pueda ofenderme?

—¿Qué es lo que tienes en contra de los bebés?

—¿Qué es lo que te hace pensar eso? Me encantan los bebés... ¡de hecho, adoro los niños!

—Pero, entonces —se mordió el labio, vacilante—, ¿por qué Alix y tú no tuvisteis ninguno?

—Antes de que nos comprometiéramos, Alix me dijo que le encantaban los niños y que, una vez que nos casáramos, quería quedarse de embarazada de inmediato. Así que tan pronto como nos casamos, lo intentamos... sin suerte. Al cabo de un par de años me dijo que había ido a ver a su ginecólogo, y que se había hecho unas pruebas. Le dijeron que no le pasaba nada anormal.

—¿Te hiciste tú las pruebas?

—Sí. Yo también me encontraba bien.

—Pero entonces... todo lo que teníais que hacer era intentarlo.

—Y lo intentamos, pero sin éxito. Al cabo de otro par de años, yo le sugerí que adoptáramos un niño, pero Alix no se mostró interesada. No podía discutir con ella... y no lo hice. Ese tipo de decisiones han de ser unánimes.

—¿Y fue por la tensión, por aquellas continuas decepciones, por lo que rompiste con ella?

—No —la expresión de Sam se endureció—. Descubrí por casualidad, hace cerca de un año, que Alix me había mentado. Durante todo el tiempo me había estado mintiendo. Un día me encontré con su ginecólogo, en una comida de negocios. Charlamos, yo le pregunté si tenía familia, y él me contestó que estaba casado y tenía tres hijas. Entonces, me comentó que su mujer y él siempre habían querido tener hijos, pero que respetaba profundamente a aquellos que no querían tenerlos y que tomaban sus

precauciones. Como Alix, añadió, que se había hecho una ligadura de trompas antes de que nos casáramos porque ambos habíamos convenido que no tendríamos hijos.

—¿Quieres decir... que ella, durante todos esos años, cuando tú estuviste intentando formar una familia, ya sabía que era imposible? —inquirió Meg, anonadada.

—Sí. Cuando lo descubrí, aquello fue el fin de nuestro matrimonio. Fue extraño —añadió, casi para sí mismo—. Mi amor por ella simplemente... murió. Porque no era la persona que había creído que era, sino una... desconocida, una extraña.

—Oh, Sam. Eso fue una imperdonable traición —lo abrazó, emocionada—. Cariño... yo también adoro los niños. Nunca pensé que podría volver a tener otro, pero ahora...

—Pero ahora las cosas son distintas —le enmarcó el rostro entre las manos—. Y vamos a tener que poner rápidamente en ejecución ese proyecto. ¡La semana que viene voy a cumplir cuarenta años!

—Estás en la flor de la vida, Sam Grainger —sonrió Meg—. Pero estoy de acuerdo, deberíamos empezar ahora mismo.

—¿Empezar con qué? —inquirió Andy en ese momento, desde el umbral—. ¿Qué es lo que me he perdido?

Abrazados, los dos se volvieron para mirarlo.

—Verás... —le dijo Sam—. Tu madre y yo estamos pensando en corregir esa condición tuya de hijo único... ¡a la primera oportunidad que tengamos!

Andy sonrió, ruborizándose a la vez.

—¡Hey! No deberías hablar así delante de inocentes niños como yo. Me voy ahora mismo.

Lo oyeron reírse mientras subía las escaleras.

—Con ese chico apareciendo de repente todo el tiempo —gruñó Sam—, vamos a tener que portarnos bien. ¡Al menos hasta que nos casemos!

—¡Entonces, tendremos que casarnos pronto! —exclamó Meg—. ¿Qué te parece una boda por navidades, en la posada? Una boda discreta. Y en cuanto a la luna de miel...

—¡Supongo que querrás volar a algún país cálido y exótico! ¿El Caribe? ¿Hawai?

—No —le acarició la nuca—. A donde quiero ir tendremos que abrigarnos bien, llevarnos un montón de mantas y un buen termo de

chocolate.

—¿Alaska? ¿Islandia? ¿El Ártico?

Meg se echó a reír, pero un rubor de timidez tiñó sus mejillas.

—Bajo el árbol de la posada. Quiero retomar nuestra relación allí donde empezó. Quiero que me ames como me amaste aquella noche, para que puedas compartir mis maravillosos recuerdos. El césped que crece debajo de aquel árbol es un lugar especial para mí —su rubor se profundizó—. Nunca te lo había dicho, Sam, pero... tú fuiste el primero.

Sam emitió un tembloroso suspiro. Siempre había deseado preguntárselo, pero le había resultado fácil no hacerlo porque no había querido oír la respuesta. Ahora, en cambio, era diferente. Ahora podría pasar el resto de su vida resarcando a Meg.

—Te amo, Meggie —susurró contra sus labios.

—¡Yo también te amo, Sam Grainger!

Y, después de aquello, no hubo necesidad de más palabras.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

OceanofPDF.com